
USADA y
RECHAZADA
por el CEO
G.R. OLIVEIRA

USADA Y RECHAZADA POR EL CEO: UNA HISTORIA DE AMOR, VENGANZA Y SEGUNDAS OPORTUNIDADES
(2026)

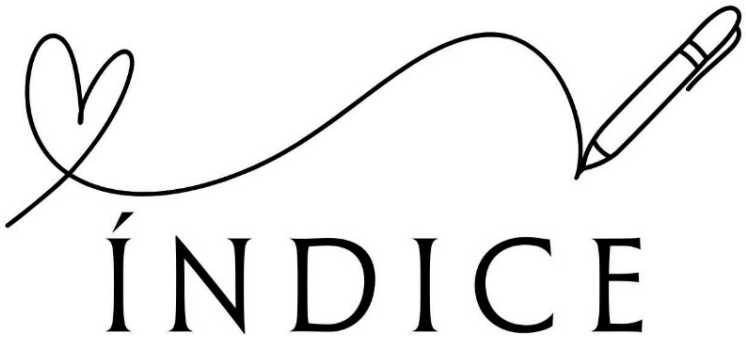
Copyright © G.R. OLIVEIRA
Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible — sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

ÍNDICE



ÍNDICE

SINOPSIS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

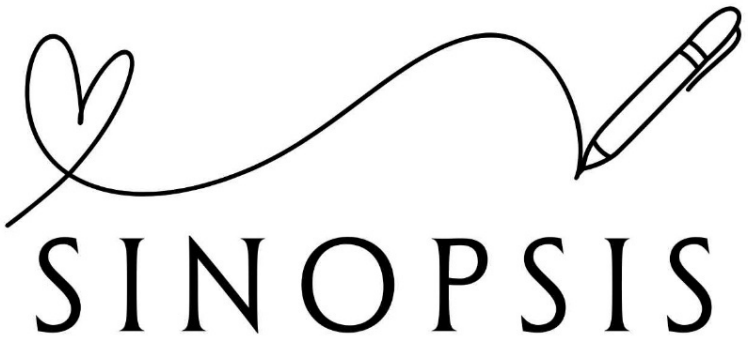
CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

EPÍLOGO

NOTA DEL AUTOR



Él la hizo sufrir. Ella juró no volver a caer. El destino tenía otros planes.

Daniela Almeida creyó que ya había sobrevivido a lo peor: perder al gran amor de su vida y cargar sola con el dolor de una tragedia que los destrozó a ambos. Pero nunca imaginó que Dionisio Salvatore regresaría dispuesto a vengarse.

Frío. Poderoso. Implacable. El nuevo CEO de SkyLink no es el hombre que ella amó… o eso quiere creer.

Él piensa que fue traicionado. Ella sabe que mintió para protegerlo. Y ninguno está preparado para la verdad.

Cuando una noche lo cambia todo y Daniela descubre que está embarazada, el pasado regresa con más fuerza que nunca. Ahora no solo están en juego el orgullo y el rencor… sino el corazón de dos personas que nunca dejaron de amarse.

Pero Dionisio no está dispuesto a perdonar tan fácilmente. Y Daniela no volverá a humillarse por nadie.

Entre deseo, resentimiento y una atracción imposible de ignorar, deberán decidir si el amor puede sobrevivir a la mentira… o si están destinados a destruirse otra vez.

Porque cuando el orgullo se enfrenta al amor verdadero, solo una cosa puede ganar.

<u>Tropes que encontrarás en esta historia:</u>

- **Segunda oportunidad**
- **Diferencia de edad**
- **CEO frío y dominante**
- **Padre soltero**
- **Embarazo inesperado**
- **Venganza y redención**
- **Gemelos**
- **Enemies to Lovers**
- **Slow Burn**
- **Familia encontrada**

EXTRACTO

—Daniela…
—¡Ya basta! —lo interrumpí, reuniendo la poca dignidad que me quedaba—. ¿Querías jugar? Muy bien, partida terminada. A partir de ahora, cada uno seguirá con su vida por separado. Pero hay algo que te prometo… —di un paso hacia él, decidida—. ¡Nunca volverás a tocarme! Nunca más entrarás en mi vida, y haré todo lo posible por olvidarte, aunque eso me destroce.



«Nuestro amor era como un río sereno, que fluía con suavidad, pero con la fuerza suficiente para moldear las piedras a su paso».

DANIELA ALMEIDA

Érase una vez una mujer rota.

Esa mujer perdió a la persona más importante de su vida; esa mujer se escondió dentro de sí misma cuando su mayor amor intentó ofrecerle apoyo; esa mujer hizo todo lo posible por aislarse… y lo consiguió.

Yo era esa mujer, y aún lo soy.

Como tantas mujeres, tuve un gran amor. Mi único amor.

Sin embargo, acabé permitiendo que una pérdida influyera en el desenlace de nuestra historia. Necesitaba resolver mis asuntos con mi

gran amor, pero ahora ya no era posible. Él se fue y se llevó consigo una parte de mi corazón.

En el fondo, sabía que siempre amaría a Dionisio Salvatore, estuviera donde estuviera…



«Él era el faro en mi tormenta, guiándome de vuelta a casa cuando me perdía entre las olas de la duda.»

DANIELA ALMEIDA

TRES AÑOS DESPUÉS

En el fondo, me había acostumbrado a la rutina que llevaba.

Trabajaba en SkyLink, una de las mayores empresas de aviación de América Latina, y adoraba mi trabajo. No es que fuera jefa de departamento ni tuviera un gran peso dentro de la empresa, pero me gustaban las rutinas, y tenía la mía.

Además, en los últimos años había hecho amistades de verdad, y hablando de ellas…

—¿Almorzando temprano hoy, preciosa…?

Marcela Novaes, una de mis grandes amigas, tenía la muy mala costumbre de pellizcarme las mejillas cada vez que me veía, y no servía de nada poner mala cara; parecía que eso solo aumentaba sus ganas de apretarme como si fuera un peluche.

—No te avisé porque no quería tu compañía, ¿sabes?

—¡Yo también te quiero! —respondió, sonriente, y yo hice lo mismo.

Nuestra amistad era así. Yo tenía un humor peculiar, bastante ácido, pero ella había terminado acostumbrándose.

—¡Ya he llegado!

Miramos de reojo y vimos a Ana Júlia sentarse con nosotras, con un aspecto algo más preocupado.

Mis dos amigas ya eran madres y estaban casadas, y además, muy bien casadas.

Yo, en cambio…

Bueno, mi historia no era de las mejores, y nunca me había enamorado de ningún hombre en mi vida, salvo de Dionisio.

Dionisio Salvatore…

Ayer se cumplieron tres años desde la última vez que lo vi, y no había tenido noticias suyas desde entonces.

Ni siquiera las quería.

Todavía me dolía pensar en el gran amor de mi vida, sobre todo porque fui yo quien puso fin a todo, con una mentira grave…

—¡Despierta, Daniela!

—Ah… hola. ¿Has dicho algo?

—No. Solo me quedé mirándote, y parecía que estabas en otro planeta.

—Solo estoy pensativa, amiga —comenté, esbozando una breve sonrisa y concentrándome en mi comida.

Uno de mis mayores defectos era ser pésima mintiendo, así que siempre desviaba la mirada cuando me enfrentaban.

Aquí, en el comedor, era el momento que teníamos para hablar con más tranquilidad. Aunque trabajábamos en el mismo departamento, como analistas de desarrollo organizativo, allí nos centrábamos en el trabajo, y en eso yo era muy buena.

En mi vida, el trabajo estaba por encima de todo, incluso del amor…

—Estás muy callada, Ana Júlia —dijo Marcela, y me fijé un poco mejor en mi amiga, que, en efecto, parecía más inquieta de lo normal, algo extraño.

—Es que… he recibido algunas noticias y estoy un poco en shock. ¿Estás bien con todo esto, Daniela? —preguntó Ana Júlia, y automáticamente sus miradas se dirigieron hacia mí, dejándome ligeramente inquieta y sorprendida, ya que no tenía ni idea de a qué se refería.

—¿Bien con qué?

Ana Júlia no dijo nada durante un momento, pero parecía haberle caído la ficha de que yo no sabía nada cuando un “oh” se dibujó en su boca.

—Bueno, es sobre Dionisio… —empezó Ana Júlia, claramente dubitativa—. Está regresando a Brasil. Y no solo eso, será el nuevo CEO de nuestra empresa durante un tiempo.

Mi corazón dio un vuelco.

Dionisio Salvatore, el hombre al que llevaba tres años intentando olvidar, estaba a punto de reaparecer en mi vida de una forma que jamás habría imaginado.

La noticia fue como un golpe en el estómago, trayendo de vuelta todos los recuerdos y sentimientos que había enterrado.

O, al menos, que intentaba enterrar y nunca lo conseguía…

—¿Cómo… sabes eso? —mi voz salió débil, casi inaudible, intentando comprender lo que estaba pasando.

—Recibí un correo interno de la dirección. Su nombramiento fue una sorpresa para todos. Parece que tuvo un gran éxito en Europa y ahora quiere traer su experiencia aquí —explicó Ana Júlia, observándome con preocupación—. Y antes de venir a comer, Theodore me explicó un poco la situación, muy por encima. Sé que llega hoy por la tarde.

Realmente no sabía qué sentir.

Por un lado, la idea de volver a ver a Dionisio despertaba en mí una mezcla de ansiedad y esperanza. Por otro, me traía de vuelta el recuerdo del dolor de nuestra despedida en la boda de Marcela y Dante, y también la mentira que le conté mucho antes para alejarlo, pensando que sería lo mejor para los dos.

Y, después de esa mentira, no hice más que sufrir con su ausencia…

—Daniela, ¿estás bien? —intervino Marcela, al notar mi expresión abatida mientras me tomaba una de las manos.

—Yo… sí, estoy bien —mentí, forzando una media sonrisa—. Solo sorprendida por la noticia, claro.

Sus miradas seguían fijas en mí, llenas de preocupación y curiosidad. Sabía que tendría que enfrentarme al pasado que tanto

había intentado dejar atrás.

Dionisio no era solo un exnovio; era el amor de mi vida, y yo había cometido el mayor error al dejarlo ir, inventando que le había sido infiel en el pasado.

Sí, lo hice, y solo Dios sabe cuánto me arrepentía…

—Daniela…

—Necesito un tiempo para asimilar todo esto —dije, levantándome de forma abrupta—. Voy a dar una vuelta.

Al salir del comedor, sentí el peso del mundo sobre mis hombros.

El regreso de Dionisio no era solo un giro inesperado en mi vida profesional, sino también en la personal.

Tendría que enfrentarme a él, lidiar con las consecuencias de aquella mentira y, quién sabe, quizá tener la oportunidad de corregir el mayor error de mi vida.

Mientras caminaba por los pasillos de la empresa, una mezcla de miedo y expectación se apoderaba de mí.

¿Qué le deparaba el futuro a Dionisio Salvatore y a mí?

La respuesta, lo sabía, estaba más cerca de lo que imaginaba, y esta vez haría lo correcto: intentaría recuperar su confianza y contarle, por fin, la verdad sobre por qué mentí.

Él hizo todo lo posible en el pasado por estar a mi lado, y ahora me tocaba a mí…



«Ella era la poesía en mi mundo de prosa, transformando los días corrientes en capítulos de una historia de amor inolvidable.»

DIONÍSIO SALVATORE

—¿Qué te dije sobre meterte en la boca lo que está en el suelo, Heitor?

Mi hijo, de casi dos años, se quedó mirándome mientras yo negaba con la cabeza. Heitor, con sus ojos curiosos e inocentes, soltó el juguete que había recogido del suelo y corrió hacia mí, rodeándome con un abrazo de piernecitas cortas.

Sonreí y le devolví el abrazo, sintiendo una mezcla de amor y responsabilidad que solo un padre puede comprender.

De repente, el sonido del timbre resonó por la mansión, anunciando la llegada de mi hermano, Dante, que aún desconocía la existencia de Heitor.

Respiré hondo, preparándome para revelar no solo la sorpresa de ser padre, sino también la historia que había llevado hasta allí.

Cuando abrí la puerta, mi hermano me miró sorprendido, no solo por verme a mí, sino por el niño que se aferraba a mi cuello con afecto y curiosidad.

—Hola, hermano —dije, mientras él analizaba a mi hijo.

—Dionisio, ¿quién es este niño? —preguntó, confundido.

Sería difícil explicarlo así, de golpe, pero fui rápido y directo.

—Este es Heitor, mi hijo —respondí, sintiendo una punzada de emoción al pronunciar esas palabras.

Mi hermano abrió mucho los ojos, impactado por la revelación. Lo invité a pasar y, mientras Heitor jugaba en el suelo, me preparé para contar mi historia.

—¿Esto… va en serio, Dionisio?

—Sí, más de lo que imaginas.

—Dios mío… —se llevó las manos a la cabeza, todavía sin creérselo, y luego fuimos al salón, mientras yo no quitaba ojo de mi hijo jugando.

—Durante mi tiempo en Europa conocí a una mujer, Elisa —empecé, recordando algunas cosas—. Era vibrante, llena de vida y pasión. Nos involucramos rápidamente, pero nuestra relación fue intensa y bastante turbulenta. Elisa era artista plástica, siempre en movimiento, buscando inspiración para su arte. Cuando descubrió que estaba embarazada, se asustó ante la idea de asentarse y asumir la maternidad. Sentía que ser madre la ataría, limitaría su arte, sobre todo porque viajaba constantemente. Después del nacimiento de Heitor, lo hablamos y decidió marcharse, dejándome la responsabilidad de criarlo solo. Fue duro, un cambio radical en mi vida, pero al mirarlo ahora sé

que fue lo mejor que me ha pasado. No fue fácil, pero… —observé a mi hijo, que ahora construía una torre de bloques con concentración infantil— se convirtió en el centro de mi mundo.

—¿Esa mujer… simplemente te dejó al hijo y se fue?

—Sí. Durante algunos meses intenté que funcionara, pero no era lo que ella quería. Elisa nunca tuvo el plan de ser madre y, en el fondo… yo acabé sin querer tener hijos.

Recordé una parte de mi pasado, un periodo triste, que había sido el detonante de esa decisión. Aun así, no me arrepentía de nada.

—Y ahora estás aquí, con un hijo… —dijo mi hermano, todavía asimilando la información—. Dionisio… sé sincero conmigo…

—Sí, hermano.

—¿Amabas a esa mujer?

—Solo he amado a una mujer en toda mi vida, y tú sabes quién es, Dante.

—Daniela Almeida.

—Sí. Daniela… —repetí su nombre con una mezcla de amargura y nostalgia, aunque no lo admitiera ni para mí mismo—. Ella lo era todo para mí. Pero todo cambió cuando me dijo que me había sido infiel. Aquello me destrozó por dentro. Nunca pude perdonarla por eso y nunca lo haré.

Mi hermano me observaba, con una mirada cargada de comprensión y preocupación.

—Pero ¿nunca te planteaste si de verdad hizo eso? —preguntó Dante con cautela.

—Sí, lo hizo. Y voy a vengarme.

—Dionisio…

—No, Dante. Ella va a sufrir como yo sufrí. Haré que sienta el mismo dolor, la misma traición que sentí yo. Eso me consumió durante años y aún sigo pensando en ello —mi voz sonó firme, aunque por dentro sentía una tormenta de emociones.

Mi hermano me miró, inquieto.

—¿Venganza, Dionisio? Eso no te traerá paz, ni a ti ni a ella. ¿Qué piensas hacer?

—Le mostraré lo que yo pasé. Entenderá lo que es perder a alguien a quien amas, aunque lo tenga delante —respondí con convicción, aunque una parte de mí se preguntaba si realmente sería capaz de ser tan implacable.

—¿Y qué pasa con Heitor? ¿Cómo vas a equilibrar esa sed de venganza con la responsabilidad de ser un buen padre para él? —preguntó Dante, sacando a la superficie una preocupación que yo intentaba ignorar.

Me detuve un instante, mirando a mi hijo, que jugaba alegremente, ajeno a las complicaciones del mundo adulto. Era la imagen misma de la inocencia, algo que temía perder en medio de aquel torbellino de emociones negativas.

—Cuando todo esto termine, viviré por mi hijo. Durante estos dos años he pensado en volver de Europa; quiero a Heitor cerca de nuestra familia, cerca de ti, de mamá y de tus hijos. Si no creyera en eso, no habría regresado. Tenía una buena vida en el extranjero, pero la familia es lo primero.

Dante se acercó y me puso una mano en el hombro.

—Dionisio, necesitas resolver lo que sientes por Daniela de una manera sana. No por Heitor, sino por ti mismo. Vivir con esa rabia no le hará bien a ninguno de vosotros. Tal vez sea hora de enfrentarte al

pasado, hablar con ella y, quién sabe… encontrar un camino hacia el perdón.

—No —repliqué, con la ira creciendo dentro de mí al recordar el día en que me dijo que me había sido infiel—. Daniela me despreció y me traicionó cuando nuestro mundo se vino abajo, y haré lo mismo con ella. Sentirá en su propia piel todo lo que me hizo, y solo así estaremos en paz.

—Por lo visto, nada de lo que diga va a cambiar tu idea, pero te diré una cosa: no me metas en esto.

—No te preocupes por mí, hermano. Esta vez sé muy bien lo que quiero, y pronto ella también lo sabrá…



«Como dos líneas paralelas destinadas a encontrarse, nuestro amor desafió la geometría del corazón y la lógica del destino.»

DANIELA ALMEIDA

Quería decir que todo estaba bien, que la noticia del regreso de Dionisio me había impactado, pero acabé enterándome de más cosas, y al principio no me lo creí…

Hoy era el día en que asumiría el cargo de CEO de SkyLink, y yo ni siquiera sabía qué había ocurrido para que todo saliera a la luz de esa manera.

Cuando llegué a la empresa, Ana Júlia parecía estar esperándome en la entrada principal.

—Hola, amiga.

—Hola —respondí, con la voz algo apagada.

—Por lo visto, ya te has enterado de las demás novedades.

—Sí. Y al principio no me lo creí… —le confesé a Ana Júlia; el temblor de mi voz delataba la confusión que llevaba dentro—. Dionisio ha vuelto… y tiene un hijo, Ana.

Ana Júlia me miró con comprensión. Sabía lo mucho que Dionisio había significado para mí, incluso después de tantos años.

—Sí, un hijo —repitió, pensativa.

—Parece que el niño se llama Heitor y tiene casi dos años. —Mientras hablaba, me invadía una mezcla extraña de emociones. Por un lado, la sorpresa y la curiosidad por el hijo de Dionisio; por otro, el dolor antiguo de nuestra ruptura, reavivado por su regreso.

—Daniela, ¿eso cambia algo para ti? —preguntó Ana Júlia, preocupada.

Me quedé pensativa unos segundos antes de responder algo tan difícil.

—No lo sé, Ana. Una parte de mí aún alberga la esperanza de quizá recuperarlo. Pero ahora, sabiendo que tiene un hijo… todo parece mucho más complicado.

—¿Por qué complicado, amiga?

—Porque puede que haya alguien en su vida que lo quiera y a quien él… también esté queriendo.

—Y tú aún lo quieres mucho, ¿verdad? —dijo Ana Júlia, más como una constatación que como una pregunta.

Asentí, sintiendo cómo una lágrima resbalaba por mi mejilla.

—Sí, todavía lo quiero. Pero ya no sé qué hacer con este sentimiento. Dionisio parece haber seguido adelante. Ha construido una vida sin mí, y ahora, con un hijo…

—Daniela, eres fuerte —me interrumpió, tomando una de mis manos—. Y si aún hay sentimientos, quizá merezca la pena intentarlo. Pero hazlo con cautela. Recuerda que ya no es el mismo Dionisio que conociste. Ahora es padre, y eso cambia muchas cosas.

—Lo sé. Y eso me asusta —confesé, secándome la lágrima—. Pero también me hace querer entender más sobre su vida en Europa, sobre lo que le pasó… y, quién sabe, entender qué queda todavía entre nosotros, si es que queda algo.

Ana Júlia me abrazó, ofreciéndome el consuelo que solo una amiga de verdad puede dar.

—Hagas lo que hagas, estaré aquí para ti. Pero recuerda cuidar tu corazón, Dani.

Sonreí, agradecida por su amistad y su apoyo. Sabía que el camino que tenía por delante sería complicado.

Dionisio había vuelto, pero no como yo esperaba. Aun así, la llama de la esperanza ardía dentro de mí, alimentada por la posibilidad, por remota que fuera, de quizá reavivar el amor que una vez compartimos.

—Vamos a trabajar, que para eso nos pagan —dije, guiñándole un ojo, con una sonrisa, intentando olvidar un poco toda esa historia.

—Vamos.



Siempre he estado muy centrada en mi trabajo, pero hoy, en especial, estaba siendo bastante complicado conciliar todo el volumen de tareas con mis pensamientos, y eso resultaba más que evidente para mis amigas.

A cada momento sentía las miradas de Ana Júlia y Marcela posarse sobre mí, como si se preguntaran en silencio cómo estaba, y lo cierto es que ni yo misma sabía responder a esa pregunta.

Incluso Dante, el marido de Marcela, se acercó a hablar conmigo, tanteando cómo me sentía con el regreso de Dionisio, su hermano menor, a la empresa.

Hay días en los que me apetece hablar poco, y hoy era uno de esos.

Seguí con mi trabajo con normalidad y vi que faltaban menos de treinta minutos para el almuerzo cuando volví a ver a Dante acercándose hacia mí, con el rostro algo más serio.

—¿Tienes un minuto?

—Sí, claro —respondí.

—Mi hermano te ha pedido que pases por su despacho para hablar un momento antes de tu hora de comer. Parece que quiere tratar algo importante —explicó Dante, manteniendo un tono neutro, aunque sus ojos dejaban ver cierta preocupación, como si no estuviera diciendo todo.

Mi corazón se aceleró al oírlo.

La posibilidad de quedarme frente a frente con Dionisio después de tanto tiempo desató un torbellino de emociones: ansiedad, miedo, esperanza… todo mezclado.

—De acuerdo. Iré ahora mismo —dije, con una firmeza que no reflejaba cómo me sentía por dentro.

—Antes de eso… ¿te parece bien esa conversación?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas, Dante?

Se quedó callado unos segundos, y lo noté respirar hondo.

—Mi hermano está diferente. No solo físicamente, sino… en todo. En el pasado, la única persona que conseguía calmarlo eras tú, pero no sé si ahora será igual.

—Sé cómo tratarlo. No te preocupes.

Me levanté, intentando aparentar calma, aunque mis manos temblaban ligeramente.

Mientras caminaba hacia el despacho de Dionisio, en la última planta, mi mente giraba llena de posibilidades.

¿Qué quería hablar conmigo? ¿Sabía acaso de los sentimientos que aún albergaba por él? ¿O sería solo una conversación estrictamente profesional?

Cuando el ascensor se abrió, respiré hondo, intentando reunir valor.

Al pasar junto a la secretaria, lo observé a lo lejos; él también me vio, y lo que percibí me dejó sorprendida.

Dionisio parecía otro hombre físicamente, incluso su rostro era distinto al que recordaba, como si hubiera cargado con más peso del mundo del que yo conservaba en la memoria. Era el mismo Dionisio de siempre y, al mismo tiempo, completamente diferente.

Las líneas de expresión en su rostro, la barba bien cuidada, todo en él desprendía una madurez y una seriedad que no conocía. Estaba más guapo, más atractivo, de una forma intensa e intimidante.

Ya no parecía el hombre bromista y divertido que había conocido; era justo lo contrario y, aun así, seguía llamando mi atención

del mismo modo que años atrás.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, como si fuera la primera vez y la atracción resultara evidente, pero enseguida apartó sus ojos castaños.

—Daniela, por favor, entra —dijo, devolviéndome a la realidad, y se dio la vuelta, señalando el despacho que ahora era suyo, el mismo que antes había pertenecido a Theodore y a Dante, los maridos de mis amigas.

Hice lo que me pidió y caminé hacia él, sintiendo cada paso como si avanzara a cámara lenta.

Ya sentado, Dionisio me observaba con atención, y yo podía sentir el peso de su mirada. Era como si intentara descifrar mis pensamientos, mis sentimientos.

Y yo hacía exactamente lo mismo.

—¿De qué querías hablar conmigo? —pregunté, procurando mantener la voz lo más neutra posible.

Dionisio me miró durante un largo instante antes de responder.

—Antes que nada, gracias por venir —empezó, con una voz más calmada, aunque aún cargada de una intensidad para la que no estaba preparada—. Seré breve para no interferir en tu hora de comer.

Seguí observándolo, entrelazando las manos para intentar ocultar mi nerviosismo.

—De acuerdo.

Dionisio respiró hondo, como si reuniera valor.

—Imagino que te estarás haciendo algunas preguntas, sobre todo el motivo de mi regreso como CEO y si esto va a afectar a nuestra convivencia aquí. Quiero dejar claro que nada cambiará en lo que

respecta al trabajo —puntualizó, todavía serio, y al fijarme mejor en su expresión comprendí hasta qué punto había cambiado en esos tres años—. Mi hermano se quedará en el área en la que siempre ha trabajado, y Theodore, que era el CEO hasta mi vuelta, se encargará de otros asuntos.

—¿Puedo saber de qué asuntos se trata?

—Sí, pero aún no lo hemos hecho público en los medios. Queremos abrir una filial en Río de Janeiro y, como él es el accionista mayoritario, le corresponde encargarse de las cuestiones burocráticas.

—Y ahí es donde entras tú.

—Exactamente. Lo sustituiré durante este año. Seré el CEO de SkyLink. Le prometí que me especializaría y que volvería aquí.

—Entiendo.

—¿Algún problema para ti, Daniela, en tenerme como jefe?

—No. Mi trabajo no va a cambiar.

—Excelente. —Entrelazó las manos y me observó con atención, y un escalofrío me recorrió la espalda. Era como si algo no encajara, pero no sabía qué.

—¿Algo más?

—En realidad, sí. Pero no quiero ni pretendo hablarlo aquí.

—Entonces… ¿dónde piensas hacerlo? —pregunté con cautela, sin terminar de comprender a qué iba.

—En una cena —respondió, tomándome por sorpresa—. Quiero que salgas conmigo este fin de semana, el sábado. Necesito explicarte algunas cosas.

Me quedé mirando al gran amor de mi vida; sin embargo, parecía muy distinto, no solo en sus gestos, sino también en su manera de hablar.

No es que eso disminuyera mi atracción por él, pero era como si mi sexto sentido me advirtiera de que algo no iba bien, aunque no lograra identificar qué era.

—Para aceptar eso, necesito preguntarte algo.

—¿Qué quieres saber?

—¿Tienes a alguien en tu vida?

—No —respondió de inmediato, sin apartar la mirada—. Hablaremos de eso si aceptas la invitación; de hecho, es uno de los temas que quiero tratar contigo.

Reflexioné durante unos segundos y, aunque no era algo que esperaba, decidí arriesgarme. Al fin y al cabo, no solo él tenía algo importante que decir.

Yo también.

—De acuerdo.

—Perfecto. A lo largo de la semana hablaremos más. Eso era todo, Daniela.

Me levanté y, pocos segundos después, ya estaba en el ascensor, con los ojos cerrados y respirando hondo.

No sabía qué me aguardaba, pero tenía la certeza de que aquel encuentro sería un punto de inflexión para los dos, para bien o para mal…



«Ella tenía la sonrisa capaz de detener mi mundo y, en su abrazo, encontré el lugar donde todos mis sueños parecían posibles.»

DIONÍSIO SALVATORE

Cuando me proponía algo, por lo general iba hasta el final para conseguirlo, y así me había vuelto en los últimos años.

De hecho, mi forma de pensar había cambiado mucho, y sabía que no todo había sido para bien: me volví más rígido, más decidido y, en muchos aspectos, más implacable.

El éxito en Europa no llegó sin sacrificios.

Aprendí a ser firme en mis decisiones y a afrontar los desafíos de frente, sin dudar ni un solo segundo. Sin embargo, esa misma determinación que me llevó a la cima también tuvo un precio.

Y fue muy alto.

Me volví menos accesible, más hermético con mis sentimientos. La barrera que construí para proteger mi corazón también me aisló de muchas maneras.

Mirando por la ventana de mi despacho, reflexionaba sobre todo aquello. El regreso a Brasil, asumir el cargo de CEO en la empresa, reencontrarme con el gran amor de mi vida…

Cada paso era una mezcla de estrategia y emoción reprimida.

Sin embargo, ahora, al volver a ver a Daniela, todas esas barreras parecían demasiado frágiles.

Su presencia despertaba sentimientos que creí haber dominado. La rabia que sentí cuando me dijo que me había sido infiel, el dolor de nuestra separación… todo regresó con fuerza.

Pero también estaba el recuerdo de los buenos momentos, del amor que compartimos en el pasado.

Minutos atrás, sentía que ella esperaba que yo hablara, con los ojos llenos de expectación y temor. Sabía que las palabras que eligiera podían redefinirlo todo entre nosotros.

Ahora tenía un hijo, Heitor, un vínculo inquebrantable con un pasado que había intentado dejar en Europa. Pero Daniela… ella era el enlace con un pasado aún más lejano, un capítulo de mi vida que nunca logré cerrar del todo.

De repente, vi a alguien entrar en mi despacho, con el gesto más serio de lo habitual.

—¿Qué necesitas, hermano?

—Necesito que seas sincero conmigo —respondió, cruzándose de brazos, adoptando el papel de hermano mayor, y yo ya sabía cuál era su inquietud; aun así, decidí preguntar.

—¿Qué quieres saber?

—Lo sabes. No voy a permitir que uses a Daniela.

—No voy a hacerle nada a Daniela, Dante —dije con rapidez—. No la he llamado por eso, sino para resolver nuestro pasado.

—¿Estás seguro?

—Sí. Lo he pensado mejor. Solo voy a ser sincero con ella, como lo fui hace unos minutos. Aún me afecta.

—Me alegra oírlo. No quiero formar parte de esto. Daniela es una buena persona.

—Sí, lo es.

Se metió las manos en los bolsillos, observando a su alrededor con orgullo.

—Espero que estés a la altura del cargo. Theodore confió en ti para encargarte de todo esto.

—¿Celoso por no haber sido el elegido para ocupar el puesto, hermano? —pregunté en tono burlón, y él esbozó una breve sonrisa.

—En absoluto. Prefiero mi posición. La responsabilidad es tuya ahora, y espero que estés a la altura.

—No hace falta que hagas de hermano mayor aquí en la empresa.

—También lo creo, pero has vuelto muy cambiado de Europa. Y no sé hasta qué punto eso es bueno.

Sonreí, observándolo con atención, igual que él hacía conmigo.

—No te preocupes por mí, digamos que… me he encontrado a mí mismo.

—Eso espero. Bien, volveré a mi trabajo. Espero que no me hayas mentido.

—Eso nunca lo sabrás… —sonreí, y él negó con la cabeza.

—Hasta luego.

—Hasta…

Cuando salió del despacho, me quedé pensando en sus palabras, en su advertencia sobre Daniela, pero eso ya no importaba.

Sabía que mi hermano estaba preocupado por mí, pero yo tenía mis propios planes y pensamientos. En cuanto a Daniela, estaba decidido a ser sincero, pero la sinceridad no significaba necesariamente bondad ni perdón.

Podría utilizar mi posición y mi influencia para afectarla de algún modo dentro de la empresa, pero en algún lugar de mi interior sabía que eso sería un error.

Aprendí en Europa que el éxito y el poder no significaban nada si no había paz interior.

Aun así, una parte de mí buscaba venganza, y en ese momento era ese lado mío el que estaba ganando la batalla…

DANIELA ALMEIDA

—¿Ha pasado algo, amiga?

Estaba en el comedor con Ana Júlia y Marcela, y me quedé pensativa durante unos minutos después de hablar con Dionisio.

—Dionisio quería hablar conmigo.

—¿Sobre qué?

Les expliqué lo que habíamos hablado: la cena que me había propuesto y también lo que yo sentía al respecto. Sabía que podía ser la oportunidad de intentar recuperarlo, pero también de aclarar el pasado, de contar la verdad.

—Me invitó a cenar. Quiere explicarme algunas cosas, quizá sobre el tiempo que pasó en Europa, sobre su hijo… y, quién sabe, sobre nosotros —dije, sintiendo una mezcla de nerviosismo y esperanza.

Ana Júlia y Marcela intercambiaron miradas preocupadas, de esas que yo conocía bien.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó Marcela, con cautela.

—Necesito saberlo, amiga. Necesito entender qué ocurrió de verdad, y esta es mi oportunidad. Y puede que sea la única —respondí, intentando convencerme a mí misma tanto como a ellas.

—¿Y sobre la verdad, Dani? ¿Vas a contarle lo de… ya sabes, la mentira? —preguntó Ana Júlia, refiriéndose a la falsa traición que había inventado años atrás para alejarlo de mí.

Tragué saliva, consciente de que esa sería la conversación más difícil. Había soñado con ese momento durante años y ahora tenía la oportunidad, y no pensaba desaprovecharla.

—Sí, se lo voy a contar. Es hora de ser sincera con todo. No puedo vivir con este peso para siempre, y él merece saber la verdad. Me equivoqué y tengo que asumir mis errores.

—Ten cuidado, Daniela. No sabemos cómo va a reaccionar —dijo Ana Júlia, tocándome la mano en señal de apoyo.

—Lo sé. Pero es un riesgo que tengo que correr —afirmé, sintiendo cómo una determinación creciente se instalaba en mi interior.

Mis pensamientos estaban puestos en la cena con Dionisio.

Era más que una oportunidad para aclarar el pasado: era la posibilidad de curar viejas heridas y, quizá, reavivar una llama que nunca se apagó del todo.

Con esa esperanza, sabía que debía enfrentarme a lo que viniera, independientemente del resultado, aclarar el pasado y contar la verdad de una vez por todas.



«Juntos aprendimos que el amor no consiste en encontrar la perfección, sino en aprender a ver la belleza imperfecta en nosotros mismos.»

DANIELA ALMEIDA

Trabajé con normalidad durante la semana, y se informó a los empleados de la empresa sobre algunos de los motivos por los que Theodore se ausentaría del cargo de CEO y nombraría a Dionisio.

Se organizó una conferencia para ello, en la que el propio Theodore tomó la palabra, afirmando que confiaba en Dionisio, y, en el fondo, yo también creía que haría un buen trabajo.

Siempre había sido un hombre muy inteligente, y no tenía ninguna duda sobre su capacidad.

Hoy era sábado y me dirigía al restaurante que Dionisio había elegido. Por mucho que insistiera en pasar a recogerme, preferí ir sola en mi coche. Además, no tenía grandes expectativas para el resto de la

noche; al fin y al cabo, no creía que hubiera olvidado lo que ocurrió entre nosotros en el pasado.

El lugar elegido era La Tambouille, un restaurante especializado en marisco, y me alegró su elección; me gustaba mucho y supuse que por eso lo había escogido.

Decidí llegar un poco antes, treinta minutos antes de la reserva, y, para mi sorpresa, él ya estaba allí.

Respiré hondo, como si se tratara de la primera cita con alguien a quien llevaba tiempo esperando, y, en cierto modo, lo era, después de tantos años lejos.

—Hola.

—¿Cómo estás, Daniela?

—Bien.

Toda nuestra historia pareció resurgir en el instante en que nuestras miradas se cruzaron.

Dionisio estaba allí, sentado, con una expresión que mezclaba seriedad y una ligera ansiedad. Había en él un encanto innegable, un magnetismo que siempre me había atraído en el pasado, pero que ahora parecía más profundo, mucho más maduro.

—Me alegra que hayas venido —dijo, con una leve sonrisa que suavizó sus facciones durante unos segundos.

—Necesitaba venir —expliqué, sentándome frente a él.

El ambiente de La Tambouille era acogedor e íntimo, con una iluminación suave que creaba la atmósfera perfecta para conversaciones significativas.

Mientras esperábamos la cena, la charla fluyó sorprendentemente bien. Hablamos del trabajo, de los cambios en la

empresa, y Dionisio incluso mencionó brevemente a su hijo, Heitor.

Cuando pensé que no diría nada más, la verdad sobre su hijo salió a la luz.

—La madre de Heitor y yo nos llevábamos bien, pero ella no quería ser madre. Por eso decidió dejarnos poco después de su nacimiento. Fue un momento difícil, tener que adaptarme a la paternidad solo, especialmente en un país extranjero. Pero Heitor… se convirtió en la mejor parte de mi vida, sin ninguna duda —explicó Dionisio, con la mirada lejana, pero llena de amor al hablar de su hijo.

Lo escuchaba con atención, sintiendo una mezcla de compasión y admiración por la forma en que había asumido la responsabilidad de ser padre.

Era evidente que Heitor lo era todo para él.

—Debió de ser un gran cambio para ti… —comenté, intentando ofrecerle un apoyo silencioso.

—Lo fue, pero aprendí mucho con ello. Sobre la responsabilidad de otra vida, sobre el sacrificio… y, sobre todo, sobre el amor incondicional —afirmó, y había una nueva madurez en su voz, algo que no había percibido antes.

—¿Y cómo está llevando conocer a la otra parte de su familia?

Por primera vez, esbozó una sonrisa amplia, y me quedé observándolo durante unos segundos.

—Esta semana ha pasado bastante tiempo con mi madre y ha conocido a sus primos, los hijos de Dante y Marcela. Mi hijo parece más feliz, y todo está saliendo exactamente como había pensado. Volví a Brasil con algunas ideas claras y las estoy llevando a cabo.

—Lo entiendo. Y… ¿te resultó difícil verla marcharse?

—¿Me estás preguntando si la amaba?

Me quedé en silencio, porque esa era exactamente la pregunta que martilleaba mi mente.

—Yo…

—Daniela, solo he amado a una mujer en toda mi vida, y está sentada frente a mí. Esa mujer eres tú.

No fui capaz de decir nada; me limité a observar el rostro de Dionisio, que, por mucho que hubiera cambiado con respecto al pasado, parecía sincero en ese momento.

Había una tensión latente, una expectación por lo que aún estaba por venir. Ambos sabíamos que la conversación verdaderamente importante todavía no había comenzado, pero parecía haber dado su primer paso.

Cuando me disponía a decir algo, llegó el plato que habíamos pedido y respiré un poco más aliviada.

Saboreamos la cena en silencio durante unos instantes, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

La confesión de Dionisio había sido inesperada y cargada de emoción. Parecía que me amaba… todavía. Ese pensamiento hacía que mi corazón latiera con más fuerza, pero también me llenaba de incertidumbre.

Finalmente, al cabo de un rato, decidí romper el silencio.

—Dionisio, lo que has dicho significa mucho para mí. Después de todos estos años, saber que aún sientes… —mi voz vaciló un poco—, pero ¿qué significa eso para nosotros ahora? Con todo lo que ha pasado, con tu hijo…

—Sobre el pasado, Daniela… —empezó, dubitativo—. Sé que las cosas no terminaron bien entre nosotros. Todavía pienso mucho en aquello, en lo que hiciste.

Lo miré, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba. Era el momento que temía y ansiaba al mismo tiempo.

—Yo también lo pienso, Dionisio. Y hay algo que necesito contarte, algo de aquella época… —mi voz volvió a fallar, pero sabía que tenía que seguir.

—No tienes que decirme nada.

—Sí, tengo que hacerlo.

—Otro día. Hoy solo necesito saber algo de ti y, con tu respuesta, tendremos más tiempo para hablar. Podrás decirme todo lo que quieras en los próximos días.

—¿Qué quieres saber?

Guardó silencio durante unos segundos y, entonces, preguntó:

—¿Todavía me amas?

Mi corazón empezó a latir desbocado ante su pregunta y tardé un momento en encontrar la voz.

—Sí, Dionisio, todavía te amo. Nunca dejé de amarte ni por un solo segundo —admití, sintiendo una mezcla de alivio y vulnerabilidad al expresar lo que sentía.

Pareció sorprendido, pero en sus ojos brilló algo más —esperanza, quizá—.

—Eso… cambia muchas cosas —dijo Dionisio, con la voz serena y una leve sonrisa—. No esperaba oírlo, pero me hace feliz de una manera que no sé explicar.

—¿Y ahora? ¿Qué hacemos? —pregunté, con el corazón aún acelerado, ansiosa por su respuesta.

—Creo que necesitamos tiempo, Daniela. Tiempo para entender qué significa esto para nosotros, para nuestras vidas. No podemos volver simplemente a lo que éramos; han cambiado demasiadas cosas.

—Estoy de acuerdo —respondí, sintiendo que era lo más sensato—, pero estoy dispuesta a explorar lo que esto significa, juntos.

—Yo también. —Sonrió, y en esa sonrisa había una promesa de nuevas posibilidades—. Quiero que sepas una cosa.

—De acuerdo.

—Me he arrepentido profundamente de muchas cosas del pasado, Daniela, pero no quiero arrepentirme de lo que estoy a punto de hacer ahora.

—Yo tampoco. Me equivoqué en el pasado, pero no quiero cometer ese mismo error.



El resto de la noche fue especial para mí y, minuto a minuto, me fui sintiendo más cómoda en su presencia, como si una parte del antiguo Dionisio siguiera allí, intacta.

Hablamos mucho, sonreímos, y me contó algunas historias de Europa y de cómo fue criar a Heitor solo.

Cada palabra, cada gesto, me recordaba al hombre del que me enamoré años atrás. Había entre nosotros una familiaridad

reconfortante, un vínculo que el tiempo no había logrado borrar, y ahora tenía la certeza de ello.

Hablaba de Heitor con tanto cariño que podía ver en sus ojos el amor incondicional de un padre. Resultaba emocionante descubrir esa nueva faceta suya, algo que solo sumaba a la persona en la que se había convertido.

—La vida en Europa me enseñó mucho —dijo en un momento, pensativo—. Pero también me hizo darme cuenta del valor de las cosas que dejé atrás, incluida tú.

Esas palabras me tocaron profundamente y sentí cómo una oleada de emoción me recorría.

—Yo también aprendí mucho en este tiempo. Sobre mí misma, sobre lo que de verdad importa en la vida.

La cena se prolongó en un ambiente agradable de reencuentro y redescubrimiento, y ni siquiera me di cuenta de cómo pasaba el tiempo.

Nos levantamos y nos preparamos para marcharnos, pero, en un gesto repentino, se detuvo frente a mí, tomó mi mano durante unos segundos y me miró fijamente a los ojos.

—Gracias por esta noche —dijo con una voz suave, cargada de emoción—. Ha sido más de lo que esperaba.

Sonreí, sintiendo un torbellino de sensaciones en mi interior. Su cercanía, la intensidad de su mirada, todo contribuía a crear un clima de intimidad y conexión.

—Yo también te lo agradezco. Esta noche ha sido especial para mí —respondí, casi en un susurro.

Había una tensión palpable entre nosotros, una mezcla de deseo y vacilación.

Dionisio parecía querer decir algo más, pero en lugar de hacerlo, se acercó despacio. La distancia entre nosotros se reducía a cada segundo, hasta que, finalmente, sus labios se posaron sobre los míos en un beso suave, pero cargado de significado.

Fue un beso tímido al principio, pero pronto se intensificó, lleno de años de añoranza y de sentimientos no expresados.

La sensación era la de redescubrirnos, de reconectarnos de una forma que solo un amor verdadero del pasado puede ofrecer.

Mientras seguíamos besándonos, era como si el ruido del mundo a nuestro alrededor dejara de existir, quedando solo nosotros dos, perdidos en un instante suspendido en el tiempo.

La intensidad revelaba una verdad que ambos habíamos intentado ocultar: la llama de nuestro amor seguía viva, ardiendo bajo las cenizas del pasado.

Cuando por fin nos separamos, estábamos algo agitados, y nuestras miradas se encontraron en una mezcla de sorpresa y entendimiento.

Dionisio tomó mi mano, un gesto tierno que contrastaba con la intensidad del momento.

—No sabía cuánto necesitaba esto… a ti —dijo, con la voz baja, aún cargada de emoción.

—Yo tampoco lo sabía… pero ahora parece tan claro —respondí, sintiendo el corazón latirme con fuerza en el pecho.

Nos quedamos allí unos instantes, simplemente mirándonos, como si intentáramos memorizar cada detalle del otro.

—No me mires así, Daniela.

—¿Así cómo?

—Como si quisieras desnudarme con la mirada.

Sonreí; conocía bien esas miradas mías con segundas intenciones, igual que en el pasado.

—No es culpa mía, estás diferente… y aún más guapo. Has envejecido como un buen vino a tus cuarenta y un años.

Se acercó más a mí y me rodeó con un abrazo.

—Si la intención es provocarme, lo estás consiguiendo perfectamente.

Sabía que era arriesgado, pero lo echaba de menos y, en ese momento, necesitaba desesperadamente a mi gran amor.

—Entonces no te contengas…

Y, tras decir eso, su boca volvió a adueñarse de la mía, y tuve la certeza de que mi noche sería mucho más intensa de lo habitual…



«Nuestras risas se entrelazaban como notas en una sinfonía, creando una música que solo los corazones enamorados podían comprender.»

DANIELA ALMEIDA

De verdad, echaba de menos su tacto, su olor, su boca… todo.

Durante el tiempo que estuvimos separados, muchas veces me sorprendí recordando los pequeños detalles que formaban su esencia: la manera en que sonreía con aquellos ojos castaños, cómo me tomaba de la mano mientras paseábamos, el sonido de su risa.

Cada recuerdo era un recordatorio de lo que había perdido, de la conexión profunda que compartíamos.

Ahora, al reencontrarme con él, cada roce, cada mirada, parecía reavivar las llamas de un amor que creí apagado con el paso del tiempo. Era como si, a pesar de los años y de la distancia, nuestro vínculo hubiera sobrevivido, esperando en silencio a ser despertado de nuevo.

Mientras Dionisio y yo caminábamos juntos después de la cena, sentía una oleada de nostalgia y, al mismo tiempo, una esperanza renovada. Estar otra vez a su lado, sentir el calor de su presencia, era un bálsamo para mi alma.

De verdad.

Los recuerdos de los momentos felices que compartimos en el pasado venían ahora acompañados por la expectación de todo lo que aún podríamos construir juntos.

Por supuesto, sabía que todavía había desafíos por delante.

Los dos habíamos cambiado y crecido durante el tiempo que estuvimos separados. Dionisio ahora era padre, y eso añadía una nueva dimensión a nuestra relación.

Aun así, en mi interior sentía que, si estábamos dispuestos a afrontar esos desafíos juntos, podríamos encontrar un camino hacia un futuro compartido… o algo parecido.

—Estás muy pensativa.

—Solo recordando el pasado.

—¿Nuestro pasado?

—Sí —respondí con sinceridad, mirándolo.

—Me alegra oírlo. Y tengo ganas de saber más —comentó, esbozando una breve sonrisa, y yo hice lo mismo.

Dionisio era una de las pocas personas capaces de hacerme sonreír, y eso me gustaba.

—¿Vamos a tu casa?

—Si no tienes ningún inconveniente, sí.

—Ninguno. Iré en mi coche.

—De acuerdo.

Sentía que necesitaba recuperar el tiempo perdido con el gran amor de mi vida, y me encontraba más tranquila después de nuestra conversación.

A pesar de todo, mañana sería un nuevo día, y debía contarle la verdad sobre el pasado para que nada se interpusiera en nuestro camino a partir de ahora…



En menos de una hora llegamos a su mansión, y parecía no haber cambiado nada desde la última vez que estuve allí.

Por lo general, solo lo veía en casa de Dante, su hermano, y de Theodore, y cuando terminamos nuestra relación no volví más aquí; no hubo recaídas.

—Aquí no ha cambiado nada —dije, captando su atención, y él asintió.

—Me aseguré de dejarlo todo tal como estaba y, sinceramente, no había motivos para cambiar nada —respondió mientras cerraba la puerta a nuestra espalda—. Cada rincón de esta casa guarda un recuerdo, y no quería borrar eso.

Mientras recorríamos la mansión, los recuerdos comenzaron a aflorar.

La decoración elegante, los cuadros en las paredes, el piano del salón… todo me devolvía momentos que compartimos, risas cómplices y conversaciones íntimas.

—Recuerdo cuando tocábamos el piano juntos aquí —comenté, deteniéndome frente al instrumento y rozando suavemente las teclas—. Siempre sabías cómo hacerme sonreír mientras tocabas.

—Y tú siempre supiste cómo llenar de alegría esta casa —dijo Dionísio, deteniéndose a mi lado—. Esos momentos, esos recuerdos… los he guardado conmigo todos estos años.

Se acercó y se sentó frente al piano, empezando a tocar una melodía suave que reconocí al instante. Era la misma música que solíamos interpretar juntos.

Sentí un nudo en la garganta, conmovida por el recuerdo.

—Entonces… aún lo recuerdas —confesé, con la voz hecha un susurro.

—¿Cómo podría olvidarlo? —respondió, mirándome con una sonrisa serena.

Me senté a su lado en el banco del piano y, juntos, empezamos a tocar la pieza.

Fue un momento mágico, como si estuviéramos redescubriendo una parte perdida de nosotros mismos. La música llenó la estancia, cada nota resonando con el peso de las emociones que compartíamos.

Cuando la melodía terminó, permanecimos en silencio unos instantes, mirándonos. Entonces Dionísio se volvió hacia mí, me tomó de la mano y dijo:

—Daniela, no sé qué nos depara el futuro, pero sé que te quiero en él. No como un recuerdo del pasado, sino como parte de mi presente y de mi futuro.

Sus palabras me llenaron de una esperanza renovada y de un amor que creía perdido.

—Yo también quiero eso, Dionísio —afirmé, sintiendo cómo las lágrimas de felicidad asomaban a mis ojos.

Mejor llorar de alegría que de tristeza…

Nos pusimos en pie y, a continuación, sus manos se encontraron con mi cuerpo, trazando recorridos suaves y llenos de ternura.

Me atrajo hacia él y nuestros labios se encontraron en un beso apasionado. Era un beso que hablaba de años de separación y de un amor reavivado, que sellaba la promesa de un nuevo comienzo.

Mientras nos besábamos, Dionísio me condujo con delicadeza por la casa, nuestros pasos resonando en armonía con los latidos acelerados de nuestros corazones.

Llegamos al dormitorio, un lugar que una vez fue testigo del amor que compartíamos y que ahora estaba a punto de acoger el renacer de ese sentimiento; yo estaba cada vez más ansiosa.

La luna brillaba afuera, proyectando un resplandor plateado a través de la ventana y creando un escenario mágico y romántico.

En ese momento, todo lo que existía éramos nosotros dos y el amor que había vuelto a encenderse. Los problemas del pasado, las incertidumbres del futuro, todo se desvaneció, dejando solo la pureza y la intensidad de nuestro reencuentro.

Allí, en ese dormitorio, bajo la luz de la luna, nos redescubrimos. Era como si cada parte de nosotros hubiera sido hecha para encajar a la perfección en la otra.

—Voy a hacerte mía, Daniela.

—Ya soy tuya, para siempre…

Rodeé su cuello con mis brazos, atrayéndolo aún más. Dionísio me condujo hasta la cama y, juntos, nos recostamos.

Nuestras manos se entrelazaron, nuestros corazones latiendo como uno solo. Y, en ese instante, supe que estaba donde siempre había pertenecido. En los brazos de Dionísio, envuelta en su amor, por fin estaba en casa.

Nos tendimos allí, abrazados, con el silencio lleno únicamente por el latido de nuestros corazones y por nuestra respiración, que poco a poco se iba calmando.

Dionísio me acarició el cabello con suavidad, un gesto que decía más que mil palabras.

—Nunca imaginé que podría ser tan feliz al volver a verte — susurró, mirándome con una expresión de pura felicidad y plenitud.

Sonreí, acomodándome aún más entre sus brazos.

—Lo importante es que estamos juntos y que el único hombre al que he amado está a mi lado.

Él sonrió y, a continuación, volvió a pasar la mano por mi cabello.

—A partir de hoy, todo cambiará entre nosotros. Te lo prometo…



«En el espejo de sus ojos vi mi mejor versión, reflejada en la luz del amor que brillaba entre nosotros.»

DANIELA ALMEIDA

Mientras terminaba de ducharme, recordaba los últimos minutos en la cama, y era inevitable que una sonrisa se escapara de mis labios.

—¿Por qué sonríes tanto? —preguntó Dionísio, acomodando su cuerpo contra el mío, con el agua cayendo sobre los dos. Su presencia era cálida y reconfortante, un contraste perfecto con el frescor de la ducha.

—Solo estoy pensando en lo increíble que fue todo —expliqué, girándome para mirarlo, con nuestros rostros a apenas unos centímetros—. Y en cómo parece que cada momento contigo es aún mejor que el anterior. Simplemente… estoy feliz.

Dionísio sonrió, con los ojos brillantes por una mezcla de pasión y ternura. Colocó las manos en mi cintura y me atrajo hacia él. La cercanía intensificaba las sensaciones, haciendo que el calor entre nosotros creciera cada vez más.

—Tú me haces sentir lo mismo, Daniela —susurró, antes de atrapar mis labios en un beso suave, pero cargado de promesas.

Nuestros besos se hicieron más profundos, y el agua de la ducha creó un velo de vapor a nuestro alrededor, añadiendo un toque de magia al momento.

El sonido del agua al caer era como una melodía delicada, acompañando el ritmo de nuestros corazones latiendo al unísono.

La provocación era sutil, pero intensa; cada caricia y cada beso reavivaban el deseo que habíamos explorado minutos antes.

Era una danza de seducción y ternura, de dos almas que se conocían profundamente y que, aun así, seguían descubriendo nuevos territorios la una en la otra.

—Podría quedarme aquí para siempre —murmuró Dionísio entre besos, con las manos recorriéndome la espalda con una delicadeza que contrastaba con la intensidad de nuestros labios.

—Yo también —asentí, dejándome llevar por la corriente de emociones que despertaba en mí.

Perdidos en aquel instante de pasión e intimidad, Dionísio y yo nos olvidamos del mundo exterior.

En la ducha, recordando el amor que habíamos hecho y provocándonos con besos, no solo volvíamos a unir nuestros cuerpos, sino que también reafirmábamos el vínculo emocional que nos unía.

Con mucho esfuerzo salimos del baño, pero sentí de nuevo sus manos rodeándome mientras susurraba:

—Te necesito otra vez, y te necesito ahora…

Había vuelto, y estaba conmigo…

Lo atraje hacia mí, y nuestros cuerpos se encontraron en una unión perfecta. La conexión entre nosotros era tan fuerte que parecía que podíamos sentir cada pensamiento y cada emoción del otro.

—Dionísio, yo… —Las palabras se perdieron entre susurros, mientras me llevaba a un clímax arrollador.

Sostuvo mi rostro entre sus manos, mirándome a los ojos con una profundidad que me hacía sentir como si pudiera ver mi alma.

—Daniela, siempre supe que eras la mujer de mi vida —declaró Dionísio, con la voz firme y cargada de emoción.

—Y tú eres el hombre de mis sueños —respondí, con el corazón desbordado de alegría.

—Te prometo que nunca olvidarás este día…

Cada mirada quedó grabada en mi mente y en mi corazón, como una promesa de un amor duradero.

—Daniela, eres mía ahora y para siempre —gruñó, con el calor y la pasión de su voz mezclándose con los sonidos de nuestros cuerpos al unirse.

Dionísio cayó a mi lado en la cama, respirando con dificultad. Me atrajo hacia un abrazo y apoyé la cabeza en su pecho, escuchando los latidos acelerados de su corazón.

—Nunca me había sentido así. Tú me haces sentir viva de nuevo.

—A partir de hoy, haré que te sientas de una manera diferente, Daniela —dijo, besando la coronilla de mi cabeza.

Probablemente, aquel era el día más feliz de mi vida, pero en el fondo algo todavía me inquietaba, aunque aún no sabía qué era…



Cuando fui a trabajar el lunes, parecía distinta.

Recordaba el fin de semana, los momentos que había pasado con Dionísio, y eso me hacía reír casi a cada instante.

Para alguien que no solía hacerlo con frecuencia, aquella sensación era demasiado buena.

—Por lo visto alguien ha visto un pajarito verde… —comentó Marcela, y sentí también la mirada de Ana Júlia sobre mí.

—Quién sabe…

—¡Ah, venga ya! ¿Qué ha pasado para que estés tan feliz?

—En el almuerzo lo sabrán. Y con detalles —dije, enfatizando, sin importarme demasiado demostrar mi felicidad.

Siempre había sido muy centrada en mi trabajo y, por eso, decidí dejar la conversación para más tarde. Aun así, era difícil contener la sonrisa que insistía en quedarse en mi rostro. Había en mí una ligereza, una alegría cada vez que recordaba el fin de semana con Dionísio.

Durante la jornada, me descubrí varias veces perdida en recuerdos, reviviendo cada instante, cada caricia, cada mirada compartida.

Había reavivado algo en mí que creía perdido: una sensación de plenitud y una esperanza renovada en el amor.

Alrededor de una hora antes de mi descanso para comer, una de las secretarias del despacho principal me llamó, pidiéndome que subiera a su oficina de inmediato.

No sabía el motivo, pero poco importaba.

Necesitaba decirle algo importante, la razón de mi mentira en el pasado, y no permitiría que aquel día pasara sin hacerlo.

Subí hasta la última planta y, al salir del ascensor, fui directa a su despacho.

—¿Ocurre algo? —pregunté, y él se quedó mirándome unos segundos, sin decir nada.

Por fin, Dionísio habló, y el tono de su voz era frío, muy distinto del calor y la ternura que habían existido entre nosotros pocos días atrás.

—Sé que a partir de ahora sí será un problema —empezó, con expresión severa.

—No te entiendo.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza, y una sensación de inquietud creció dentro de mí.

—Fue bueno saber que todavía me amabas. De verdad. Todo lo que hice aquel día fue con la intención de descubrir cuáles eran tus sentimientos hacia mí.

Hizo una pausa, y cada palabra me golpeó como un puñetazo.

—Dionísio… me estás asustando.

Esbozó una sonrisa, pero no era la habitual que conocía; había algo oscuro en ella.

—Creo que ahora estamos en paz. Después de tantos años, has entendido cómo me sentí cuando me trataste de aquella manera, cuando terminaste conmigo.

—¿De qué estás hablando?

—Quería que sintieras lo mismo que yo sentí en el pasado: el dolor de la traición, aunque solo fuera por un instante.

Las palabras de Dionísio me golpearon con violencia. La revelación fue como un shock, destrozando la felicidad y la esperanza que había sentido.

—Espera… ¿me estabas utilizando? —mi voz temblaba, y las lágrimas comenzaron a acumularse en mis ojos.

—Sí. Y no me arrepiento ni un segundo.

Escuchar aquello de Dionísio fue como recibir un golpe directo en el corazón. El dolor y la decepción resultaban casi insoportables.

—¿Cómo has podido? —logré decir, con la voz cargada de angustia—. ¿Cómo has podido jugar así con mis sentimientos después de tanto tiempo?

Lentamente, caminó hacia mí, y vi cómo su expresión cambiaba de forma brusca, haciéndome sentir miedo a medida que se acercaba.

—¿Cómo he podido? Tú me traicionaste en el pasado, y no solo eso: me despreciaste cuando más te necesitaba, cuando perdimos…

—¡Para! —grité, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No te atrevas a decir nada más!

—Me destruiste. Tuve que vivir con ese dolor durante años —continuó Dionísio, con la voz fría y sin rastro de remordimiento—.

Necesitaba saber si aún me amabas para hacerte sentir lo que yo sentí, al menos por un momento.

—Tú… dijiste que me amabas —susurré, y él negó con la cabeza.

—No. Dije que te amé. Pero ya no siento nada por ti.

Las palabras apenas lograban salir, ahogadas por las lágrimas que ahora corrían libremente por mi rostro. Lo que días atrás creí que era real no había sido más que una ilusión, una farsa cruelmente orquestada por alguien que yo pensaba conocer.

El hombre que tenía delante en ese momento era un desconocido, alguien movido por la venganza y el rencor.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —mi voz se quebraba por el dolor—. ¿Cómo puedes jugar así con los sentimientos de alguien? Dímelo.

Dionísio permaneció impasible, sin mostrar el menor atisbo de arrepentimiento.

—Tú me heriste primero, Daniela. Solo quería que sintieras una fracción de lo que yo sentí —su voz era dura, carente de emoción—. De lo que aún siento.

En ese instante comprendí que el Dionísio al que amé había desaparecido, sustituido por alguien a quien ya no reconocía. La decepción era amarga, y sabía que necesitaría tiempo para curar las heridas que aquella revelación había provocado.

Entonces decidí hacer justo lo contrario de lo que había previsto para ese día y, una vez más… mentí.

—¡Te lo merecías!

—¿Qué es lo que me merecía, Daniela?

—¡Ser traicionado! Y, si pudiera, lo haría mil veces más.

Aunque jamás se me pasó por la cabeza haberle sido infiel en el pasado, no iba a quedarme por debajo en aquella situación ni a permitir que se sintiera cómodo.

—Tú…

—Sí, Dionísio —le interrumpí, con la voz firme y decidida—. ¿Crees que puedes jugar conmigo, usarme para saciar tu venganza? Pues que te quede claro que yo también sé jugar a este juego. Te traicioné, sí, y no me arrepiento ni un solo segundo.

Vi el impacto y el dolor reflejados en los ojos de Dionísio, y una parte de mí se retorció al tener que recurrir a aquella mentira. Sin embargo, necesitaba protegerme, demostrar que no era solo una víctima dentro de su plan de venganza.

—Daniela…

—¡Basta ya! —corté, reuniendo la poca dignidad que me quedaba—. ¿Querías jugar? Pues la partida ha terminado. A partir de ahora, cada uno seguirá con su vida por separado. Pero una cosa te prometo… —me acerqué un poco más, decidida—. No volverás a tocarme nunca. Jamás volverás a entrar en mi vida, y haré todo lo posible por olvidarte, aunque eso termine por destrozarme.

Salí de la sala antes de que pudiera responder, con una mezcla de alivio y tristeza. Me había protegido, sí, pero al precio de perpetuar una mentira y de herir a alguien a quien una vez amé, alguien que, en ese momento, me odiaba…



«En las páginas en blanco de nuestras vidas, escribimos juntos una historia de amor que desafiaba todos los clichés.»

DIONÍSIO SALVATORE

El único responsable de las decisiones que tomé soy yo mismo.

Cuando regresé a Brasil, tenía una idea fija en la cabeza, y una de ellas era intentar vengarme de algún modo. El problema surgió cuando volví a ver a Daniela y, de alguna manera, todo se vino abajo.

Fue como si toda la rabia y el rencor que había acumulado durante años se desvanecieran en el instante en que nuestras miradas se cruzaron.

Estaba decidido a hacer que Daniela sintiera el dolor que me había causado, pero al verla, al percibir su presencia, todo lo que había planeado perdió sentido.

En los momentos que compartimos durante la cena, sentí algo que no esperaba: el renacer de un amor que creía perdido. Cada conversación, cada sonrisa, cada roce hacía que cuestionara mi decisión de venganza.

Por mucho que intentara negarlo, el amor que sentía por Daniela seguía allí, fuerte e innegable.

Pero no era lo correcto.

Años atrás, ella me apartó, y ahora ese papel me correspondía a mí. No merecía a alguien que siguiera rumiando lo ocurrido en el pasado y que no hubiera sabido avanzar emocionalmente.

Y yo me había convertido en ese hombre.

No era la persona adecuada para Daniela, no era capaz de perdonar una traición y creo que nunca lo sería.

—¿Ya has elegido a tu nueva secretaria?

Ni siquiera me di cuenta de cuándo Theodore, el primer CEO de SkyLink, entró en mi despacho. En unos días se ausentaría por la expansión de la empresa.

—Aún no. De hecho, no la necesito. Las secretarias de recepción pueden encargarse de eso abajo. Prefiero quedarme solo aquí.

Theodore cruzó los brazos y me observó; luego miró a su alrededor, y creo que supe exactamente en qué estaba pensando.

—Antes eras mi secretario, y ahora estás al frente de la empresa. Tu hermano y yo sabíamos que este día acabaría llegando.

—Sí, es un gran cambio —señalé, recordando cuando todo empezó, cuando Theodore me dio la primera oportunidad en SkyLink.

—Siempre has demostrado un gran potencial, y me alegra ver hasta dónde has llegado —dijo Theodore, con un matiz de orgullo en la

voz—. Pero recuerda: esta empresa es como una familia, y cada decisión que tomes afectará a todos los que están aquí.

Asentí, consciente del peso que cargaban mis decisiones.

Sin embargo, sus palabras me hicieron pensar en la cena con Daniela y en todo lo que ocurrió después.

Aunque estaba centrado en el trabajo, no lograba apartar aquel episodio de mi mente.

—Lo sé, Theodore. Y pienso estar a la altura de esa responsabilidad —respondí, sintiendo una determinación renovada.

—Me alegra oírlo —dijo él, y su tono se suavizó—. ¿Y qué tal van las cosas con Daniela? He oído que os reencontrasteis hace poco.

Sus palabras me tomaron por sorpresa y, durante un instante, no supe qué decir.

—Sí, nos reencontramos —respondí, intentando mantener la voz neutra—. Pero, sinceramente, fue la última vez a nivel íntimo.

—¿Qué ocurrió?

—Nuestro pasado es demasiado complicado, y lo mejor es que mantengamos distancia —dije, eligiendo cuidadosamente las palabras, sin querer revelar más de lo necesario—. Hay demasiados asuntos sin resolver, y creo que ambos necesitamos espacio para procesarlo todo y seguir adelante. Por separado.

Theodore asintió, comprensivo.

—Las relaciones pueden ser complicadas, sobre todo cuando hay un pasado de por medio.

—Sí —coincidí, aunque por dentro sus palabras resonaban con más fuerza de la que él podía imaginar—. Me centraré en el trabajo y en asegurarme de que la empresa siga creciendo.

Cuando salió del despacho y me quedé solo de nuevo, mis pensamientos regresaron a Daniela.

Nuestro reencuentro había sido una mezcla de emociones, reabriendo viejas heridas y sacando a la luz sentimientos que había intentado olvidar.

Lo que había pasado entre nosotros había sido un error, un intento fallido de sanar el pasado, y ahora necesitaba aceptar que había llegado el momento de dejarlo atrás.

Volviendo a centrarme en el trabajo, sabía que los desafíos que tenía por delante serían muchos, tanto en lo profesional como en lo personal.

Pero estaba decidido a afrontarlos, a crecer con ellos y a aprender de los errores del pasado.

No podía permitirme otra recaída ni volver a acercarme a ella; de lo contrario, dejaría de pensar en las consecuencias, y no quería hacerle más daño del que ya le había causado al regresar a Brasil…

DANIELA ALMEIDA

—¿Qué ha pasado, amiga? Te ha cambiado muchísimo la cara.

De inmediato no respondí, pero Marcela tenía razón.

Cuando llegué al trabajo estaba muy feliz por la cena con Dionísio, solo que ahora…

Ni siquiera tenía palabras para expresar lo triste y enfadada que estaba por todo lo que me había dicho en su despacho, y si él pensaba que iba a comportarme como una pobre víctima, estaba completamente equivocado.

—Me utilizó, chicas —empecé, con la voz temblorosa por la mezcla de rabia y tristeza—. Dionísio lo planeó todo para hacerme sufrir, para vengarse de una traición que nunca existió. Sé que me equivoqué al mentir en el pasado, pero pensaba contar la verdad hoy.

Las expresiones de Marcela y Ana Júlia cambiaron al instante, entre el impacto y la preocupación.

—¿Cómo que te utilizó? —preguntó Marcela, con la voz cargada de indignación.

Respiré hondo, intentando reunir fuerzas para contarlo todo, y entonces empecé a relatar gran parte de lo que se había dicho en su despacho.

—Fingió que aún me amaba durante el fin de semana solo para hacerme sentir el dolor que él sintió en el pasado. Y ahora me dice que todo fue una mentira, una venganza —las palabras salían entrecortadas por los sollozos.

Ana Júlia me rodeó con sus brazos, intentando darme algo de consuelo.

—Esto es horrible, Dani. No te mereces pasar por algo así —dijo, con una voz suave pero firme.

—Lo sé. Y no voy a permitirme ser su víctima. Dionísio es pasado a partir de ahora —afirmé, sintiendo cómo crecía una determinación firme dentro de mí—. No voy a someterme a más juegos ni manipulaciones. Voy a seguir adelante, sola, como siempre lo he hecho.

Marcela asintió, apoyando mi decisión.

—Eso es, amiga. Eres fuerte e independiente. No lo necesitas para ser feliz.

—Exacto —coincidió Ana Júlia—. Y aquí estamos para lo que necesites.

La conversación con mis amigas fue un punto de inflexión.

Me ayudaron a ver que tenía el poder de superar aquella situación y salir de ella más fuerte. El dolor seguía ahí, pero ahora sabía que no estaba sola y que contaba con el apoyo necesario para seguir adelante.



—¿Por qué no lo matamos, freímos unos huevos bien hechos y se los damos de comer a algún animal cualquiera por ahí?

Ya había salido del trabajo y estaba en un bar con Carol, la hermana de Ana Júlia.

Estudiaba Medicina y se había convertido en una gran amiga mía en los últimos años, ya que nos habíamos acercado gracias a su hermana.

Además, teníamos algo en común: las dos estábamos solteras.

Soleía salir con ella por las noches y era una compañía excelente, porque se parecía mucho a mí y era de las pocas personas capaces de hacerme reír.

—¿Solo eso? Me parece poco… —repliqué.

—¡Déjalo en mis manos! Pensaré en algo peor…

Le había contado toda la historia y, al igual que mis amigas, ella también estaba indignada.

—En fin… qué se le va a hacer.

—Pero… —dijo, creando suspense— no voy a librarte de una pequeña parte de culpa. Deberías haber hablado de la mentira sobre la traición el día de la cena, y no haber afirmado que de verdad le fuiste infiel en esa última conversación.

—Estaba nerviosa, amiga.

—Eso no lo justifica. No hiciste lo que dijiste.

—Lo sé, lo sé —admití, suspirando y mirando al techo—. Fue un impulso, una reacción a la rabia y al shock. Pero tienes razón, debería haber dicho la verdad desde el principio. La que empezó equivocándose hace años fui yo. Lo admito.

Carol sonrió y negó con la cabeza.

—Bueno, lo hecho, hecho está. Ahora es momento de mirar hacia delante —dijo, cogiendo su copa—. Y sabes lo que eso significa, ¿verdad?

—¿Que debería meterme en un convento? —bromeé, intentando aligerar el ambiente.

Ella soltó una carcajada y dio un sorbo a su bebida.

—No seas dramática. Significa que es hora de disfrutar de la vida de soltera. Eres una mujer increíble, independiente y guapísima. No tienes por qué aguantar a ningún hombre, y menos a uno que jugó con tus sentimientos.

—¿De verdad…? —pregunté, mientras una sonrisa empezaba a formarse en mis labios.

—¡Claro que sí! —exclamó Carol—. Y yo estoy aquí para ser tu guía en este viaje de redescubrimiento. Vamos a divertirnos, a conocer gente nueva, quizá incluso a flirtear un poco. Quién sabe qué nos depara el futuro, ¿no?

Su energía y entusiasmo eran contagiosos y, por primera vez en días, sentí una oleada de optimismo.

—¿Sabes? Eso no suena nada mal —dije, empezando a contagiarme de su ánimo—. La vida es demasiado corta para vivir anclada al pasado, aunque a veces siga rondándome la cabeza.

Carol alzó su copa para brindar.

—¡Exacto! Por tu nueva vida, Daniela. Una vida en la que tú eres la protagonista de tu propia historia.

Chocamos las copas y seguimos charlando, riendo y planeando futuras aventuras.

Con mi amiga a mi lado, sentía que podía enfrentarme a cualquier cosa. Me recordaba que, pese a todo lo ocurrido, aún había

mucha vida por vivir y muchas alegrías por descubrir, y yo pensaba aprovecharlo.

Aquella noche no solo dejé atrás a Dionísio y nuestro pasado, sino que también abrí la puerta a nuevas posibilidades, lista para embarcarme en un camino de autoconocimiento y felicidad.

Con amigas como Carol, Marcela y Ana Júlia a mi lado, sabía que estaba en buenas manos.

No lloraría por ningún hombre; al contrario, haría que fueran ellos quienes lloraran por mí…



«Nuestro amor era como una obra de arte abstracta, incomprensible para muchos, pero profundamente significativa para nosotros.»

DIONÍSIO SALVATORE

Durante estas últimas dos semanas he tenido muchísimo trabajo.

Fui nombrado oficialmente CEO de SkyLink, y Theodore ya se encontraba en otra ciudad ocupándose de la filial.

En ese momento se celebraba un acto para conmemorar mi nombramiento, y yo estaba rodeado de compañeros, inversores y muchos rostros bien conocidos del mundo corporativo.

El salón principal estaba elegantemente decorado, y el murmullo de conversaciones animadas llenaba el ambiente.

Subí al escenario para pronunciar mi discurso, con una mezcla de nerviosismo y orgullo latiéndome en el pecho. Tomé el micrófono, pero antes de empezar a hablar, mis ojos buscaron de forma automática a Daniela entre la multitud.

La encontré un poco apartada, conversando con algunas compañeras. Parecía distinta, más distante, y cada vez que nuestras miradas se cruzaban, ella apartaba los ojos, evitando cualquier mínimo contacto conmigo.

Su indiferencia me golpeaba con fuerza.

Sabía que era consecuencia de mis actos, del dolor que le había causado. Verla allí, tan cerca y al mismo tiempo tan inalcanzable, me hacía ser plenamente consciente de lo que había perdido.

Respiré hondo, intentando apartar esos pensamientos.

Tenía que concentrarme en el presente, en el momento, en el trabajo y en la responsabilidad que ahora recaía sobre mí como CEO de SkyLink.

—Buenas noches a todos —comencé, con la voz firme—. Es un honor estar hoy aquí como nuevo CEO de SkyLink. Quiero agradecer a Theodore la confianza que ha depositado en mí y a todos ustedes el apoyo constante.

Continué con el discurso, hablando de los planes de futuro de la empresa, de innovación y de crecimiento para los próximos años. Pero, incluso mientras hablaba, una parte de mí seguía anclada en Daniela, en lo que habíamos compartido y en lo que yo había destruido al volver a Brasil.

Cuando terminé, la sala estalló en aplausos.

Bajé del escenario saludando a algunas personas; sin embargo, mi corazón no estaba allí. Estaba con Daniela, con los errores que

cometí y con la tristeza de saber que quizá ya fuera demasiado tarde para arreglar las cosas.

La celebración continuó, pero yo me sentía desconectado, perdido en pensamientos sobre lo que podría haber sido y sobre las decisiones que había tomado.

En ese instante supe que tenía mucho trabajo por delante, no solo en SkyLink, sino también conmigo mismo, para aprender de mis errores y quizá algún día encontrar redención, si es que eso era posible.

Por muy celebrada que fuera la noche en lo profesional, a nivel personal era un recordatorio del precio que a veces se paga por la ambición y el orgullo.

Estaba en la cima profesionalmente, pero por dentro me sentía más solo que nunca. Era un contraste amargo, una lección que arrastraría conmigo el resto de mi vida.



Hoy, en especial, estaba deseando llegar cuanto antes a casa para estar con mi hijo. Lo sentía todos los días, pero hoy la añoranza era insoportable.

Al llegar y ver a mi madre, Amélia, con él en brazos, respiré aliviado; y cuando mi hijo me vio, alzó los brazos de inmediato, pidiéndome que lo cogiera.

—¡Papá! —exclamó Heitor con una sonrisa radiante, mostrando sus pequeños dientes.

Lo tomé en brazos enseguida y él rodeó mi cuello con su bracito. El calor de su abrazo y el aroma de infancia que desprendía eran lo mejor de mi día.

Mi madre observaba la escena con una sonrisa llena de ternura.

—¿Cómo está, mamá? —pregunté, besándole la coronilla.

—Está estupendo, hijo —respondió sonriendo—. Hemos pasado el día jugando y hasta me ha ayudado a «preparar» la cena.

Miré a Heitor, que asentía orgulloso con la cabeza.

—¿Así que ayudaste a la abuela en la cocina, campeón? —le pregunté, haciéndole cosquillas en la barriga.

—¡Sí! —respondió entre carcajadas.

Me senté en el sofá con Heitor aún en mi regazo. Mi madre se sentó a nuestro lado.

—¿Ha comido bien? —seguí preguntando, siempre pendiente de cada detalle de la rutina de mi hijo.

—Se lo ha comido todo, ni siquiera he tenido que insistir —confirmó mi madre—. Está creciendo muy deprisa, Dionísio. Cada día aprende algo nuevo.

—Me doy cuenta —comenté, mirando a Heitor, que ahora jugaba con los botones de mi camisa—. Es mi mayor alegría, mamá.

—Me alegra que hayáis vuelto y que pueda estar con mi nieto.

—Yo también estoy feliz de haber vuelto —afirmé, y de forma instintiva pensé en Daniela.

Hablamos un poco más sobre los pequeños logros y travesuras de Heitor.

Mi madre me contó lo mucho que había corrido por el jardín, las palabras nuevas que estaba aprendiendo y lo bien que se había portado.

Después de que mi madre se fuera al salón, pasé el resto de la noche jugando con Heitor, leyéndole cuentos y preparándolo para dormir.

Acostarlo era siempre un momento especial, en el que podía sentir la tranquilidad y la inocencia de la infancia.

Cuando se quedó dormido, me quedé observándolo un rato, pensando en las decisiones que había tomado y en cómo habían afectado no solo a mi vida, sino también a la suya.

Me prometí a mí mismo que haría todo lo que estuviera en mi mano para ser el mejor padre para Heitor, para asegurarme de que creciera en un entorno de amor y seguridad.

Heitor era mi refugio, mi recordatorio constante de lo que de verdad importaba en la vida, y alguien que me ayudaba a sobrellevar las pérdidas que había sufrido años atrás…

Después de que se durmiera, volví al salón y retomé la conversación con mi madre:

—¿Cómo va el trabajo, hijo? —preguntó, con rapidez.

—Va bien, mamá —respondí, sentándome a su lado—. La responsabilidad es grande, pero me estoy adaptando. Es un reto enorme y me siento confiado.

Mi madre me miró con una expresión de cariño mezclado con preocupación.

—¿Y Daniela? —preguntó con delicadeza—. Sé que las cosas no terminaron bien entre vosotros y ahora habéis vuelto a trabajar en el mismo sitio.

Sentí un nudo en el pecho al oír su nombre.

—Eso se acabó, mamá. Tomé decisiones de las que no me siento orgulloso y… bueno, ahora ella forma parte de mi pasado —confesé, con una punzada de tristeza por cómo terminó todo.

—¿Aún la amas? —La pregunta fue directa, pero cargada de comprensión.

—Sí, nunca he dejado de amarla ni un solo segundo —respondí con sinceridad—. Pero creo que ahora lo más importante es centrarme en Heitor y en mi trabajo. Daniela y yo seguimos caminos distintos. Es lo mejor. A veces, dos personas que se aman no están destinadas a quedarse juntas.

—No te cierres al amor, hijo. Eres un buen hombre y mereces ser feliz —dijo, apretándome la mano.

—Gracias, mamá —sonreí, agradecido por su apoyo.

Seguimos conversando un rato más, hablando de temas variados, desde la familia hasta pequeñas trivialidades del día a día.

La presencia de mi madre siempre era reconfortante, y sus palabras sabias me ayudaban a ver las cosas desde otra perspectiva, a aclarar mis pensamientos.

En los últimos días estaba viviendo conmigo y, después de que se fuera a su habitación, me quedé sentado en el salón durante un tiempo, pensando en todo lo que había sucedido.

Heitor dormía plácidamente en su cuarto y sabía que, independientemente de las tormentas en mi vida, él era mi sol, mi razón para seguir adelante y convertirme en la mejor versión de mí mismo.

Aquella noche, reflexionando sobre el pasado y el presente, me hice una promesa: pondría a Heitor siempre en primer lugar y

trabajaría para construir un futuro en el que ambos pudiéramos ser felices.

Era un camino que estaba listo para emprender, con mi hijo a mi lado, guiándome con su inocencia, y yo sería el mejor padre para él. Para eso vivía desde el día en que nació…



«Como las páginas de un libro antiguo, nuestro amor tenía el sabor del tiempo; cada instante vivido añadía una línea más a nuestra historia eterna.»

DANIELA ALMEIDA

Intentaba por todos los medios evitar a Dionísio en el trabajo, pero en muchos momentos teníamos que participar en reuniones importantes y allí estaba él, sentado a la cabecera de la mesa, dirigiendo el debate con una autoridad incuestionable.

Resultaba extraño compartir la misma sala, sentir su presencia tan cercana y, al mismo tiempo, tan distante.

—Necesito que los próximos proyectos se prioricen en función de los nuevos objetivos estratégicos de la empresa —decía Dionísio, con una voz firme y clara que cortaba el silencio de la sala de reuniones.

Yo tomaba notas con diligencia, concentrándome por completo en el contenido de la reunión.

Cada palabra, cada detalle, era crucial para el éxito de los proyectos bajo mi responsabilidad. A pesar de la tensión personal, mi ética profesional y mi dedicación al trabajo no me permitían distraerme ni un segundo.

—Daniela y Ana Júlia, vosotras estáis al frente del proyecto de ampliación de nuestra flota, ¿correcto? —preguntó de pronto Dionísio, dirigiendo la mirada hacia nosotras.

—Sí, lideramos ese proyecto —respondí, manteniendo un tono neutro y profesional—. Ya tenemos una estrategia definida y estaremos listas para iniciar la fase de implementación la próxima semana.

—Perfecto. Aseguraos de que todos los objetivos se cumplan dentro del plazo —dijo, antes de volverse hacia el resto del equipo y continuar con las indicaciones.

Durante esas reuniones hacía todo lo posible por centrarme en el trabajo, atendiendo a los puntos del orden del día y aportando ideas y sugerencias.

Sin embargo, no podía negar que la presencia de Dionísio seguía afectándome. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, aunque fuera por casualidad, surgía un torbellino de emociones que me recordaba lo que habíamos compartido y lo bruscamente que todo había cambiado.

Aun así, mantenía la compostura profesional a toda costa.

Para mí era fundamental no permitir que los asuntos personales interfirieran en mi desempeño laboral. Tenía responsabilidades y proyectos que exigían toda mi atención, y no podía dejar que el pasado con Dionísio comprometiera mi carrera.

Fuera de las reuniones, en los pasillos o en la sala del café, evitaba cualquier interacción innecesaria con él. Si coincidíamos, lo saludaba con cortesía, manteniendo el intercambio breve y estrictamente profesional.

Era complicado, pero necesario para preservar mi tranquilidad y mantener el foco en lo que de verdad importaba: mi crecimiento profesional y personal.

A pesar de todo, estaba recuperando mi sentido de identidad y mi autoestima, que habían quedado dañados por nuestra historia complicada.

—Ha cambiado mucho, incluso como gestor… —comentó Marcela, mientras lo observábamos salir de la sala de reuniones.

—¿En qué sentido?

—Más firme, más serio y concentrado. El Dionísio de antes era todo lo contrario: bromista, divertido y parecía… más ligero. Ahora es justo lo opuesto, y parece más frío que nunca.

Sabía que yo también tenía parte de responsabilidad en ello, pero no servía de nada remover esos hechos. En la vida, cada uno toma sus decisiones, y los dos habíamos tomado las nuestras.

Aún sentía rabia por haber sido utilizada, y eso no se disiparía fácilmente.

—Bueno, amiga, eso ya no es asunto mío. Dejó de serlo cuando se burló de mí y yo caí como una idiota. Espero que sea feliz con las decisiones que tomó, porque yo estoy siguiendo adelante con mi vida —expliqué, intentando apartar cualquier rastro de amargura de mi voz.

Marcela me miró, con una mezcla de preocupación y comprensión en los ojos.

—Lo entiendo, Dani. Solo quería asegurarme de que estás bien —dijo, tocándome el brazo con suavidad en señal de apoyo.

—Estoy bien, Marcela —aseguré, aunque una parte de mí aún dolía al recordar la traición de Dionísio—. Estoy centrada en mi trabajo

y en construir un futuro para mí. Lo que ocurrió entre Dionísio y yo… es pasado y así se quedará, enterrado.

—Me alegra oírlo —sonrió, brindándome su apoyo—. Y si necesitas algo, aquí me tienes.

Le agradecí su preocupación y su respaldo. Reconfortaba saber que tenía amigos a mi lado en aquel periodo de transición.

Al volver a mi mesa, reflexioné sobre la conversación con mi amiga.

Dionísio había cambiado, eso era un hecho. Pero yo también.

Las experiencias vividas, tanto las buenas como las malas, habían moldeado a la mujer que era ahora: más fuerte, más resiliente y más independiente.

Mientras trabajaba, decidí centrarme en el presente y en aquello que estaba bajo mi control. El pasado con Dionísio me había enseñado lecciones valiosas, pero ya no iba a definir mis días ni mis emociones.

Estaba preparada para nuevos retos y oportunidades, lista para construir un camino que reflejara mis valores y mis aspiraciones profesionales.

Dionísio formaba parte de mi pasado, pero mi futuro era un libro en blanco, esperando a ser escrito únicamente por mí.



Me había acostumbrado a vivir sola, y me gustaba. Mi casa no era muy grande; tenía exactamente el tamaño que deseaba.

Era un espacio que reflejaba quién era: paredes decoradas con cuadros de arte moderno, una estantería repleta de libros que iban desde novelas clásicas hasta obras de desarrollo personal, y un pequeño jardín en la terraza, donde cultivaba algunas flores y hierbas.

Cada rincón de la casa tenía un pedazo de mí, de mis elecciones y de mis gustos.

Tumbada en el sofá, miraba a mi alrededor, perdida en mis pensamientos.

La tranquilidad del lugar me ofrecía un refugio, un espacio para recargar energías y reflexionar sobre la vida. La luz suave de la lámpara creaba un ambiente acogedor y la música tranquila que sonaba de fondo me transmitía una sensación de paz, pero algo me inquietaba…

—¿Por qué estoy tan perezosa hoy? —me pregunté a mí misma.

Con un suspiro de disgusto, me levanté del sofá, decidida a aprovechar cada instante. Al mirar por la ventana y ver las estrellas en el cielo, sentí una oleada de gratitud.

Cerré los ojos y pensé en todo y en nada a la vez, cuando de pronto me invadió una molestia extraña, una sensación que no supe identificar de inmediato. Era un malestar repentino, acompañado de una ligera náusea.

Intenté ignorarlo, pensando que quizá se tratara solo de un cansancio leve o de estrés, pero la sensación persistía a medida que pasaban los minutos.

—Tal vez sea solo un resfriado o algo que he comido… —murmuré para mí misma, intentando encontrar una explicación lógica.

Sin embargo, conforme avanzaba la noche, empecé a darme cuenta de que aquellos síntomas me resultaban familiares de una forma distinta.

La última vez que me sentí así fue…

El corazón se me aceleró ante la posibilidad.

No podía estar embarazada…

La idea parecía surrealista, pero cuanto más lo pensaba, más encajaban las piezas. Dionísio y yo solo habíamos pasado una noche juntos; él había usado preservativo.

De pronto, recordé aquella noche y algo me golpeó con fuerza. La segunda vez que nos acostamos, no se protegió y…

El miedo se apoderó de mí y sentí el estómago revolverse por la ansiedad.

La realidad de que pudiera estar embarazada, fruto de un encuentro con Dionísio, era a la vez aterradora e increíble.

Probablemente no dormiría tranquila esa noche; de cualquier modo, necesitaba respuestas.



Con la mente revuelta, decidí que necesitaba confirmar los síntomas que había tenido el día anterior. A la mañana siguiente

compré una prueba de embarazo y, con las manos temblorosas, seguí las instrucciones.

Los minutos de espera se hicieron eternos. Cuando por fin miré el resultado, el corazón se me detuvo durante un segundo.

Positivo.

La realidad me golpeó como un shock. Estaba embarazada. Embarazada de Dionísio.

Una mezcla de emociones me invadió —miedo, sorpresa, un atisbo de alegría y una enorme incertidumbre sobre qué hacer en ese momento.

Sentada en la cocina, con la prueba entre las manos, sabía que mi vida estaba a punto de cambiar de nuevo, igual que años atrás.

Ese bebé, una pequeña vida que crecía dentro de mí, era ahora mi responsabilidad, mi prioridad.

Las lágrimas brotaron de mis ojos, no de tristeza, sino por la magnitud de lo que aquello significaba. Estaba asustada, sí, pero también sentía cómo una fuerza interior comenzaba a aflorar.

Iba a ser madre.

Dionísio tenía que saberlo, pero ¿cómo iba a abordar esa conversación después de todo lo que había pasado entre nosotros?

Era una charla que debía producirse costara lo que costara, pero tendría que encontrar el valor y las palabras adecuadas.

En ese instante, mirando la prueba de embarazo en mis manos, supe que, a pesar de todas las dudas y los desafíos, haría todo lo que estuviera a mi alcance para ser la mejor madre para ese bebé. Mi vida tomaba de nuevo un rumbo distinto, un camino inesperado, pero uno que estaba dispuesta a recorrer.



«Ella era el misterio que mi corazón había elegido descifrar, un enigma envuelto en sonrisas y miradas profundas.»

DIONÍSIO SALVATORE

Por mucho que mi llegada a Brasil fuera reciente y que estuviera asumiendo el cargo de CEO por primera vez, me iba adaptando a la función y, tras haber sido secretario de Theodore en el pasado, conocía bien muchas de las situaciones.

Aunque estaba familiarizado con todo, sabía que mi antiguo jefe había designado a mi hermano para ayudarme; al fin y al cabo, se pasaba la vida en mi despacho, como en ese mismo momento.

—¿Seguro que no necesitas nada, Dionísio?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no? —crucé los brazos, deteniendo lo que estaba haciendo mientras le respondía.

Dante suspiró, apoyándose en el marco de la puerta de mi despacho.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien. Theodore me confió esta responsabilidad y me la tomo muy en serio —dijo, con una mirada preocupada.

—Lo sé y te agradezco la preocupación, pero me estoy desenvolviendo bien —afirmé, intentando transmitir seguridad—. Además, haber sido el secretario de Theodore me dio una buena visión de cómo funcionan las cosas aquí. Siempre resolví los problemas… bueno, la mayoría de ellos.

—¿Y Daniela? ¿Estáis bien el uno con el otro?

Mi hermano no sabía lo que realmente había pasado cuando nos reencontramos, y era mejor que siguiera sin saberlo.

—Con Daniela… —hice una pausa, escogiendo las palabras con cuidado—. Estamos… gestionando las cosas. Es complicado, pero creo que ahora estamos donde debemos estar.

Ella, lejos de mí.

Dante me observaba con una expresión que mezclaba comprensión y curiosidad. Siempre había sido perspicaz, capaz de leer entre líneas lo que su hermano pequeño decía o pensaba.

—Dionísio, si necesitas hablar de lo que sea, aquí me tienes.

—Gracias, hermano. Sé que siempre puedo contar contigo. Pero, por ahora, creo que necesito resolver algunas cosas por mi cuenta.

Dante asintió, respetando mi decisión.

—De acuerdo, pero recuerda que no estás solo —insistió, antes de despedirse y salir del despacho.

Me quedé allí, a solas con mis pensamientos.

La verdad era que aún estaba procesando todo lo que había ocurrido con Daniela.

Sabía que había cometido errores, que actué de forma impulsiva y dejé que mis emociones me dominaran.

La realidad de lo que hice, de las palabras que dije y de cómo todo aquello afectó a Daniela seguía pesando sobre mí.

Mirando por la ventana de mi despacho, era consciente de que tenía mucho trabajo por delante, no solo como CEO de SkyLink, sino también conmigo mismo.

Necesitaba comprender mejor mis emociones, aprender a gestionarlas de una manera más sana. Y quizá, algún día, podría encontrar la forma de pedirle perdón a Daniela de verdad.



Trabajé intensamente durante la mañana y, cuando iba a salir a almorzar, vi cómo se abrían las puertas del ascensor y Daniela salía de él.

No esperaba tener que verla en mi planta, sobre todo después de nuestro último encuentro a solas.

Lo último que ella quería era verme, pensé, y esa también había sido mi intención.

—¿Algún problema?

Daniela se quedó mirándome durante unos segundos; después apartó la mirada y, como la conocía bien, supe que, fuera lo que fuese que quisiera decirme, era algo serio.

—¿Tienes unos minutos? —me devolvió la pregunta, y mi impulso fue decir que no, porque cuanto más tiempo estuviera cerca de ella, más la desearía.

Aún no había conseguido sacarla de mis pensamientos.

De algún modo, aquello me avergonzaba, ya que había hecho todo lo posible por alejarla. No tener control sobre algo era horrible.

—Sí, pasa.

Volví a mi despacho y ella me siguió, sentándose a continuación.

Su expresión parecía excesivamente preocupada, y eso también me inquietó a mí.

—Tenemos que resolver algo —dijo, mirándome fijamente.

—Ya resolvimos lo que teníamos que resolver, Daniela.

Decirlo me resultaba difícil, pero era la verdad.

—No, Dionísio, aún hay algo que no hemos resuelto —replicó, con una seriedad que rara vez le había visto—. Estoy embarazada.

Aquellas palabras me golpearon como un shock. Durante unos instantes no fui capaz de decir nada; me limité a mirarla, intentando procesar lo que acababa de oír.

Observé su rostro durante unos segundos, buscando algún indicio de broma, pero ella no haría algo así.

—¿Embarazada? —logré murmurar por fin, con la voz casi inaudible.

—Sí —confirmó, sosteniéndome la mirada sin titubear ni un segundo —. Y el bebé es tuyo. Sabiendo cuánto has cambiado desde que volviste, prefiero decírtelo así, porque probablemente no me creerías.

Un torbellino de emociones me invadió.

Sorpresa, miedo, confusión. Pero, por encima de todo, una sensación abrumadora de responsabilidad.

—Daniela, yo… —empecé, pero me detuve, sin saber qué decir.

—Sé que esto complica las cosas —me interrumpió—, pero quiero que sepas que no espero nada de ti. Voy a cuidar de este bebé, con o sin tu ayuda.

—¿Cómo que sin mi ayuda? —pregunté, aún tratando de asimilarlo todo—. Soy el padre, Daniela. Quiero formar parte de la vida de este bebé.

—Después de todo lo que ha pasado entre nosotros, no estoy segura de que eso sea lo mejor —declaró, con la voz firme, aunque percibí un leve temblor—. Lo que intento decir es que no te necesito. No necesito tu dinero, ni tu presencia, ni nada. Pero es mi obligación decirte que eres el padre, ya que no nos protegimos después de salir del baño.

Mil cosas pasaban por mi cabeza en ese momento, y sabía que debía elegir mis siguientes palabras con muchísimo cuidado.

—Daniela, entiendo tu postura y la respeto —dije, esforzándome por mantener la calma—. Pero no puedo simplemente darle la espalda a mi hijo o a mi hija. Esto no tiene que ver con nosotros, sino con ese niño que viene en camino.

Ella suspiró, pareciendo agotada por toda la situación.

—Dionísio, solo quiero lo mejor para este bebé —dijo, mirándome a los ojos—. Y después de todo, no sé si tú formas parte de

eso. La última vez que hablamos a solas me despreciaste y me rechazaste, y no espero nada de alguien así.

—No haría eso con mi propio hijo —respondí, con rabia en la voz.

—Entiendo… entonces el problema era yo. Muy maduro por tu parte.

Aquellas palabras me golpearon con dureza, y supe que debía controlar mi reacción para no empeorar las cosas.

—No, Daniela, no es eso. Reconozco que actué mal en el pasado y me arrepiento profundamente. Pero eso no tiene nada que ver con cómo actuaría como padre.

Ella me observó durante unos segundos, tratando claramente de evaluar la sinceridad de mis palabras.

—Espero que sea verdad, Dionísio —dijo por fin Daniela—. Pero, por ahora, prefiero mantener las cosas como están. Voy a criar a este bebé sola.

—No, no lo harás.

Me miró, sorprendida por mi interrupción abrupta.

De pronto empecé a temblar y un recuerdo del pasado que habíamos compartido volvió a mi mente; el simple hecho de pensarlo otra vez hizo que todo se me descolocara.

—Dionísio, ya he tomado mi decisión.

—Lo entiendo, y no intento quitarte tu derecho a decidir —afirmé, tratando de controlar mi propia voz—. Pero yo también tengo derechos como padre. No quiero ser solo una presencia ocasional en la vida de mi hijo. Quiero formar parte de ella, de verdad.

Daniela pareció sopesar mis palabras, con la mirada oscilando entre la duda y la cautela.

—Necesito pensarlo, Dionísio —dijo tras unos segundos de silencio—. No voy a negarte tu derecho a ser padre, pero tenemos que encontrar la forma de que esto funcione por el bien del bebé. Esta vez… él o ella nacerá sano.

En cuanto pronunció esas palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas, y los míos también.

En el pasado habíamos perdido a dos niñas gemelas durante su embarazo, un episodio traumático que sacudió profundamente nuestra relación.

El peso de aquella pérdida seguía persiguiéndonos, como un fantasma silencioso en cada uno de nuestros encuentros.

—Daniela, yo… —empecé, pero las palabras no salieron. El recuerdo de las gemelas a las que nunca llegamos a conocer era demasiado doloroso.

—Lo sé, Dionísio —dijo, con la voz quebrada por el llanto—. Aquello nos destrozó de formas que nunca imaginé. Y ahora, con este bebé, todo parece tan frágil, tan valioso…

Había una vulnerabilidad cruda en su voz, un dolor compartido que también resonaba en mí. Por un instante, nuestras diferencias parecieron desvanecerse, sustituidas por una tristeza común y una comprensión mutua.

—No quiero que la historia se repita —dije, sintiendo cómo me temblaba la voz—. Haré todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que este bebé sea sano y se sienta amado. Y quiero estar a tu lado en esto, Daniela, aunque nuestra relación ya no sea la misma.

Ella me miró, con los ojos aún brillantes por las lágrimas, pero había en ellos un destello de esperanza.

—Puedo intentar hacerlo por nuestro bebé —declaró, con una determinación firme—. Pero necesitamos establecer límites claros. Por

ahora, lo único que nos une es este niño, y así seguirá siendo para mí.

—Entendido —asentí, sintiendo un alivio mezclado con una sensación agridulce—. Haremos que funcione, por el bien de nuestro bebé.

Ella asintió, se secó las lágrimas y se levantó, preparándose para marcharse.

—Eso era todo. Voy a volver al trabajo.

Sin añadir nada más, se dio la vuelta y salió de mi despacho.

Me quedé allí, solo con mis pensamientos, reflexionando sobre la conversación. El embarazo de Daniela era un giro inesperado, pero traía consigo una oportunidad de redención y de esperanza.

Iba a ser padre de nuevo y, esta vez, estaba decidido a hacerlo bien, a ser el mejor padre que pudiera ser. Era un nuevo capítulo de mi vida, y estaba listo para vivirlo con toda la fuerza y el amor que tenía.

Esta vez, la historia sería diferente. Tenía que serlo…



«Él era la respuesta a preguntas que mi corazón aún no había formulado, llenando vacíos que ni siquiera sabía que existían.»

DANIELA ALMEIDA

Necesité ir al baño para tranquilizarme.

La revelación a Dionísio sobre el embarazo había sido uno de los momentos más difíciles y emotivos de mi vida.

Mientras permanecía encerrada en el baño, me quedé observando mi reflejo en el espejo durante un rato, intentando ordenar mis pensamientos y mis emociones.

Respiré hondo, sintiendo el peso de la situación.

Estaba embarazada, y Dionísio, el hombre con el que compartía un pasado complejo y doloroso, era el padre.

La idea de tener que tratar con él de una forma tan distinta durante el embarazo y después, en la crianza de nuestro hijo, me resultaba aterradora. Pero, al mismo tiempo, había un pequeño destello de esperanza.

Tal vez, de algún modo, podríamos hacer que funcionara por el bien del bebé.

Eso era lo que yo deseaba.

Me sequé las lágrimas que habían empezado a correr por mis mejillas y me lavé la cara con agua fría, intentando calmar la oleada de emociones que me invadía.

—Eres fuerte, Daniela —me dije en un susurro—. Puedes con esto.

Al salir del baño, sentí una determinación renovada dentro de mí.

Sabía que los meses que venían serían desafiantes, pero también tenía claro que no estaría sola.

Tenía amigos que me apoyarían y, ahora, una nueva vida creciendo en mi interior.

Eso era lo más importante.



Aún tenía que revelar mi embarazo a mis amigas.

Aunque mis padres seguían con vida, no tenía mucho contacto con ellos. Ambos vivían en Europa y tuve la oportunidad de irme con ellos cuando cumplí veinte años, hace exactamente veintiún años.

Los veía al menos una vez al año, pero la distancia podía ser cruel a veces y acabar alejando a las personas que amamos.

Contarles a mis amigas que estaba embarazada era el siguiente paso, una etapa que sabía que era esencial. Ellas habían sido mi apoyo en tantos altibajos, y ahora necesitaba su respaldo más que nunca.

Ya en el comedor, me estaban esperando.

Decidí no decir nada durante un rato, concentrándome en comer y en cómo iba a iniciar aquella conversación.

—¿Qué pasa, Daniela? Pareces tensa —preguntó Marcela en cuanto terminó de comer.

Respiré hondo, reuniendo valor.

—Estoy embarazada —revelé, observando las expresiones de sorpresa en sus rostros.

—¿Embarazada? —exclamó Ana Júlia, con los ojos iluminándose —. Espera… ¿estás embarazada de Dionísio?

—Sí, amiga.

Marcela, algo más cautelosa, preguntó:

—¿Cómo te sientes con todo esto? Y… ¿ya se lo has dicho a él?

Asentí y les expliqué brevemente la situación complicada entre Dionísio y yo.

—Es complicado, pero estoy decidida a hacer lo mejor para este bebé —dije con firmeza.

—Parece que hay algo más que te preocupa, amiga —comentó Ana Júlia, y supe que había llegado el momento de contar algo de mi pasado, el motivo por el que le mentí a Dionísio y me alejé de él.

No me sentía orgullosa de aquella decisión que tomé en su día, y me había arrepentido profundamente.

—Sí, necesito ser sincera con vosotras. Tengo que contaros el motivo de mi mentira en el pasado.

—¿Qué ocurrió?

—Sabéis que en realidad nunca traicioné a Dionísio —empecé, sintiendo cómo un peso se desprendía de mis hombros al comenzar a decir toda la verdad—. Dije aquello porque… estaba sufriendo muchísimo por la pérdida de nuestras hijas gemelas. Las perdí en el primer embarazo que tuve con él, hace años.

Marcela y Ana Júlia guardaron silencio, asimilando mis palabras, con los rostros marcados por la sorpresa y la comprensión.

—La pérdida fue devastadora para mí —continué, sintiendo cómo regresaban las emociones de aquel periodo oscuro—. Estaba en un lugar tan negro, tan lleno de dolor, que no era capaz de ver a Dionísio sufriendo conmigo. Creí que, al alejarme de él, al hacerle creer que lo había traicionado, de algún modo lo estaba protegiendo.

Las lágrimas empezaron a deslizarse por mi rostro al recordar aquella etapa tan dolorosa.

—Estaba tan perdida en mi propia tristeza que pensé que apartarlo era lo mejor —dije entre sollozos, con los recuerdos yendo y viniendo—. Pero ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba. Esa mentira me afectó mucho más de lo que imaginaba y ahora, con el embarazo, todo está saliendo de nuevo a la superficie. Fui egoísta; él quería atravesar todo ese dolor conmigo y yo lo aparté como si no significara nada para mí, cuando en realidad lo era todo. Dionísio amaba a nuestras hijas tanto como yo, pero me cerré, y al cabo de un

tiempo tomé la peor decisión de mi vida, alejando al hombre al que amé.

Ana Júlia me rodeó con sus brazos, intentando consolarme, mientras Marcela me sujetaba la mano.

—Daniela, esto es algo muy duro de afrontar —dijo Marcela con suavidad—. Estabas intentando sobrevivir al dolor de la única manera que sabías. No te castigues tanto.

—Le hice daño y lo convertí en el hombre que es ahora, y eso no puedo deshacerlo —respondí, secándome las lágrimas.

—Puede que no puedas cambiar el pasado, pero tienes la oportunidad de hacer las cosas de otra manera ahora —sugirió Ana Júlia, con un tono esperanzador—. Ser honesta con él sobre lo que ocurrió es un paso importante y te ayudará a aliviar parte de ese peso que llevas dentro.

Asentí, sabiendo que tenía razón. Sería difícil, pero necesitaba enfrentar esa parte de mi pasado.

Podía creerme o no, pero Dionísio merecía conocer la verdad.

—Hablaré con él —decidí, sintiendo una mezcla de miedo y determinación—. Merece saber la verdad, por muy complicada que sea la convivencia después.

Mis amigas me rodearon de inmediato con un abrazo reconfortante, prometiendo estar a mi lado en cada etapa de esta nueva etapa.

—Te ayudaremos con todo lo que necesites, Daniela —dijo Marcela, y Ana Júlia asintió.

—Gracias por todo…

DIONÍSIO SALVATORE

—¿Pero qué mierda…? ¿Vas a estar viniendo aquí todo el rato, Dante?

Al final de la jornada y con la cabeza hecha un caos, vi a mi hermano entrar en mi despacho, con cara de pocos amigos.

Nada nuevo.

—¿Qué le has hecho a Daniela? —preguntó, sin rodeos.

La pregunta me puso en alerta, aun así me contuve.

—¿Cómo dices?

—No te hagas el tonto.

—Dante… dime qué está pasando.

Con cierta reticencia, empezó a hablar:

—Hoy estaba llorando en el comedor. Me han informado de eso.

No dije nada.

Mil cosas me cruzaron la mente, y el motivo de su llanto era más que evidente para mí.

Iba a tener un hijo de alguien que la había despreciado y rechazado al volver a Brasil.

Mi cabeza tampoco estaba en su mejor momento, y menos después de que hubiera venido a verme y me contara lo del embarazo.

La noticia me había sacudido profundamente y, ahora, saber que estaba llorando solo empeoraba las cosas, aunque no lo mostrara.

—Sé algo sobre ese llanto, Dante —dije en voz baja—. Hoy me lo ha contado… lo del embarazo.

Mi hermano me miró sorprendido, claramente sin esperar esa revelación.

—¿Embarazo? ¿Está embarazada?

Asentí, sintiendo un peso aún mayor sobre los hombros.

—Sí. Y el bebé es mío. Igual que en el pasado… está embarazada de mí, hermano.

Dante se acercó, con una expresión mezcla de preocupación e incredulidad.

—Dionísio, esto es muy serio. ¿Cómo vas a manejarlo?

—Aún no lo sé —admití, pasándome la mano por el pelo, señal clara de mi ansiedad—. Quiero hacer lo correcto, pero después de todo lo que ha pasado entre nosotros…

—Ahora tienes que pensar muy bien en tus actos. Ese bebé no tiene la culpa de nada y merece lo mejor de los dos.

Tenía razón, y lo sabía. El bienestar de ese bebé era ahora mi máxima prioridad.

—Volveré a hablar con Daniela. Tenemos que encontrar la forma de afrontar esto juntos, por el bien del bebé.

Dante me dio una palmada en la espalda antes de dirigirse a la salida del despacho.

—Eso es. Vas por el camino correcto —dijo, con un apoyo que sabía sincero.

—No lo estoy —respondí, serio—. La utilicé cuando volví.

—¿Cómo que la utilizaste?

Le expliqué la noche que pasamos juntos, y su gesto de desaprobación fue evidente, como si estuviera escuchando algo que jamás habría esperado de mí.

—Quería que sintiera lo mismo que yo sentí cuando me dijo que me había traicionado —confesé, con la voz cargada de remordimiento —. Estaba lleno de rabia, de dolor… no pensaba con claridad.

Dante cruzó los brazos; su mirada era una mezcla de decepción y preocupación.

—Y encima me mentiste diciendo que no harías nada. Dionísio, eso fue rastrero. Muy rastrero —dijo, claramente decepcionado—. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

—Lo sé, y me arrepiento profundamente —respondí, sintiendo cómo me inundaba la vergüenza—. Ahora, con el embarazo, todo esto vuelve para atormentarme. Necesito arreglar las cosas, de algún modo.

Dante suspiró, negando con la cabeza.

—Necesitas hacer más que arreglar las cosas, Dionísio. Necesitas cambiar. O volver a ser el hombre que eras antes. Esa criatura merece un padre mejor que el hombre que has sido hasta ahora.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago.

Tenía razón. Tenía que cambiar, ser mejor persona, por mí y, sobre todo, por mi hijo o hija.

—Voy a cambiar, hermano. Te lo prometo —declaré, sintiendo una nueva determinación crecer dentro de mí—. Seré el padre que este bebé merece y el hombre que Daniela debió tener desde el principio, aunque… sea por separado.

Dante me observó durante un largo instante, evaluando mi sinceridad.

—Eso espero, Dionísio. Por el bien de todos —dijo finalmente, antes de salir del despacho.

Me quedé solo, pensando en todo lo que había hecho y en lo que debía hacer a partir de ahora.

Había cometido errores terribles, pero estaba decidido a aprender de ellos y a mejorar. Era hora de asumir la responsabilidad de mis actos y convertirme en el hombre que siempre debí haber sido.

Era un camino difícil, pero necesario, y estaba preparado para empezar a recorrerlo.



«Ella era la melodía que mi corazón siempre había sabido tocar, una canción de amor eterna que resonaba en lo más profundo de mi alma.»

DANIELA ALMEIDA

Aún me quedaba contarle a una persona más lo de mi embarazo.

Quedé con Carol para salir esa noche a tomar algo en un bar cualquiera y le dije que necesitaba hablar con ella.

Cuando llegué, ya me estaba esperando con una sonrisa en el rostro.

—Tienes el don de dejarme intrigada, ¿lo sabías?

Me reí de su comentario, sabiendo que Carol siempre había tenido una personalidad vivaz y curiosa, algo que había heredado de su hermana.

—Perdóname, es que… tengo algo muy importante que contarte, Carol, y quería hacerlo en persona —expliqué, intentando preparar el terreno para la revelación.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, una señal clara de su curiosidad despierta.

—¿Qué pasa? Suena demasiado serio, amiga.

Respiré hondo, sintiendo una mezcla de nerviosismo y alivio por poder compartir por fin la noticia.

—Estoy embarazada, Carol.

Durante un instante se quedó en silencio, claramente sorprendida. Luego, su rostro se iluminó con una sonrisa sincera.

—¿Embarazada? ¡Eso es increíble, Daniela! —exclamó, recuperando su energía y entusiasmo habituales—. Pero, espera… el padre…

—Es Dionísio, y tú sabes, después de todo lo que pasó…

Carol frunció el ceño, comprendiendo la complejidad de la situación.

—Lo entiendo. Eso lo complica todo, ¿no? Pero, oye, eso no cambia el hecho de que vas a tener un bebé, algo maravilloso. Y en cuanto a Dionísio… bueno, él forma parte de esto, pero no es el centro. El centro eres tú y este bebé. No dejes que el pasado entre vosotros ni lo que ha ocurrido ahora te afecte, amiga.

Sus palabras eran exactamente lo que necesitaba oír. Tenía razón: pese a las complicaciones con Dionísio, el embarazo era algo único y especial.

—Lo sé, tienes razón —sonreí, sintiendo cómo un peso se desprendía de mis hombros—. Y estoy decidida a hacer lo mejor para este bebé.

—Eso es —afirmó Carol, entusiasmada—. Y para lo que necesites, aquí estoy. Vamos a pasar por esto juntas.

Pasamos el resto de la noche charlando, planeando e incluso riendo un poco. El apoyo de Carol era inestimable, y salir con ella me ayudó a ver las cosas desde una perspectiva más positiva.

—Y hablando de ti… últimamente no te oigo mencionar a ningún hombre —le guiñé un ojo, arrancándole una leve sonrisa.

Carol se rió y negó con la cabeza.

—Ay, Dani, estoy bien así —dijo, con un brillo divertido en los ojos—. A veces es mejor estar sola que mal acompañada, ¿sabes?

Me reí, de acuerdo.

—Es verdad. Pero si aparece alguien especial, me lo contarás, ¿no?

Ella asintió, sonriendo.

—Claro que sí. Pero, por ahora, estoy centrada en otras cosas. Como terminar la carrera de Medicina y ayudar a mi increíble amiga embarazada a embarcarse en una de las mayores aventuras de su vida.

Nuestra conversación siguió ligera y animada. Carol tenía el don de hacerme ver las situaciones desde una luz distinta, más positiva y esperanzadora.

Hablar con ella sobre el embarazo, sobre los miedos y las expectativas, me hizo sentir más segura y arropada.

Cuando la noche llegó a su fin, nos despedimos con un abrazo cálido.

Mientras caminaba hacia mi coche, reflexionaba sobre los cambios que estaban ocurriendo en mi vida.

A pesar de las incertidumbres y de las complicaciones con Dionísio, me sentía agradecida por la nueva vida que crecía dentro de mí y por los amigos que me rodeaban. Con ellos a mi lado, sabía que podría enfrentarme a cualquier cosa.

Estaba lista para esta nueva etapa, lista para ser madre de nuevo…



Al llegar a casa, pensé en lo que iba a hacer.

Tenía el deseo de contarles a mis padres lo del embarazo, pero no me sentía del todo cómoda con la idea. En las últimas ocasiones, siempre había sido yo quien intentaba mantener el contacto, mientras que por su parte eso no ocurría con frecuencia.

Era como si interrumpiera el curso de sus vidas en Europa.

Sentía una distancia emocional tan grande como la geográfica con mis propios padres. Cada vez que intentaba establecer un vínculo, tenía la sensación de estar intentando alcanzar a alguien al otro lado de un abismo.

Me senté en el sofá, con los recuerdos y los pensamientos dando vueltas en mi cabeza. Recordé los momentos en los que los había necesitado y no habían estado allí.

Ahora, con un bebé en camino, me preguntaba si debía intentarlo una vez más o simplemente aceptar la situación tal como era.

La verdad es que, a pesar de todo, seguían siendo mis padres.

Una parte de mí anhelaba compartir la noticia, sentir esa conexión familiar que desde hacía tanto tiempo parecía perdida.

Pero otra parte temía la indiferencia o la falta de interés, algo que no sabía si sería capaz de afrontar en ese momento.

Cogí el móvil varias veces, marcando y borrando su número. Cada pulsación en la pantalla era como dar un paso por un camino incierto.

Al final, decidí dejar el teléfono a un lado y no llamar.

—Ahora no —dije en voz alta, como si al pronunciarlo pudiera afianzar mi decisión—. Tal vez más adelante, cuando me sienta más segura con esto o si… ellos me llaman a mí.

Me levanté y caminé hasta la terraza, contemplando el cielo nocturno.

En ese instante comprendí que, aunque la conexión con mis padres era importante, necesitaba centrarme en lo que estaba a mi alcance.

En la vida real, en lo que tenía delante.

Tenía amigos que eran como una familia para mí, un bebé en camino y una vida que estaba reconstruyendo poco a poco.

Respiré hondo, sintiendo una mezcla de alivio y determinación. Afrontaría el futuro como siempre lo había hecho: con fuerza, independencia y el apoyo de quienes realmente se preocupaban por mí.

En cuanto a mis padres, quizá algún día, en el futuro, habría un momento adecuado para esa conversación.

Era un nuevo capítulo, y estaba lista para escribirlo a mi manera.

DIONÍSIO SALVATORE

Cada vez que llegaba a casa sentía una ansiedad dulce por tener a Heitor entre mis brazos, y en todos esos momentos mi hijo parecía igual de impaciente por mi presencia. Jugar con él, aunque solo fueran unos minutos, era la mejor parte de mi día: un instante de alegría pura, una desconexión total de todo lo que me preocupaba. Observar sus ojos brillantes y su sonrisa inocente era un recordatorio constante de lo que de verdad importaba. En mi vida, la familia siempre ocupaba el primer lugar.

Mientras Heitor reía, intentando atrapar los juguetes que yo sostenía por encima de su cabeza, mis pensamientos se desviaban inevitablemente hacia Daniela y su embarazo. Saber que volvería a ser padre, esta vez con Daniela, despertaba en mí una mezcla compleja de emociones. Nuestra relación había terminado de manera turbulenta, y sabía que ambos nos habíamos hecho mucho daño.

Sin embargo, en medio de aquel torbellino de ideas, había una verdad que no podía negar: seguía amando a Daniela. A pesar de todo lo ocurrido, de las heridas y los errores, ese sentimiento persistía, intenso y profundo. Al mirar a Heitor, que ahora intentaba balbucear sus primeras palabras, me preguntaba cómo sería tener otro hijo, esta vez con el gran amor de mi vida. Sería diferente, por supuesto, pero no menos importante. Quería formar parte de la vida de ese nuevo bebé, estar presente de una forma que no había sabido estar en el pasado. Me lo negaba a mí mismo, pero deseaba estar a su lado.

Heitor, al notar que mi atención se había dispersado, pronunció mi nombre y me devolvió al presente. Le sonreí, agradeciéndole en silencio que me mantuviera anclado al ahora.

—Papá está aquí, Heitor —dije, cogiéndolo en brazos y estrechándolo con fuerza.

—¡Juega! ¡Juega! —exclamó, señalando su juguete favorito que estaba en el suelo.

Me agaché, recogí el juguete y se lo di, observando cómo sus ojitos se iluminaban de felicidad. Mientras jugábamos, pensaba en cómo sería compartir aquellos momentos con otro hijo. La idea de crear y compartir nuevos recuerdos, esta vez con Daniela y nuestro bebé, me hacía sentir cada vez más inquieto.

Sabía que el camino que teníamos por delante sería extremadamente complicado. Las heridas entre Daniela y yo seguían abiertas, y la confianza rota no se reconstruiría con facilidad. Pero no podía negar el deseo creciente de intentar hacer las cosas bien esta vez, de estar a su lado no solo como el padre de nuestro hijo, sino también como alguien que aún se preocupaba profundamente por ella.

Heitor, con su alegría inocente y su presencia reconfortante, era un recordatorio constante de que la vida seguía adelante y de que, con ella, existían oportunidades para crecer, aprender y, tal vez, reparar los errores del pasado.

—¿Construimos una torre, Heitor? —propuse, empezando a apilar los bloques de juguete.

Asintió con entusiasmo y juntos nos pusimos a construir. En aquel momento sencillo, pero cargado de significado, hice una promesa silenciosa a mí mismo y a mi hijo aún no nacido: haría todo lo que estuviera en mis manos para ser el mejor padre posible para los dos. Y, quién sabe, quizá con el tiempo y el esfuerzo lograra reconstruir el puente roto con Daniela y encontrar un nuevo camino hacia el futuro que nos esperaba. Era un futuro lleno de incertidumbre, pero estaba dispuesto a afrontarlo con esperanza y determinación.

Aquella noche, mientras acostaba a Heitor, reflexioné sobre mis próximos pasos. No sabía qué nos depararía el destino a Daniela y a mí, pero era un nuevo comienzo, una nueva oportunidad para hacer las cosas bien, y estaba preparado para ello. Daría lo mejor de mí.



«En sus brazos encontraba algo más que refugio; encontraba un universo entero, un cosmos de afecto y comprensión.»

DANIELA ALMEIDA

A pesar de no haberle contado a mi familia lo del embarazo, estaba decidida a hablar hoy con Dionísio sobre la mentira de años atrás, el motivo por el que me alejé de él… o mejor dicho, por el que hice que él se alejara de mí.

—¿Vamos, Dani? —preguntó Marcela cuando llegó nuestra hora de comer.

—Id vosotras primero, tú y Ana Júlia. Yo voy a hablar con Dionísio.

—¿Pasa algo?

—Voy a decir la verdad. De una vez por todas —respondí, decidida.

Ana Júlia y Marcela se miraron entre ellas y, después, asintieron.

—Haces lo correcto, amiga.

Cuando bajaron en el ascensor, hice justo lo contrario y subí hasta la última planta. Sabía que él aún estaría allí y, al salir del ascensor, lo vi a lo lejos, en su despacho.

Respiré hondo, sintiendo una mezcla de nerviosismo y determinación. Aquella conversación que estaba a punto de tener con Dionísio sería difícil, pero necesaria. Tenía que cerrar de una vez por todas ese capítulo doloroso de nuestro pasado; quizá así el peso que llevaba encima empezaría a disiparse.

Caminé hasta su despacho y llamé suavemente a la puerta antes de entrar. Con un gesto, me dio paso.

—Dionísio, tenemos que hablar —dije, cerrando la puerta a mi espalda.

Levantó la vista, sorprendido por mi aparición inesperada.

—¿Daniela? ¿Ha pasado algo con el bebé?

—No. De momento, todo está bien. Pero necesito decirte algo que llevo guardando desde hace años, y tiene que ser ahora.

—¿Qué quieres decir?

Dejó todo lo que estaba haciendo y fijó la mirada en mi rostro.

—Sobre el pasado… sobre la razón por la que dije que te había sido infiel… —empecé, intentando mantener la voz firme—. Necesito contarte la verdad.

Dionísio me miró, con una mezcla de confusión e interés en los ojos.

—¿La verdad? —preguntó, claramente intrigado.

—Sí. Y la verdad es que nunca te fui infiel, Dionísio —confesé, sintiendo cómo el corazón me latía rápido y desbocado—. Dije aquello para alejarte… porque no sabía cómo afrontar el dolor de perder a nuestras hijas. Pensé que sería más fácil para los dos si nos distanciábamos, que así el sufrimiento sería menor para ambos.

Durante unos segundos, Dionísio guardó silencio, procesando mis palabras. Luego, su expresión se transformó en rabia e incredulidad.

—¿Esto es algún tipo de broma, Daniela? —bramó, y sus ojos parecían quemarme la piel de la furia que reflejaban.

—No es una broma. Es la verdad —respondí, firme.

—¿Me estás diciendo que me mentiste? ¿Que hiciste que creyera que me habías sido infiel solo porque no querías que sufriera contigo? —Su voz estaba cargada de dolor, y yo ya no sabía con certeza qué pasaba por su cabeza.

—Sí, y sé que me equivoqué —admití, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con salir—. Debería haberme quedado a tu lado, pero en aquel momento estaba tan perdida en mi propio dolor…

—¡Yo me habría quedado a tu lado, Daniela! —exclamó, interrumpiéndome mientras se levantaba bruscamente—. Daba igual lo difícil que fuera, lo habríamos superado juntos. No puedo creer que me hicieras esto.

Podía ver el dolor en sus ojos, el dolor de años de resentimiento y malentendidos.

—Lo siento mucho, Dionísio. Por todo. De verdad —dije, con la voz quebrada—. Estaba equivocada y ojalá pudiera volver atrás y hacer las cosas de otra manera. Pero no puedo. Lo único que puedo hacer ahora es decirte la verdad.

Respiró hondo, intentando calmarse, pero no parecía surtir efecto.

—¡No acepto esto! —dijo entre dientes, alterado, con el rostro enrojecido y a punto de llorar—. Tú eras todo para mí, nuestras hijas lo eran todo para mí, y ahora…

Yo sabía que nada de lo que dijera en ese momento cambiaría el pasado ni aliviaría el dolor que nos habíamos causado.

—¿El dolor que nos hemos causado los dos? ¡¿Cómo puedes ser tan falsa?!

—Yo…

—No, ahora me vas a escuchar —dijo, con las lágrimas formándose en sus ojos—. Yo nunca te hice daño en el pasado, nunca hice nada contra ti, porque eras toda mi vida. Te amaba, amaba a nuestras hijas incluso sin haberlas visto, y prometí que siempre estaría a tu lado. ¡Eso de que nos hicimos daño los dos es una estupidez!

—¡Me utilizaste cuando volviste a Brasil! —repliqué, irritada por haber sido el instrumento de una venganza—. Y no tenías ni idea de lo que yo estaba sintiendo cuando perdí a mis hijas. ¿Por qué no intentas, al menos una vez en tu vida, ponerte en mi lugar? ¡Yo perdí a mis hijas!

—¡Lo perdimos! —bramó—. ¿Y qué hiciste tú? Te aislaste y me aislaste a mí. Me trataste como a basura y dijiste que me habías sido infiel, me hiciste creer que no era lo bastante hombre para ti.

Oír aquello me atravesó por dentro. El dolor y la rabia en su voz eran evidentes, y sabía que tenía razón en muchos aspectos.

—Sí, tienes razón —admití, sintiendo cómo las lágrimas empezaban a resbalar por mi rostro—. Afronté nuestra pérdida de la peor manera posible. Tenía miedo de arrastrarte a mi sufrimiento, miedo de no ser la persona que necesitabas en aquel momento y… hice que me odiaras. Y eso era lo que quería.

Negó con la cabeza, claramente frustrado.

—Pero yo quería estar ahí para ti, Daniela. Quería enfrentar ese dolor contigo, juntos —dijo, con la voz quebrada, mientras una de sus manos sujetaba la mía—. Y ahora, con este embarazo… no sé cómo gestionar todo esto. Me apartaste una vez y ahora esperas que simplemente acepte todo lo que tienes que decirme.

Respiré hondo, intentando encontrar las palabras adecuadas.

—No espero que aceptes lo que hice, porque ni yo misma lo acepto. Solo… quería que supieras la verdad. Pero este bebé… este bebé es una nueva vida, y espero que al menos podamos intentar hacer lo mejor por él.

Dionísio se pasó las manos por el pelo, y vi cómo una lágrima recorría su mejilla, luchando claramente contra sus emociones.

—Nunca me amaste, Daniela.

Sus palabras me golpearon como un choque eléctrico, pero respondí de inmediato:

—Siempre te he amado.

—Si me amaras, nunca habrías hecho algo así, nunca te habrías alejado para sentirte mejor o para no sentirte peor. Tu decisión fue egoísta y nos hizo daño no solo a mí, sino a los dos.

Sentía la verdad en sus palabras y el dolor que traían consigo.

—Sé que fue egoísta, y lo lamento profundamente —dije, sintiendo cómo mi propia herida volvía a abrirse—. Pero, por favor,

nunca dudes de mi amor por ti. Siempre fue real, a pesar de mi terrible error del pasado.

Dionísio soltó mi mano y se apartó un poco, como si necesitara espacio para respirar, para pensar.

—Necesito tiempo, Daniela. Tiempo para entender todo esto, para digerir tu verdad —dijo, con aspecto agotado.

—De acuerdo.

—Pero yo también necesito decirte algo —añadió, mirándome a los ojos—. Lo que te hice al volver a Brasil no fue digno de un hombre de verdad, y me arrepiento de ello.

No esperaba oír eso.

—¿Qué… qué significa eso?

—Nada. Solo quería que lo supieras. A pesar de todo, ahora sé que no estábamos destinados a estar juntos. Mantenernos separados es lo mejor. No nos hacemos bien el uno al otro.

Eso sí que me destrozó. La manera en que lo dijo, con tanta certeza y determinación, hizo que el corazón se me hundiera. Sabía que lo nuestro había sido complicado, pero oírle decir que estar separados era lo mejor fue devastador, porque yo aún lo amaba.

—Dionísio, yo… —empecé, pero las palabras se me escaparon. No sabía cómo responder, cómo rebatir una decisión que parecía ya firmemente tomada en su mente.

Se giró para marcharse, pero antes de salir del despacho se detuvo y miró hacia atrás.

—Estaré presente para este bebé, Daniela. Seré el padre que él o ella merece. Pero en cuanto a nosotros… creo que ya es hora de aceptar que nuestro camino juntos terminó de una vez por todas.

Y con esas palabras salió de la sala, dejándome sola con mis pensamientos y el corazón roto.

Me quedé allí unos segundos, intentando procesar todo lo que había sucedido. La verdad había salido a la luz y, con ella, el fin de cualquier esperanza de reconciliación entre nosotros. Fue un golpe duro, pero quizá necesario. Tal vez había llegado el momento de seguir adelante, cada uno por su camino, unidos solo por nuestro futuro hijo.

Sabía que sería difícil, pero también sabía que debía ser fuerte, no solo por mí, sino por el bebé que crecía dentro de mí. Era el final de una etapa, pero también el comienzo de otra. Y, de algún modo, encontraría la fuerza para afrontar este nuevo capítulo de mi vida y aprender a tener más amor propio, algo que en ese momento me faltaba.

DIONÍSIO SALVATORE

No sabía exactamente qué estaba sintiendo.

Siempre había convivido con la idea de que Daniela me había sido infiel; al fin y al cabo, ella misma me lo confirmó con todas las letras. Pero ahora, al saber que lo hizo para alejarme, todo cambiaba.

O casi nada.

Siempre estuve a su lado, y aún hoy no lograba explicarme por qué no confió en mí para atravesar aquel dolor juntos. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, y trabajar en ese momento parecía imposible. Cada intento de concentrarme en mis responsabilidades resultaba inútil, porque mis pensamientos regresaban una y otra vez a Daniela y a la revelación que me había hecho.

Ella no me había engañado; me había apartado creyendo que era lo mejor frente a un dolor inimaginable. Sin embargo, esa verdad no borraba el sufrimiento que había arrastrado durante todos esos años, el dolor de creer que había sido traicionado por la mujer que amaba. Aun así, yo la hice pasar por algo parecido cuando regresé a Brasil. No era ningún santo en esta historia, ni mucho menos. Actué movido por la venganza por algo que creía cierto y, aun así, me arrepentía.

Caminaba de un lado a otro de mi despacho, sintiendo una mezcla de rabia, alivio y, por encima de todo, tristeza. ¿Por qué no confió en mí? ¿Por qué pensó que era mejor afrontarlo todo sola?

—Los documentos que pediste.

Ni siquiera me di cuenta de cuándo mi hermano entró en la sala y dejó una carpeta sobre mi mesa.

—Ah… vale.

—¿Qué te pasa?

—¿Cómo que qué me pasa? —repliqué, y mi hermano cruzó los brazos.

—A veces crees que no te conozco, Dionísio. Pero conozco muy bien a mi hermano pequeño.

Respiré hondo, consciente de que no podía ocultarle aquello.

—Hoy he hablado con Daniela —dije, mirándolo—. Me confesó que nunca me fue infiel. Se alejó porque pensó que era lo mejor después de que perdiéramos a nuestras hijas.

Dante pareció sorprendido por la revelación y me observó durante unos segundos sin decir nada.

—Eso cambia muchas cosas, ¿no? —comentó, con una mirada comprensiva.

—Las cambia y no las cambia. El dolor de todos estos años sigue aquí. Y ahora, con el embarazo, todo se vuelve aún más complicado.

—Pero tú también la hiciste pasar por algo parecido, ¿verdad? —replicó, más como una constatación que como una pregunta.

—Sí, y me arrepiento —admití, sintiendo cómo la culpa me pesaba—. Actué por venganza, y eso no me hace mejor que ella. Ahora solo quiero hacer lo correcto por nuestro bebé y estar a su lado cuando me necesite.

Dante se acercó y apoyó la mano en mi hombro.

—Estás pasando por un momento muy duro, Dionísio. Pero reconocer tus errores es el primer paso para hacer las cosas bien. Y ahora, con un bebé en camino, tienes la oportunidad de empezar de

nuevo, de una forma distinta. Si la amas y ella te ama, las cosas surgirán de manera natural entre vosotros.

—Ese no es el punto.

—Créeme, sí lo es. Luego no digas que no te lo advertí. Haz lo correcto ahora.

No sabía cómo sería nuestra relación a partir de ese momento, pero sí sabía que lo que ella me había revelado hoy permanecería muy presente en mi mente de ahora en adelante.



«En cada abrazo encontrábamos un mundo, un refugio seguro donde solo existíamos nosotros, inmunes a las tormentas de la vida.»

DANIELA ALMEIDA

A pesar de saber que la revelación de la verdad había sacudido a Dionísio, por dentro me sentía aliviada por haber sacado a la luz algo que llevaba guardando durante años. Todos cometemos errores y yo no era inmune a ellos; aun así, él merecía conocer la verdad. Solo he tenido un gran amor, y en aquel momento tomé la decisión equivocada.

Decidí centrarme en el trabajo, manteniendo la mente ocupada para no perderme en pensamientos sobre el pasado.

—Has hecho lo correcto, Dani —dijo Marcela durante el almuerzo, con una mirada alentadora.

—Yo también lo creo —respondí, agradeciendo con una sonrisa —. Hablar con Dionísio fue difícil, pero necesario. Ahora toca pensar en

el futuro y, sobre todo, en nuestro hijo o hija.

Ana Júlia asintió y colocó su mano sobre la mía en un gesto de apoyo.

—Eres más fuerte de lo que piensas —afirmó—. Y estamos aquí para lo que necesites.

Las observé a las dos y me sentí profundamente agradecida por su amistad, lo que me llevó a recordar el pasado.

—Antes evitaba a la gente, evitaba hacer nuevas amistades. Estaba tan afectada por todo lo que pasaba en mi vida que me cerré por completo, y fue entonces cuando conocí a Ana Júlia, cuando llegó al departamento. Después conocí a Marcela y mi vida, que era bastante tranquila y silenciosa, se convirtió en un auténtico alboroto.

Las dos se rieron y continué:

—Lo que quiero decir es que, sin la ayuda de vosotras dos, no estaría donde estoy hoy. Me devolvisteis a la vida de una manera que ni siquiera sabía que fuera posible. Me mostrasteis que se puede superar el dolor y abrir el corazón a nuevas experiencias y amistades. Gracias.

Ana Júlia sonrió, con la mirada llena de calidez y comprensión.

—Y tú también nos aportaste muchísimas cosas, Daniela. Tu fuerza y tu determinación nos ayudaron cuando llegamos aquí.

Marcela asintió, de acuerdo.

—Sin duda. Es demasiado bonita… —me apretó las mejillas y puse mala cara.

—Vale, ya está. Ya me ha quedado claro.

—Ha vuelto la Daniela gruñona de siempre.

—Sí, pero tengo que decir que tengo mucha suerte de teneros en mi vida —dije con sinceridad—. Y sí, estoy un poco asustada con esta nueva etapa, pero sabré salir adelante.

Charlamos un rato más, compartiendo risas y planes para el futuro. Al volver a mi mesa, sentí cómo una energía nueva se apoderaba de mí. Necesitaba encontrar la forma de enterrar el pasado y centrarme en el presente, y el primer paso era estar bien conmigo misma y soltar las ataduras que arrastraba desde atrás, así como el miedo a perder de nuevo a otro bebé…

DIONÍSIO SALVATORE

Durante aquella última semana participé en varias reuniones y vi a Daniela en la mayoría de ellas. Me di cuenta de que evitaba mirarme, y yo hacía exactamente lo mismo. A veces, las personas que se aman no están destinadas a permanecer juntas, y me llevó demasiado tiempo entenderlo. Pero eso no cambiaba el hecho de que algo dentro de mí la reclamaba, y era difícil ignorarlo.

—Le has cogido el truco muy rápido —comentó Theodore después de una de las reuniones en las que coincidimos.

Estaba en la ciudad y se quedaría allí toda la semana. Sabía que para él era difícil estar lejos de sus hijos, y ahora lo comprendía mejor que nunca.

—Tuve un buen profesor.

—Tu hermano me dijo que tenía una novedad que contarme. ¿De qué se trata?

—Dante no sabe guardar un secreto. Es un cotilla, pero sí, hay algo que necesito decirte antes de que lo sepas por otro lado.

—Te escucho.

—Tu prima, Daniela, está embarazada. Y… yo soy el padre.

No dijo nada. Se quedó mirándome fijamente, con el rostro completamente inexpresivo.

—¿Qué clase de broma es esta?

—No es ninguna broma, Theo. Cuando volví, estuvimos juntos y… ocurrió.

—Dios mío…

Por su reacción, ni siquiera él parecía creer lo que estaba oyendo. Theodore siempre había sido una figura paterna para mí en ausencia de una, alguien a quien admiraba y respetaba. Ver su reacción ante la noticia me hizo tomar aún más conciencia de la gravedad de la situación.

—Es una gran responsabilidad, Dionísio —dijo por fin—. Incluso mayor que tu cargo de CEO aquí dentro.

—Estoy intentando asimilarlo, pero no es fácil. Hay muchas cosas entre Daniela y yo, mucha historia y sentimientos complicados.

Theodore asintió, comprensivo.

—Entiendo. ¿Y ella? ¿Cómo lo está llevando mi prima?

—Parece comprender que no tuvimos culpa de lo que pasó, pero también está evitando cualquier tipo de contacto conmigo. Y yo… sigo pensando mucho en ella, Theodore. A pesar de todo, todavía hay sentimientos. Incluso después de conocer la otra verdad.

—Dionísio, a veces el amor no es suficiente para mantener unidas a dos personas. Pero eso no significa que no podáis ser buenos padres para ese bebé. Los dos tenéis que encontrar la manera de llevaros bien, por el bien de ese niño.

Fue casi como volver a escuchar las mismas palabras de mi hermano, y nada mejor que dos padres diciéndome qué hacer, por mucho que yo también lo fuera.

—Gracias, Theodore. Haré lo correcto, no solo por el bebé, sino también por la empresa.

—Eres un buen hombre, Dionísio. No lo olvides —dijo, dándome una palmada en la espalda antes de salir del despacho.

Necesitaba dejar de darle vueltas a lo ocurrido y escribir mi propia historia. Y en ella, al menos en mi mente, Daniela seguía formando parte.



Llamé a Daniela a mi despacho después del horario laboral y estaba un poco nervioso por hablar con ella. Quería saberlo todo sobre el bebé, aunque su embarazo fuera aún muy reciente. Siempre he sido algo inquieto con estas cosas, y con el nacimiento de Heitor fue igual. Puedo decir que me impliqué en cada etapa del embarazo, y pensaba hacer lo mismo ahora.

—Hola, Dionísio —saludó Daniela al entrar, con la voz cautelosa y la mirada algo reservada esta vez.

—Hola, Daniela. Quería hablar un poco sobre el embarazo, saber cómo estás, cómo está el bebé… —empecé, intentando mantener un tono neutro.

Se sentó, manteniendo cierta distancia, lo que me hizo notar lo contenida que estaba ante la situación.

—Estoy bien. El bebé también está bien y ya he programado algunas pruebas —contó, sin entrar en muchos detalles—. Te iré informando de todo cuando tenga más noticias.

—Eso es estupendo. Y también quería saber si lo que pasó entre nosotros…

—Dionísio, creo que ahora debemos centrarnos únicamente en el bebé —me interrumpió, mirándome directamente a los ojos—. Tú y yo nunca vamos a tener nada más que esto, y sé que fui yo quien inició todo. Tenemos que convivir por él, y nada más. Lo que ocurrió en el pasado se quedó allí, y espero que lo entiendas. No voy a dificultar nuestra convivencia, pero no quiero nada más que… centrarnos en nuestro hijo. Y eso es lo que tú también deseas, ¿verdad?

Sus palabras me golpearon con fuerza. Tenía la esperanza de que, quizá, pudiéramos reconstruir algo, pero estaba claro que ella no lo quería.

—Sí, exactamente eso —acepté, un poco decepcionado, pero consciente de que era lo mejor—. Entonces, centrémonos en ser los mejores padres posibles.

—De acuerdo —dijo, con firmeza en la voz—. Quiero lo mejor para este bebé, y eso incluye mantener una relación cordial contigo, pero nada más allá de eso.

Asentí, aceptando sus condiciones. Era evidente que Daniela quería mantenerse lo más alejada posible de mí y concentrarse únicamente en el bienestar de nuestro hijo. Yo también me había equivocado con ella.

—Está bien. Respeto tu decisión —afirmé—. Trabajaremos juntos por el bien de nuestro hijo.

Asintió y se levantó para salir del despacho.

—Gracias por entenderlo. ¿Hay algo más que quieras decirme?

Quería decir tantas cosas, pero no serviría de nada hacerlo en ese momento. A veces —o la mayoría del tiempo— las personas necesitan gestos y acciones, y en ese instante no podía ofrecerle nada

de eso. Con el tiempo cambiaría, y estar presente era una parte esencial de ese proceso.

—No, creo que eso es todo —respondí, observándola incorporarse—. Solo quería que supieras que estoy aquí para lo que necesites, en lo que respecta a ti y al bebé.

Daniela hizo un leve gesto con la cabeza, y en su rostro se dibujó un atisbo de alivio por haber llegado a un acuerdo.

—Gracias, Dionísio. Yo… te lo agradezco —dijo, con la voz algo más suave—. Mantengámoslo todo en el terreno profesional y centrémonos en lo que es mejor para nuestro hijo.

—Claro, es lo mejor.

Se dio la vuelta y salió del despacho, dejándome a solas con mis pensamientos. Había una parte de mí que aún anhelaba una reconciliación, un regreso a lo que fuimos en otro tiempo. Sin embargo, sabía que debía respetar la decisión de Daniela y concentrarme en el futuro, poniendo el foco en el bienestar de nuestro hijo.

Por mucho que la verdad sobre los motivos que la llevaron a alejarse de mí hubiera salido a la luz, mi rabia solo había sido momentánea. Me puse en su lugar y comprendí lo difícil que había sido, sobre todo porque ese era su sueño. Su mayor sueño. Daniela me había dicho años atrás, muchas veces, que ser madre era lo que más anhelaba en su vida, y sabía cuánto se había cerrado en sí misma cuando ocurrió aquella tragedia.

En el pasado sabía cómo manejarme con ella y, incluso ahora, en el presente, mi deseo seguía siendo cuidarla a ella y a ese bebé…



«Cada beso nuestro era un poema que solo nuestros labios sabían recitar, un verso de pasión inolvidable.»

DANIELA ALMEIDA

Hacía bastante tiempo que no iba a la mansión de Theodore, el marido de Ana Júlia. Antes, Marcela y yo aparecíamos allí constantemente para cotillear y tomar el sol, pero esos momentos se habían vuelto cada vez más escasos, y el trabajo acababa absorbiéndonos por completo.

—No hay nada como un día para relajarse… —dijo Marcela, tumbada en la tumbona.

Ana Júlia y yo estábamos a su lado y, lo confieso, me sentía un poco más relajada de lo habitual. Dante y Theodore, nuestros maridos, habían salido y regresarían en breve.

—Desde luego, lo necesitábamos —comenté, acomodándome en la tumbona mientras sentía el sol calentándome la piel—. Estos

momentos son raros, pero tan necesarios.

Ana Júlia sonrió, asintiendo.

—Me alegra que hayamos podido reunirnos hoy. A veces creo que, con todo el ajetreo del trabajo, nos olvidamos de sacar tiempo para nosotras mismas.

—¿Y cómo va el embarazo, Daniela? —preguntó Marcela, girándose hacia mí.

Ya había cumplido dos meses de gestación y, después de contárselo a Dionísio, nuestras interacciones siguieron siendo breves, sobre todo tras revelarle lo que había ocultado en el pasado. Era mejor así. No nos hacíamos bien el uno al otro, y yo quería que él se preocupara por el bebé, no por mí. Cada uno tenía su parte de culpa: yo en el pasado y él en el presente. Lo mejor era que las cosas siguieran así. Sin recaídas.

—Va bien —respondí, apoyando la mano sobre el vientre—. Cada día es una experiencia nueva, pero intento tomármelo todo con calma.

Seguimos charlando, alternando temas serios y ligeros. Era una tarde agradable, llena de risas y confidencias. Por un momento, las preocupaciones y los desafíos parecían lejanos, y pude limitarme a disfrutar de la compañía de mis amigas.

—¿O sea que montáis una fiestecita sin mí? —exclamó Carol, la hermana de Ana Júlia, al llegar con su sonrisa habitual.

Todas nos giramos para mirarla, y las risas se hicieron aún más fuertes con su aparición.

—No es una fiesta, Carol, solo un encuentro de viejas amigas —respondió Marcela con una sonrisa traviesa, que enseguida se desvaneció—. Y cada vez más viejas…

Sonreí, pensando que el mes que viene cumpliría ya treinta y cinco años. El tiempo, desde luego, pasa volando.

Carol dejó el bolso en una silla y se unió a nosotras, cogiendo una tumbona a mi lado.

—¿Y qué tal la vida de la futura médica? —le pregunté, curiosa por sus estudios.

—¡La universidad me tiene absorbida! —exclamó, poniendo una mueca exagerada—. Pero estoy disfrutando cada minuto. Aprendo un montón, ¿sabes? Era lo que deseaba desde el instituto y no me arrepiento de haber seguido mis sueños.

—Me lo imagino. Tiene que ser todo un reto —comentó Ana Júlia, orgullosa de su hermana.

Carol empezó a contar anécdotas divertidas sobre sus compañeros y profesores, haciéndonos reír a carcajadas. Su energía y su sentido del humor eran contagiosos; siempre sabía cómo animar el ambiente. Era la más divertida de las cuatro, y nunca la había visto triste. Carol sabía ocultar muy bien ciertos sentimientos y, por eso, pensaba que era la que más se parecía a mí.

—¿Y tú, Daniela? ¿Cómo te sientes con todo esto? —preguntó Carol, desviando la atención hacia mí.

—Muy bien, la verdad. Con altibajos, claro, pero contando con vuestra ayuda, todo resulta más fácil, lo reconozco.

Siempre había sido una mujer solitaria. De todo y de todos. Me gustaba ser así, quedarme en mi rincón y resolver mis propios problemas, pero cuando conocí a las chicas me di cuenta del tiempo que había perdido. Ellas alegraban mis días, y yo intentaba ser la mejor amiga posible, aunque para ello tuviera que decirles unas cuantas verdades a la cara de vez en cuando.

—¿Y Dionísio? ¿Cómo está llevando el embarazo? —preguntó Marcela, con curiosidad.

—Estamos intentando afrontarlo de la mejor manera posible —respondí, procurando mantener un tono ligero—. Nuestro foco está en el bienestar del bebé, así que no interactuamos demasiado; cuando hablamos es para tratar… de nuestro hijo o hija.

—Eso es lo más importante —confirmó Ana Júlia, asintiendo.

La conversación tomó otro rumbo, y lo agradecí. Al menos por hoy, intentaría no pensar tanto en Dionísio, ya que en los últimos días pensar en él se había convertido en una constante en mi vida…



El resto de la tarde pasó rápidamente. Charlamos, reímos y disfrutamos del sol como hacía mucho tiempo que no lo hacíamos, pero al final de la tarde ocurrió algo y no supe muy bien cómo manejar la situación.

Junto con Dante y Theodore llegaron Dionísio y su hijo Heitor, y también su prima Laura, de cinco años, hija de Marcela. Bastó un breve cruce de miradas entre él y yo para saber que nuestra situación seguía siendo complicada; mi corazón se aceleraba cada vez que lo veía. Me costaba admitirlo, incluso para mí misma, pero ignorar a mi primer y único amor era prácticamente imposible.

—¿Pasa algo?

—Nada —respondí a Ana Júlia—. Estoy bien. De verdad.

Intenté concentrarme en la conversación con las chicas, pero era difícil no sentir la presencia de Dionísio allí, tan cerca, aunque estuviéramos en lados opuestos de la zona de la piscina. Heitor corría alegremente por el jardín, jugando con Laura, su prima, creando un ambiente familiar y distendido.

Al observar a Dionísio con su hijo, no pude evitar pensar en cómo sería con nuestro bebé. Había en él una ternura cuando estaba con Heitor que no podía ignorar. Eso me provocó una punzada de esperanza, quizá la posibilidad de que, a pesar de todo, aún pudiéramos encontrar una manera de ser padres juntos.

—Parece un buen padre —comentó Marcela, sacándome de mis pensamientos y siguiendo la dirección de mi mirada.

—Sí, yo también lo creo —respondí, sin apartar los ojos de Dionísio y de los niños.

El resto de la tarde fue para mí una mezcla de emociones. Hubo momentos de risas y ligereza, pero también instantes de reflexión silenciosa en los que me sorprendía observando a Dionísio e imaginando cómo serían las cosas en el futuro. En un momento dado, levantó a Heitor en brazos y ambos rieron juntos. Laura se unió a ellos y los tres parecían una pequeña familia feliz. La escena tocó algo dentro de mí, un sentimiento que no sabía cómo nombrar.

Por mucho que me sintiera feliz, una parte de mí regresó al pasado, trayendo la dura realidad de que no pude vivir esos momentos con mis hijas. Y eso dolió profundamente.

—Vosotros dos tendréis que encontrar la manera de que esto funcione por el bien del bebé —dijo Ana Júlia con suavidad, al notar mi mirada perdida.

—Lo sé —asentí, apartando la vista—. Y lo haremos. Por complicado que sea, el bienestar de nuestro hijo es lo más importante.

Las chicas estuvieron de acuerdo y la conversación cambió de tema, pero mi mente seguía allí, pensando en Dionísio y en el futuro que nos esperaba. Decidí alejarme un poco del jardín y caminé sin rumbo por la mansión. Tenía los pensamientos muy lejos, y sabía por qué. Eran demasiadas cosas acumuladas, casi imposible ponerlo todo en orden: la confusión de sentimientos, los recuerdos del pasado, las preocupaciones por el futuro…

Pasé junto a una ventana que daba al jardín y vi a Laura y a Heitor jugando juntos. Corrían detrás de una pelota, riendo y gritando de alegría. Dionísio los observaba con una sonrisa suave en el rostro. No pude evitarlo; me acerqué, como si algo me llamara.

—¡Hola, peques! —los llamé, atrayendo su atención.

Laura corrió hacia mí con una sonrisa radiante.

—¡Daniela! ¿Quieres jugar con nosotros? —preguntó, entusiasmada.

Por pasar mucho tiempo con Marcela, me había hecho muy amiga de Laura y hablábamos a menudo.

—Claro, me encantaría —respondí, sintiendo cómo se dibujaba una sonrisa en mi rostro.

Heitor me miró, algo tímido al principio, pero enseguida se unió al juego. Dionísio nos observaba a unos metros de distancia y nuestras miradas se cruzaron brevemente. Había una tregua silenciosa entre nosotros, un acuerdo tácito de que, a pesar de todo, ambos estábamos allí, presentes.

Jugamos juntos durante un rato y sentí cómo la alegría genuina de los niños se me contagiaba. Era un momento sencillo, pero lleno de significado. Por un instante, las preocupaciones parecían lejanas y yo estaba completamente presente, disfrutando de verdad de aquel momento.

Cuando el juego terminó, Laura y Heitor corrieron a beber agua, dejándome a solas con Dionísio. Se acercó y, durante un breve instante, nos quedamos en silencio.

—Me alegra mucho verte así, Daniela.

—¿A qué te refieres? —pregunté, inquieta.

—Sé que después de la tragedia evitabas el contacto con bebés y niños, y tu dolor era evidente.

Tenía razón.

—Sí, fue una etapa difícil y complicada —admití, sintiendo cómo una oleada de emociones del pasado volvía a surgir—. Pero creo que este nuevo embarazo me está cambiando poco a poco. Estoy aprendiendo a enfrentar esos miedos y a superarlos, paso a paso.

Dionísio asintió, como si lo comprendiera.

—Eso es bueno, Daniela. Me alegra verte superando esos miedos —dijo, con un tono de voz suave.

—Afronto cada día como un paso hacia algo nuevo y desconocido, pero me siento preparada para ello.

Hubo una pausa y, por un instante, pareció que había algo más que quería decir.

—Daniela, yo… —empezó, pero dudó.

—¿Sí? —le animé a continuar.

Respiró hondo antes de hablar:

—Solo quería decir que, a pesar de todo lo que ha pasado, estoy aquí. Para lo que necesites. Quiero formar parte de esto, de verdad. No voy a renunciar a ello.

Sus palabras me tomaron por sorpresa. A pesar de las dificultades entre nosotros, había sinceridad en su mirada. Aun así, recordaba que me había utilizado, y ver el mismo rostro de siempre me resultaba confuso.

—Gracias. Eso significa mucho para mí. Vamos a hacerlo juntos, por nuestro hijo.

La confianza, cuando se rompe, nunca vuelve a ser la misma, y los dos nos la habíamos quebrado mutuamente, lo que complicaba todo.

Asintió rápidamente con la cabeza y, tras lanzar una última mirada a Heitor y a Laura, que regresaban corriendo para continuar el juego, se alejó, dejándome a solas con mis pensamientos.

Al observar a los niños jugar, sentí una sensación de esperanza. El camino que teníamos por delante sería desafiante, pero estaba preparada para afrontar el futuro, no solo como madre, sino también como parte de una nueva familia que se estaba formando de manera inesperada, pero llena de posibilidades.



«Ella era la calma en el caos de mi mundo, un puerto seguro donde cada tormenta de la vida se apaciguaba.»

DIONÍSIO SALVATORE

Sabía lo difícil que le resultaba a Daniela observar a niños y bebés, y pasé buena parte de aquel tiempo a su lado hasta que terminamos. Era como si algo en ella se hubiera apagado al perder a nuestras hijas durante el embarazo y, hoy, era la primera vez que la veía distinta, como si aquel brillo regresara. Ese fue el momento más feliz de mi día.

Aún me importaba. Mucho.

Nunca oculté a nadie que ella era especial en mi vida, ni siquiera después de creer que me había sido infiel. Verla interactuar con Laura y Heitor, reír y jugar con ellos, me hizo darme cuenta de cuánto había evolucionado y de lo fuerte que se había vuelto. La Daniela que conocí después de nuestra tragedia era solo una sombra de la mujer vibrante que solía ser. Sin embargo, hoy había un destello de aquella Daniela de

nuevo, y eso me llenó de esperanza, no solo por ella, sino también por nuestro futuro como padres.

Después de despedirse de los niños, que se fueron con los demás, pasó a mi lado con un leve gesto de cabeza, y no pude evitar sonreír. Había algo reconfortante en saber que, a pesar de todos nuestros desafíos y dolores del pasado, todavía existía una conexión entre nosotros.

—Quiero pedirte algo, Daniela.

—¿El qué?

—En el último embarazo, ponía la mano sobre tu vientre para sentir a nuestras hijas… —empecé, algo titubeante—. Sé que las cosas entre nosotros ya no son como antes, pero me gustaría sentir también a nuestro bebé, si te sientes cómoda con ello.

Daniela pareció sorprendida por la petición y, durante un instante, clavó los ojos en los míos, como si no supiera qué responder. Estaba a punto de asumir que no ocurriría, pero entonces esbozó una pequeña sonrisa y asintió:

—De acuerdo.

Fue como si una enorme carga se desvaneciera de mi cuerpo, tal era el alivio que sentí. Ella guió mi mano hasta su vientre, que aún era más una suave curva que una barriga propiamente dicha. El contacto con ella, aunque fuera a través de ese pequeño gesto, reavivó algo dentro de mí, una mezcla de nostalgia y una nueva forma de alegría.

Me quedé así durante unos instantes, con la mano apoyada sobre su vientre, esperando sentir algún movimiento, una señal de la nueva vida que aguardábamos. Aunque aún no sentí nada, el simple hecho de estar allí, compartiendo ese momento con Daniela, significaba mucho para mí.

—Sabes que es difícil que sientas algo ahora, ¿verdad?

—Sí, pero… de algún modo me tranquiliza —respondí con sinceridad.

—A mí también, lo confieso.

Por un momento, me sentí de nuevo en el pasado, cuando estábamos juntos y esperábamos a nuestras hijas, y eso me produjo una alegría imposible de describir con palabras.

—Gracias —dije al fin, retirando la mano—. Esto significa mucho para mí.

Ella me miró a los ojos y, durante un instante, vi un destello de la conexión que una vez compartimos.

—También es importante para mí, Dionísio —afirmó, con una sinceridad que me tocó profundamente.

Nos quedamos mirándonos, como si aquella pasión, aquel fuego, aún ardiera en algún rincón de nuestro interior, oculto bajo las capas de dolor y resentimiento del pasado. Tenía la absoluta certeza de que todavía había algo allí, algo que ni el tiempo ni las circunstancias habían logrado borrar por completo.

—Creo que estamos avanzando, ¿no te parece? —pregunté, rompiendo el silencio que se había formado entre nosotros.

—Sí, lo estamos —asintió con una leve sonrisa—. Y eso es bueno para todos, sobre todo para el bebé.

Aun así, me resultaba evidente que ella estaba abriéndose únicamente por nuestro hijo y que todo lo que habíamos vivido ya no volvería a existir. Pese a ello, en el fondo de mí aún albergaba la esperanza de reconquistar a la mujer que siempre había amado.

—Haré todo lo que esté en mi mano, Daniela. Como padre y como… alguien a quien todavía le importas —declaré, sintiendo la necesidad de expresar lo que llevaba dentro.

Ella asintió, agradeciendo mis palabras con un breve gesto, sonrió un instante y luego apartó la mirada, preocupada.

—Lo sé, Dionísio. Y yo también haré lo mismo —afirmó, dando un paso atrás, dejando claro que el momento había terminado.

Segundos después se alejó, dejándome a solas con mis pensamientos.

Los dos sabíamos que aún quedaba un largo camino por recorrer para sanar las heridas del pasado y, quizá, construir un futuro para nuestro hijo, pero aquel pequeño gesto era un paso en la dirección correcta.

La reconquistaría y haría que conociera mi mejor versión.

DANIELA ALMEIDA

Acababa de llegar a mi casa.

El día había sido muy distinto de lo que había imaginado en la mansión de Theodore, y me descubrí pensando en los pequeños momentos que viví allí.

Dionisio estaba constantemente en mi mente, reviviendo cada mirada, cada gesto.

La manera en que tocó mi vientre, con tanta ternura y cuidado, sacó a la superficie un torbellino de emociones para las que no estaba preparada en ese momento.

Me senté en el sofá y cerré los ojos un instante, intentando ordenar mis pensamientos.

Era confuso sentir aquella mezcla de sentimientos antiguos y nuevos al mismo tiempo.

Por un lado, estaban la herida y el dolor del pasado, la traición que yo había inventado para alejarlo y la venganza que él buscó al regresar.

Por otro, seguía existiendo esa conexión, ese vínculo irrompible que siempre había habido entre los dos.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuré para mí misma.

Sabía que era arriesgado permitirme sentir todo aquello otra vez. Ya nos habíamos hecho demasiado daño, y no quería dejar espacio para más dolor.

Sin embargo, pese a todos mis esfuerzos por convencerme de lo contrario, no podía negar que aún había una parte de mí que se preocupaba profundamente por Dionisio.

No era solo el padre de mi bebé; era parte de una historia que seguía escribiéndose en mi corazón.

Mi gran amor.

Me levanté y caminé hasta la ventana, contemplando el cielo nocturno. La brisa suave traía un frescor reconfortante y respiré hondo, intentando encontrar algo de claridad.

—Tenemos que hacerlo por nuestro hijo —dije en voz alta, como si tratara de convencerme—. Y nada más.

Pero, en el fondo, sabía que las cosas no eran tan simples.

Dionisio y yo éramos como dos imanes, siempre atraídos el uno por el otro, pese a todos los obstáculos y malentendidos.

Solo esperaba que, esta vez, pudiéramos encontrar la forma de convivir en armonía.

Tras unos minutos más, fui a mi habitación y, de reojo, me fijé en el oso de peluche de la estantería, acercándome a él.

En el pasado, Dionisio me lo había regalado con una frase grabada, y desde entonces nunca me había deshecho de él.

Tomé el osito entre las manos y presioné la pata donde estaba la grabación. La voz de Dionisio sonó, todavía clara después de todos esos años:

«Para la mujer de mi vida. Estaré a tu lado siempre y te daré consuelo incluso en los momentos difíciles. Te quiero, Daniela, y nunca dejaré de quererte».

Escuchar aquella voz del pasado, tan llena de afecto y ternura, me hizo sentir una mezcla de nostalgia y melancolía.

Después de un rato con el juguete entre las manos, devolví el oso a su lugar, perdida en mis pensamientos.

Era extraño cómo un objeto tan sencillo podía traer tantos recuerdos, despertar tantos sentimientos.

Me preguntaba qué sentiría Dionisio si supiera que aún lo conservaba, cuando probablemente creía que me había deshecho de todo lo que me unía a él, sobre todo después de cómo terminamos.

Tumbada en la cama, miraba al techo pensando en todo lo que había ocurrido entre nosotros.

Las palabras de Dionisio grabadas en el oso de peluche resonaban en mi mente, recordándome una época en la que éramos inseparables, unidos por un amor profundo.

El embarazo, la separación, el reencuentro y, ahora, un nuevo embarazo que volvía a unirnos de una forma inesperada.

Cerré los ojos, intentando calmar la mente inquieta.

Sabía que los próximos meses serían desafiantes, pero también sabía que era lo bastante fuerte como para afrontarlos.

Me dormí con esos pensamientos, una mezcla de incertidumbre y esperanza.

La determinación de hacer lo que fuera necesario por el bien de nuestro hijo estaba clara en mi mente.

La vida tenía una forma extraña de guiarnos por caminos inesperados, pero, en el fondo, eso era necesario para crecer como personas.



«Su abrazo era el único lugar donde todas las piezas de mi mundo hecho añicos encajaban a la perfección.»

DIONÍSIO SALVATORE

Era la primera vez que participaría en un cumpleaños infantil con mi hijo, Heitor.

Sofía y Miguel, los hijos gemelos de Theodore y Ana Júlia, celebraban su cumpleaños y habían invitado a muchas personas a la fiesta, en su mansión.

La semana pasada ya habíamos estado allí, y pude acercarme un poco más a Daniela y darme cuenta de que seguía siendo la misma de siempre.

El único que había cambiado era yo, y en algunos aspectos, para peor.

Llegué a la mansión con Heitor a mi lado, sujetando con fuerza su manita.

Estaba emocionado, vestido con un conjunto festivo, mirando a su alrededor con curiosidad y entusiasmo.

Yo, en cambio, sentía una mezcla de nerviosismo y expectación. Sabía que Daniela también estaría allí y no tenía claro cómo sería nuestra interacción después del último encuentro.

La fiesta ya había comenzado cuando llegamos. Los niños corrían por el jardín, los globos de colores flotaban en el aire y una mesa de dulces estaba dispuesta con precisión milimétrica.

Al vernos, Theodore y Ana Júlia se acercaron enseguida.

—¡Mirad quién ha llegado! —exclamó Theodore, agachándose para saludar a Heitor—. Más vale tarde que nunca.

Ana Júlia se acercó a mí y me dio un abrazo cordial.

—Gracias por venir, Dionisio. Me alegra que hayas traído a Heitor.

—No nos lo perderíamos por nada. ¿Verdad, campeón?

—Sí, papá.

Bastaron unos segundos para que Heitor se uniera a los demás niños. Yo miré alrededor, buscando a Daniela.

No tardé en encontrarla.

Estaba conversando con Marcela y algunas otras mujeres, con un aspecto relajado y alegre. Era inevitable que mi corazón se acelerara al verla, una reacción que aún no conseguía controlar.

Cuando algunas personas se apartaron, me acerqué a ella.

—Hola, Daniela.

Se giró, sorprendida, pero sonrió con educación.

—Ah, hola, Dionisio.

—Necesito hablar contigo de algo.

—¿Qué ocurre?

—Aún no le he contado a Heitor que va a tener un hermanito o una hermanita. Solo quería saber si te parece bien que hable con él. Mi hijo todavía es pequeño, pero sé que se alegrará con la noticia.

Daniela pareció sorprendida por la pregunta, pero enseguida su expresión se suavizó.

—Claro, Dionisio. Creo que es importante que lo sepa —respondió con un leve gesto de cabeza—. Va a ser un hermano mayor estupendo.

Sentí un alivio al escuchar su respuesta. Para mí era importante que Heitor se sintiera incluido en esta nueva etapa de nuestras vidas.

—Me gustaría que tú también estuvieras presente cuando se lo diga. Creo que sería bueno para Heitor ver que estamos juntos en esto.

Ella dudó un instante, reflexionando sobre lo que acababa de decir.

—Está bien, creo que tiene sentido. Busquemos un momento tranquilo durante la fiesta para hablar con él.

Quedamos en hacerlo más tarde, cuando la fiesta estuviera más calmada.

Pasé el resto del tiempo observando a mi hijo jugar, sintiendo una mezcla de emoción y felicidad al verlo interactuar con los demás niños. Hacía amigos con muchísima facilidad.

—¿Cómo es… ser padre? —preguntó ella, con cierta timidez.

—Bueno, es una experiencia increíble y desafiante al mismo tiempo —respondí, mirando a Heitor mientras jugaba—. Cada día es una nueva aventura, una nueva lección. Verlo crecer, aprender, reír… es una alegría que ni siquiera sé explicar. Y, por supuesto, están los momentos difíciles, las preocupaciones, pero todo merece la pena. Ser padre cambió mi vida de formas que nunca imaginé.

Daniela escuchaba con atención, con la mirada también puesta en Heitor.

—Debe de ser muy gratificante verlo convertirse en su propia persona —dijo, con una sonrisa suave—. Va a tener a alguien en quien confiar.

—Lo es. Y tengo muchas ganas de vivir todo eso otra vez con nuestro bebé. Creo que Heitor va a ser un hermano mayor maravilloso.

Ella asintió, con un aire pensativo.

—También será un nuevo camino para los dos.

—Y espero que podamos hacerlo bien, juntos, por el bien de nuestro hijo.

Daniela me observó y asintió despacio. Parecía luchar contra algo en su interior, y decidí decirle algo con firmeza:

—No va a volver a ocurrir lo que pasó en el pasado.

—Dionisio, yo…

—Vas a tener a nuestro bebé en brazos. Te lo prometo.

Percibí el instante exacto en que sus ojos se llenaron de lágrimas, y parpadeó deprisa, intentando contenerlas. Daniela esbozó una pequeña sonrisa, una mezcla de agradecimiento y alivio reflejada en su rostro.

—Gracias por decir eso —susurró, con la voz ligeramente quebrada—. Significa mucho para mí oír esas palabras, sobre todo viniendo de ti, que estuviste a mi lado antes y… después de todo.

Yo también tuve que ser fuerte para no venirme abajo. No quería mostrar debilidad en ese momento, pero pensaba cada día en nuestras hijas.

Sabía que su pérdida había dejado una herida profunda en Daniela, un dolor que cargaba en silencio.

Prometerle que esta vez sería diferente era más que palabras; era un compromiso que estaba dispuesto a cumplir.

—Estamos en esto juntos, Daniela. No importa lo que haya pasado antes —afirmé, queriendo que supiera que hablaba muy en serio.

Ella asintió, con un aspecto un poco más tranquilo.

Al cabo de un rato, mi hijo vino corriendo hacia mí, y supe que había llegado el momento de decirle lo que habíamos estado hablando.

—Hijo… tenemos una noticia que darte.

—¿Cuál?

Sus ojitos curiosos brillaban de expectación.

Daniela se acercó y apoyó la mano en el hombro de Heitor y, juntos, afrontamos ese nuevo momento.

—Vas a tener un hermanito o una hermanita —dije, observando atentamente su reacción.

La expresión de sorpresa en el rostro de Heitor se transformó enseguida en una sonrisa enorme.

—¿De verdad, papá? —su voz rebosaba entusiasmo y alegría.

—Sí, hijo —respondí, sonriendo—. Y vas a ser el mejor hermano mayor del mundo.

Nos miró a los dos, alternando la mirada, y de pronto hizo una pregunta que no esperaba:

—¿Es mi mamá? —señaló a Daniela con el dedo índice, y durante unos segundos no supe qué decir.

Daniela y yo intercambiamos una mirada rápida, ambos sorprendidos por la pregunta de Heitor. Pude ver la emoción en sus ojos y, por un instante, pareció luchar por mantener la compostura.

Pero antes incluso de que respondiera, mi hijo se acercó a ella y, en un gesto inesperado, abrazó su pierna mientras estaba sentada.

Todo pareció suceder a cámara lenta. Daniela se llevó una mano al rostro, claramente emocionada, y con la otra acarició con suavidad la cabeza de Heitor. Aquel gesto decía más que cualquier palabra: era aceptación, cariño, algo que trascendía las complicaciones de nuestra relación.

Heitor levantó la mirada hacia su rostro y sonrió, una sonrisa pura, llena de amor. Era uno de esos momentos raros y preciosos, un destello de algo auténtico y verdadero.

—¡Tengo hambre!

La ruptura repentina del clima nos tomó por sorpresa y empezamos a reír.

Daniela me miró, con los ojos brillantes por las lágrimas, pero también con una sonrisa que reflejaba una mezcla de alegría y gratitud.

Sabía que aquel momento significaba mucho para ella, quizá incluso un paso hacia la curación de heridas antiguas.

—Voy a prepararte algo, hijo —dije, cogiéndolo en brazos—. Ahora vuelvo.

—Vale.

No sabía qué desencadenaría en Daniela aquella primera frase de mi hijo, pero era la primera vez que la veía feliz cerca de mí desde la noche que pasamos juntos y en la que lo eché todo a perder…

DANIELA ALMEIDA

—¿Es mi mamá?

Esa frase se quedó resonando en mi cabeza durante mucho tiempo y, incluso estando sola, seguía pensando en ella.

Pude darme cuenta de que Heitor echaba de menos una figura materna; lo que aún no sabía era si su padre se había percatado de ello.

—Estabas sonriendo y decidí no interrumpir la conversación de vosotros tres —dijo Carol, sentándose a mi lado—. ¿Puedo saber por qué estabas tan feliz, amiga?

—Dionisio le contó a Heitor lo del bebé y él… él preguntó si yo era su madre.

Carol me miró, con los ojos llenos de sorpresa y ternura.

—¿Y cómo te sentiste con eso?

—No sé explicarlo del todo. Heitor vino y me abrazó sin que nadie dijera nada. Fue un gesto tan puro y sincero. Parecía que realmente necesitaba una figura materna y yo… me conmovió que me aceptara así, aun sabiendo que no soy su madre.

Carol tomó mi mano y la apretó con suavidad.

—Eso es precioso, Daniela. Parece que estáis formando una nueva familia, de una manera única y especial.

—Todavía es extraño, ¿sabes? Todo esto con Dionisio… sigue siendo complicado, pero ese momento con Heitor me hizo ver que quizá podamos lograr que funcione.

Carol asintió, comprensiva.

—Es un gran paso, amiga. Estás preparada para ello. Sé que tienes un corazón enorme y también que serás una madre increíble cuando nazca el bebé.

—Eso espero, amiga.

Hablamos de cosas sin importancia, pero sentía que había otra personita que me observaba con curiosidad de vez en cuando: Heitor.

A pesar de tener solo dos años, parecía poseer una percepción muy aguda de los cambios que se estaban produciendo a su alrededor.

Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, me dedicaba una sonrisa tímida, como si intentara comprender su nuevo lugar en el mundo, ahora con la perspectiva de convertirse en hermano mayor.

—Te está observando mucho —comentó Carol, siguiendo mi mirada hacia Heitor—. Parece que ya está creando un vínculo contigo de alguna manera.

—Sí, lo parece —respondí, sonriéndole a Heitor, que me devolvió el gesto antes de distraerse con otro juego—. Es increíble cómo los niños se adaptan y aceptan los cambios. Es tan pequeño, pero ya demuestra tanta comprensión. Para mí, todo esto es nuevo.

Carol asintió con una sonrisa.

—Los niños muchas veces nos sorprenden con su capacidad de amar. Heitor parece un niño dulce y sensible. Vas a ser una gran influencia para él y también para tu bebé.

Durante la tarde charlamos bastante, no solo nosotras, sino también con mis amigas y con la gente de la empresa.

Fue uno de los pocos días en los que viví el presente y logré olvidar un poco el pasado que tanto me había herido.

En el fondo, sentía buenas vibraciones en mi vida y quería vivir de la mejor manera posible, para no arrepentirme en el futuro.



«Él era el poeta de mis emociones, escribiendo versos de afecto y comprensión en las páginas en blanco de mi corazón.»

DANIELA ALMEIDA

—Amiga, ni siquiera sabemos si es niña o niño…

—¡Me da igual!

Prácticamente me obligaron a ir un domingo a uno de los centros comerciales de São Paulo para comprar ropa para mi bebé, y todo porque había cumplido dos meses la semana pasada.

—Nunca te había visto tan agitada, Carol.

—Es por una buena causa. Y me encanta elegir ropita para bebés; fui yo quien escogió la ropa de Miguel y Sofía, los hijos de Theo y Ana Júlia.

Era imposible sacarle esa idea de la cabeza y, la verdad, tampoco quería hacerlo. Carol estaba tan entusiasmada que preferí no discutir.

—Bueno, entonces creo que voy a confiar en tu buen gusto —comenté, riendo, mientras entrábamos en una tienda encantadora de ropa infantil.

Carol estaba en su elemento, cogiendo prendas de colores neutros y tejidos suaves, explicando por qué cada una era perfecta.

Yo simplemente la seguí, dejándome llevar por la experiencia, sintiendo cómo la realidad se asentaba. De verdad estaba comprando ropa para mi bebé.

—¡Mira esta ropita, Dani! —exclamó, sosteniendo un pequeño pelele blanco con un conejito bordado—. ¿No es lo más adorable que has visto?

—Es precioso —respondí, imaginando a mi bebé con aquello puesto.

Mientras Carol hablaba de su vida, de sus experiencias y de sus aventuras en la facultad de Medicina, me sentía cada vez más cercana a ella.

Compartió historias sobre los retos y las alegrías de su camino, y yo compartí los míos. Todo eso no hacía más que fortalecer nuestra amistad.

Después de elegir algunas prendas bonitas y prácticas, fuimos a una cafetería del centro comercial.

Sentadas, tomando café y comiendo pasteles, seguimos charlando.

Carol habló de sus aspiraciones, de sus miedos y de sus esperanzas. Su honestidad y su vulnerabilidad hicieron que la admirara

aún más y, aunque no se pareciera tanto a su hermana, estaba ahí cuando más la necesitaba.

—Hemos comprado ropa de niño y de niña. ¿Sabes por qué? —preguntó, sonriente.

—Sí. Porque tendré un niño o una niña —respondí, estallando en carcajadas, pero ella se puso seria.

Demasiado seria.

—Respuesta incorrecta. Creo que vas a tener gemelos. Un niño y una niña.

Oír eso me dejó paralizada. La palabra «gemelos» seguía siendo un golpe para mí, incluso después de todos estos años. El recuerdo de la pérdida de mis primeras hijas gemelas aún estaba muy presente en mi mente.

Carol se dio cuenta de mi reacción y se disculpó enseguida.

—Perdona, Dani, no quería traer recuerdos dolorosos. Pero es lo que siento. Desde el fondo de mi corazón.

Negué con la cabeza, intentando apartar los recuerdos.

—No pasa nada, Carol. Es solo que… la idea de volver a tener gemelos… me da un poco de miedo.

Ella me tomó la mano, transmitiéndome su apoyo.

—Lo entiendo. Pero pase lo que pase, no estarás sola. Estamos aquí para ti, siempre. Y esta vez todo va a salir bien.

Cambiamos de tema y hablamos de cosas más ligeras; el resto de la tarde fue agradable. Carol siguió haciéndome reír y distrayéndome de mis miedos y preocupaciones.

Su capacidad para hacerme reír y para lograr que, aunque fuera por un momento, olvidara mis inquietudes fue un auténtico regalo.

Tenía el don de aportar una luz especial a las situaciones más complejas de mi mente.

De camino a casa, con las bolsas de ropa de bebé en el asiento del copiloto, reflexioné sobre la tarde.

A pesar del breve instante de tristeza, la visión de Carol y su fe inquebrantable en que todo iría bien me devolvieron el ánimo.

En casa, guardé la ropita con cuidado y me permití sonreír al pensar en mis hijos naciendo sanos.

Sonreí.

Mis hijos.

Por lo visto, de verdad había conseguido meterme en la cabeza que serían gemelos…

DIONÍSIO SALVATORE

La semana pasada Daniela entró en su segundo mes de gestación, y traté por todos los medios de no estar encima de ella; aun así, era difícil, sobre todo porque trabajábamos en la misma empresa.

Pensaba en nuestro bebé a cada momento, y Heitor también preguntaba a menudo cuándo “iba a salir de su barriga”.

Las preguntas inocentes —y a veces difíciles de explicar— de Heitor sobre el bebé me arrancaban una sonrisa, incluso en los días más estresantes de trabajo.

Eran un recordatorio constante de la nueva vida que estábamos esperando, una vida que, pese a todas las complicaciones y al pasado doloroso, traía consigo una esperanza renovada.

No quería asfixiar a Daniela con mi presencia constante, pero al mismo tiempo deseaba estar ahí para ella y para el bebé.

Era un auténtico ejercicio de equilibrio emocional: intentar estar presente sin invadir su espacio.

Cada vez que la veía, aunque fuera de lejos, en el pasillo o en la cafetería de la empresa, sentía una mezcla de admiración y preocupación.

Parecía llevar bien el embarazo, pero sabía que los recuerdos de nuestra pérdida pasada aún pesaban en su corazón, y quería acompañarla, como había hecho antes.

Por la noche, en casa, a menudo me sorprendía pensando en el bebé, imaginando cómo sería tenerlo en brazos, verlo crecer junto a Heitor.

Esos pensamientos contrastaban con la soledad y el dolor que había sentido en el pasado.

Y, como si el destino echara una mano, en uno de los pasillos de la empresa la vi pasar y, casi al mismo tiempo, nos detuvimos, mirándonos el uno al otro.

Fue inevitable sonreír al notar su vientre un poco más abultado.

—Hoy pensaba pasar por tu despacho —dijo, clavando los ojos en los míos.

—¿De verdad?

—Sí. Para… ver al bebé. O mejor dicho, sentirlo. Sé que te gusta y que te hace bien.

Asentí, un poco sorprendido por su iniciativa, pero profundamente feliz.

—Eso estaría muy bien —respondí, sintiendo una oleada de emoción—. Me encantaría sentir a nuestro bebé.

Ella asintió, con un gesto que parecía denotar más tranquilidad.

—Perfecto. Paso luego por tu despacho, entonces.

Nuestras miradas se mantuvieron un instante más, y había algo en ellas que iba más allá de las palabras.

—Gracias, Daniela. Significa mucho para mí.

Ella hizo un leve gesto con la cabeza antes de seguir su camino, y yo hice lo mismo.

Mientras regresaba a mi despacho, no pude evitar una sonrisa llena de esperanza ante la simple idea de sentir a mi hijo o a mi hija.



Trabajé con la expectativa de su llegada y, al final de la jornada, observé cómo se abrían las puertas del ascensor y ella salía de su interior.

Parecía algo normal, una escena cotidiana, pero yo no me sentía así ni de lejos.

Me sentía como un chico nervioso esperando su primera cita. Cuando nuestras miradas se cruzaron, un nerviosismo alegre se apoderó de mí. Daniela caminó hacia mí con la mano apoyada sobre el vientre, un gesto maternal que me hizo sonreír.

—Entra.

La invité a pasar a mi despacho y aceptó. Nos sentamos uno frente al otro y, durante unos segundos, se instaló entre nosotros un silencio cómodo. Era como si estuviéramos buscando las palabras adecuadas, el equilibrio justo entre el pasado y el presente.

—¿Heitor ha dicho algo más sobre… tener un hermano o una hermana? —preguntó, haciéndome sonreír.

—Ahora lo menciona todos los días. A su manera pregunta cuándo va a nacer y cosas así.

—¿De verdad?

—Sí. No mentiría sobre eso.

Daniela se quedó observándome unos segundos, y tuve la sensación de que pensaba en nuestra interacción en mi casa, donde la engañé.

Aquello fue un error que no puedo borrar.

—Quiero que sean buenos amigos —confesó, esbozando una breve sonrisa y bajando la mirada hacia su vientre.

—Tienes mi palabra de que lo serán.

—De acuerdo. Y… puedes acercarte.

Me levanté y hice lo que me pidió. Con suavidad, guió mi mano hasta su vientre.

El contacto fue eléctrico, pero cargado de significado para mí. La vida que crecía dentro de ella era tan real, tan cercana.

Cerré los ojos un instante, concentrándome en la sensación, en la conexión con nuestro bebé.

—¿Notas algo? —preguntó ella, en voz baja.

Negué con la cabeza, aunque todavía no pudiera sentir ningún movimiento. La sensación era más emocional, una conexión profunda con el nuevo ser que estaba llegando.

—Aún es pronto para notar los movimientos, pero solo estar aquí… —expliqué, con la voz tomada por la emoción.

Daniela me miró a los ojos y, en ese momento, sentí que compartíamos algo verdaderamente especial.

—Está bien.

—Gracias por venir —dije con sinceridad.

—Creo que necesitábamos esto —respondió, con una pequeña sonrisa.

Y en ese instante, en el silencio de mi despacho, con la mano aún sobre su vientre, sentí una oleada de esperanza y expectación por el futuro.

Observaba su rostro y, a cada segundo que pasaba, estaba más seguro de que seguía siendo la mujer de mi vida.

La única mujer a la que he amado.

Poco a poco me agaché, quedando a su altura, sin dejar de mirar sus preciosos ojos castaños, incapaz de concentrarme en nada más.

Mi atención estaba puesta en ella. Solo en ella.

Me acerqué, impulsado por un sentimiento intenso y real que latía dentro de mí.

Mi mano seguía sobre su vientre, pero ahora mi mirada estaba fija en sus ojos. El aire parecía más denso de lo habitual y tomé una decisión.

—Daniela… —empecé, tratando de encontrar las palabras.

Ella me observaba y, por un momento, parecía tan vulnerable, tan abierta.

Pero entonces, cuando me incliné para besarla, buscando crear una nueva conexión, giró el rostro y apoyó con suavidad una mano en mi pecho.

—Dionisio, no podemos —dijo con firmeza, aunque con dulzura en la voz—. ¿Recuerdas lo que pasó… en tu mansión? Lo que te dije. Esto no volverá a ocurrir, no puede.

Me aparté, con la realidad del momento golpeándome de lleno.

El recuerdo de haber aprovechado su vulnerabilidad para descubrir sus sentimientos seguía muy presente entre nosotros.

—Lo sé… yo solo… lo siento mucho por aquello —expliqué, sintiéndome algo desorientado—. No debería haberlo hecho.

Daniela respiró hondo, como si buscara las palabras adecuadas.

—Dionisio, lo entiendo, pero no podemos simplemente ignorar lo que pasó —explicó ella—. Lo que hiciste… me dolió mucho, y lo que yo hice te hirió de la misma manera. Los dos nos equivocamos.

Asentí, comprendiendo y respetando su postura. Tenía razón, y lo sabía.

Mis acciones en el pasado habían tenido consecuencias, y debía aceptarlas.

—Tienes razón.

—Esto es lo mejor para los dos.

Se levantó, preparándose para marcharse, y yo me levanté con ella.

Ahora había una distancia entre nosotros, una distancia que yo mismo había creado con mis actos.

Cuando se fue, me quedé solo en mi despacho, reflexionando sobre el momento que acababa de vivir.

Amaba a Daniela, eso era innegable. Pero también sabía que aún tenía mucho por hacer para reconstruir la confianza y el respeto que se habían quebrado.

Y cada día deseaba hacerlo con más fuerza.



«Nuestros corazones, como dos relojes antiguos, latían a un ritmo perfecto, sincronizados por la magia del amor verdadero.»

DANIELA ALMEIDA

Fue difícil apoyar la cabeza en la almohada anoche y no pensar en el acercamiento de Dionisio cuando fui a su despacho.

Fingir que no lo deseaba resultaba extremadamente complicado; aun así, en mi cabeza sabía que había hecho lo correcto en ese momento.

Si ese beso hubiera ocurrido, los problemas habrían llegado de inmediato, y nuestra relación podría haberse vuelto cada vez más insostenible.

Éramos las personas adecuadas para que todo saliera mal.

Esa idea me perseguía desde hacía años.

—¿Pensando en Dionisio, guapa? —me provocó Marcela en el comedor, y me quedé pasmada de que hubiera acertado de lleno con mis pensamientos.

—Pensando en la vida.

—Ya…

—¿Dónde está Ana Júlia? —pregunté, intentando cambiar de tema.

—Hoy no vendrá a comer con nosotras. Tiene algunas cosas que hacer ahora.

—Entiendo.

Removía la comida, aún perdida en mis pensamientos, cuando Marcela sacó a relucir un recuerdo antiguo.

—Pero cuéntame, ¿cómo os conocisteis Dionisio y tú? —preguntó, interesada—. Nunca hemos hablado de eso.

Dudé un instante y luego sonreí, recordándolo.

—Aquí mismo, en la empresa.

—¿En serio?

—Sí. Tuvimos que trabajar juntos en un proyecto y, hasta entonces, no lo conocía. La gente decía que era un empollón y, en el fondo, siempre me han gustado los hombres así —comenté, evocándolo —. Cuando empezamos a trabajar juntos, me di cuenta de que era mucho más de lo que decían. Era inteligente, por supuesto, pero también tenía una pasión increíble por lo que hacía. Y eso me atrajo. Me atraen las personas inteligentes ante todo, y él es la persona más inteligente que he conocido hasta hoy.

Marcela se rió, apoyando la barbilla en las manos.

—¿Así que primero fue una atracción intelectual?

—Exactamente —confirmé—. Dionisio tenía una forma de explicar las cosas que hacía que todo pareciera fascinante. Y cuanto más lo conocía, más quería estar cerca de él.

—¿Y cómo pasasteis de lo profesional a lo personal?

—Fue gradual —expliqué—. Empezamos a tomar café juntos, hablando del proyecto, pero pronto las conversaciones fueron más allá del trabajo. Tenía una manera de hacerme reír, y esos cafés se convirtieron en el momento más esperado de mi día. Me conoces, amiga: no soy de reírme mucho y tengo un carácter particular, pero con él todo parecía natural; lograba que me sintiera a gusto y… fue surgiendo.

—¡Eso es tan romántico! —exclamó Marcela, visiblemente encantada con la historia.

—Sí —afirmé, con un suspiro—. Y entonces, un día, después de uno de esos cafés, me sorprendió invitándome a cenar. Ahí fue cuando todo cambió. A partir de aquella cena, supimos que había algo especial entre nosotros.

Marcela se inclinó hacia delante, claramente absorbida por la historia.

—Y el resto es historia, ¿no?

—Sí, pero con muchos altibajos —admití—. No siempre fue fácil, pero creo que las mejores historias de amor nunca lo son. Ese es el peligro del hombre gracioso: de repente estamos con la boca abierta, sonriendo, y poco después son nuestras piernas…

Marcela no pudo contenerse y se echó a reír a carcajadas, y yo la acompañé. Era agradable revivir una parte del pasado, una etapa en la que fui muy feliz.

Luego nos quedamos en silencio un momento, reflexionando sobre la complejidad de las relaciones y del amor.

—Te entiendo, amiga.

—A veces me pregunto si todo habría sido distinto si hubiéramos tomado caminos diferentes —comenté, pensativa.

—Quizá —dijo Marcela con suavidad—, pero lo que importa son las decisiones que tomasteis en el pasado, y creo que de eso no te arrepientes, ¿verdad?

—¿Del principio? En absoluto. Solo habría querido que las cosas hubieran sido un poco más fáciles, ¿sabes? —añadí, con un deje de melancolía—. Pero quizá las dificultades nos hicieron más fuertes de alguna manera.

Marcela asintió, comprensiva.

—A veces son los retos los que nos moldean, Dani. Y mira dónde estás ahora: embarazada, creciendo profesionalmente y afrontando todos estos sentimientos tan complejos.

—Es todo un viaje —afirmé, con una sonrisa amarga—. Pero tienes razón. He crecido mucho con todo esto. Y, pese a todo, no cambiaría mi recorrido por nada. Cada parte de él me ha convertido en quien soy hoy.

—Y quien eres hoy es una mujer increíble —dijo Marcela, sonriendo—. Fuerte, independiente y a punto de ser una madre maravillosa.

—Y guapa, ¿eh? Seamos sinceras… —añadí, lanzando el cabello al aire y sonriendo de nuevo.

—Y modesta, muy modesta…

Lo mejor de Marcela era que, en algunos momentos, compartíamos apenas dos neuronas, y me encantaba eso: olvidar las

preocupaciones y centrarme en el ahora.

Eso era lo más importante.

DIONÍSIO SALVATORE

No sabía cómo aún, pero iba a reconquistar a Daniela.

Esa determinación me consumía por dentro. No podía simplemente aceptar que nuestra relación hubiera terminado de aquella manera, especialmente ahora que nuestro hijo estaba en camino.

Por más complicadas que hubieran sido las cosas entre nosotros, en el fondo de mi corazón sabía que Daniela seguía significándolo todo para mí.

Cada momento que pasábamos juntos, cada cruce de miradas, cada conversación, reavivaba la llama que creí extinguida cuando me fui de Brasil.

Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para demostrarle que había cambiado, que ya no era el hombre que la había herido.

Quería probarle que podíamos volver a ser compañeros, amantes, amigos… todo lo que fuimos una vez y algo más.

Y estaba planeando cada paso con cuidado.

Empezaría mostrándole cuánto valoraba su presencia en mi vida, no solo por el bebé, sino por ella misma.

Pequeños gestos, palabras de apoyo, estar a su lado cuando lo necesitara, interesarme por su vida y por sus pasiones; cosas que, en el pasado, solía hacer.

También sabía que debía ser paciente. Muy paciente.

Daniela tenía todas las razones del mundo para desconfiar de mí, y yo tendría que recuperar su confianza poco a poco, paso a paso.

No sería fácil, pero estaba dispuesto a invertir todo el tiempo y el esfuerzo necesarios.

Quería ser algo más que el padre de nuestro hijo.

Quería ser el hombre que Daniela eligiera cada día.

Y lucharía por ello, por la oportunidad de convertirnos en una familia de verdad, juntos y felices, como siempre debimos haber sido en el pasado.



—¿Crees que podrás resolverlo todo este fin de semana, hermano?

—Sí.

—¿Estás seguro?

Dante se detuvo y me miró; luego cruzó los brazos y negó con la cabeza, en desacuerdo.

—Sabía que este día llegaría. El día en que mi hermano pequeño me daría órdenes.

Sonreí.

—La culpa fue tuya por decir que yo era el más inteligente de aquí. Yo solo estudié y me esforcé.

—Ya lo veo. Los periódicos hablaron de ello esta semana, pero tú apenas le diste importancia.

Se había publicado que la empresa había crecido un 10 % en los últimos meses gracias a algunas estrategias que adopté, y que nos encaminábamos a convertirnos en una de las líderes del mercado en innovación y eficiencia.

Sin embargo, para mí, esos elogios de la prensa no eran más que el reflejo del trabajo duro de todo el equipo, sin excepción.

—No se trata de recibir atención mediática, Dante. Se trata de hacer bien el trabajo. Hacer crecer la empresa, crear un entorno laboral positivo y, por supuesto, asegurarnos de que vamos por el camino correcto hacia el futuro. Siempre he trabajado aquí y sé cómo funciona todo; solo había que ajustar algunas cosas puntuales.

Dante asintió, aparentemente satisfecho con mi respuesta.

—Sigue sorprendiéndome.

—Sobre eso… —me detuve, y sus ojos curiosos se encontraron con los míos.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—Sí. Voy a reconquistar a Daniela, cueste lo que cueste.

Mi hermano no dijo nada, pero percibí un leve sobresalto en su rostro.

—Bueno… yo estaba hablando de trabajo, pero me alegra oírlo. Y creo que sabes que tendrás mucho trabajo por delante. Los dos conocemos a Daniela y sabemos que no será fácil.

—No quiero que sea fácil —repliqué, decidido—. Quiero que sea real. Cometí muchos errores y ella tiene todo el derecho a estar dolida. Pero sé que aún hay algo entre nosotros y no puedo simplemente dejar que eso pase ante mis ojos.

Dante asintió, comprensivo.

—Solo asegúrate de que lo haces por las razones correctas. No solo por ti, sino también por ella y por el bebé.

—Sí. Quiero ser la persona que ella merece y la persona que nuestro hijo va a necesitar.

—Entonces hazlo de la manera correcta. Sin prisas, sin juegos; sé honesto con ella y contigo mismo.

En esos pocos meses había cambiado mi forma de pensar, había madurado y estaba preparado para asumir la responsabilidad de mis actos.

—Gracias, hermano. Lo tendré presente.

Estaba decidido a hacerlo todo bien esta vez.

No solo como director ejecutivo de la empresa, sino como padre y como el hombre que Daniela merecía a su lado.

Era una nueva oportunidad, y no iba a desperdiciarla.



«En sus ojos no veía solo el reflejo de mi amor, sino las promesas de mil mañanas llenas de alegría.»

DANIELA ALMEIDA

Los días fueron pasando a cámara lenta y, cuando me di cuenta, ya estaba en el tercer mes de gestación.

Intenté centrarme solo en mi trabajo y en el bebé que crecía en mi vientre, pero de vez en cuando mis pensamientos se dispersaban y acababan volviendo a Dionisio, junto con muchas otras cosas que se agolpaban en mi mente.

En los últimos días habíamos hablado bastante, sobre todo acerca de nuestro bebé, pero percibía algo distinto en él, como si quedaran restos del hombre del pasado del que me enamoré.

No es que su nueva versión fuera mala; simplemente, aún no me había acostumbrado a ella.

El problema era que sentía que, en algunos momentos, nuestras conversaciones estaban impregnadas de una tensión sexual palpable, y me resultaba difícil controlarme. Aun así, ambos sabíamos que acercarnos demasiado era peligroso para los dos.

—¿Crees que a Carol le gustará, amiga? —preguntó su hermana, Ana Júlia, con cierto nerviosismo.

—¡Claro que sí! ¿A quién no le gusta una sorpresa de vez en cuando?

Estábamos en la mansión de Theodore y ese día era el cumpleaños de Carol. Cumplía veinticuatro años.

Ya había muchas personas allí, incluido Dionisio con su hijo. Heitor no dejaba de mirarme, con gesto desconfiado, y sabía que era por el bebé que llevaba en el vientre.

Cuando Carol llegara y la fiesta comenzara de verdad, pensaba hablar con él.

Al cabo de unos minutos, llegó a la mansión y, nada más entrar en el jardín, se llevó un susto enorme cuando todos gritamos «¡Sorpresa!» al mismo tiempo.

La expresión en el rostro de Carol no tenía precio: una mezcla de asombro y alegría. Se llevó las manos a la boca, visiblemente emocionada.

—¡Sois increíbles! —exclamó, con lágrimas en los ojos—. ¡No me lo esperaba!

Todos nos acercamos para felicitarla. Las amigas, incluida su hermana y Marcela, sonreían al verla tan feliz.

La mansión estaba decorada con globos de colores, pancartas de feliz cumpleaños y una mesa de dulces que parecía sacada de un cuento de hadas.

A Carol le encantaban los dulces; tenía algo de niña, y por eso Ana Júlia había tenido aquella idea.

El jardín rebosaba vida, con música sonando de fondo y niños corriendo por todas partes.

Después de saludar a todo el mundo, me acerqué a ella para felicitarla también.

—Que seas muy feliz, amiga —dije, abrazándola.

—Gracias por esto, Dani.

—Pero si yo no he hecho nada.

Entrecerró los ojos, desconfiada.

—Sé que ayudaste a mi hermana con todo esto. Puedes confesarlo.

—Bueno… un poco.

Sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

—Hablo en serio. La universidad me está agotando y necesitaba un momento así. Gracias por ayudarla, amiga.

—Para eso están los amigos.

Charlamos unos minutos más y, cuando se marchó, me quedé observando a alguien. A un niño.

Me aparté un poco, mirando a Heitor jugar con otros niños.

Parecía tan feliz y despreocupado que eso me hizo sonreír.

No tardó en verme y salió corriendo hacia mí.

—¡Hola! —exclamó, con una sonrisa enorme—. ¿Jugar?

Resultaba gracioso verlo hablar, ya que estaba a punto de cumplir tres años.

—Claro, Heitor —respondí, sonriendo—. Vamos.

Me encontré en medio de los hijos de Ana y de Marcela y puedo decir que hacía mucho tiempo que no me sentía tan a gusto.

Participar en el juego con los niños fue una distracción bienvenida. Por un momento, pude olvidar las complicaciones de mi vida adulta y limitarme a disfrutar.

En mitad de la fiesta, Dionisio se acercó con discreción.

Al principio parecía un poco indeciso, pero aun así se unió a nosotros.

—Parece que se te dan bien —comentó, observándonos mientras jugábamos.

—En el fondo, me gustan los niños. Tienen una energía contagiosa —respondí, mientras lo miraba.

Hubo un instante de silencio entre nosotros, un silencio cómodo, pero cargado de significados no dichos.

Era evidente que aún quedaba mucho por resolver entre los dos, pero por el momento estábamos allí, juntos, compartiendo un instante sencillo y feliz.

—Heitor, hijo, ven aquí —el niño se acercó y se quedó a su lado —. ¿Qué querías pedirle a ella?

Los observé a ambos y vi al pequeño sonreír, muerto de vergüenza.

—¿Cómo así?

—Puedes decirlo, hijo. No hace falta que te dé vergüenza.

—¿Puedo tocar tu barriga como mi papá?

Me sorprendió la pregunta, pero no pude evitar sonreír al ver la inocencia y la curiosidad en los ojos de Heitor.

Miraba mi vientre con una mezcla de interés y admiración, como si intentara comprender el misterio que escondía.

—Claro que puedes, Heitor —le expliqué, agachándome para quedar a su altura.

Heitor asintió con entusiasmo y apoyó su pequeña mano sobre mi barriga, con los ojos muy abiertos, llenos de expectación.

Miré a Dionisio, que observaba la escena con una expresión serena, pero cargada de emoción.

—Todavía es pronto para sentir al bebé moverse, pero dentro de poco empezará a dar pataditas y podrás notarlo —le expliqué.

Heitor pareció fascinado con la idea y miró a Dionisio.

—Voy a ser mayor, ¿verdad, papá?

—Sí, lo serás —respondió Dionisio con orgullo—. Y vas a ser el mejor hermano mayor del mundo.

Había una calidez en aquel momento, una sensación de conexión y de familia que me envolvió de forma inesperada.

Por un instante, pude imaginar cómo sería nuestra vida con el nuevo bebé, la relación entre Heitor y su hermanito o hermanita, y el papel que Dionisio y yo tendríamos en esa nueva dinámica.

La fiesta continuaba a nuestro alrededor, pero aquel pequeño momento, ese instante de conexión entre los tres, quedó grabado en mi memoria.

DIONÍSIO SALVATORE

Observar a mi hijo interactuar con su hermano o hermana y con Daniela despertó sensaciones distintas en mi cuerpo, como si una nueva puerta se abriera ante mí.

La posibilidad de una familia reunida, de momentos compartidos y de lazos fortalecidos era algo que no había contemplado plenamente hasta ese instante.

Ver a Daniela allí, interactuando con Heitor, me hizo darme cuenta de hasta qué punto ya formaba parte de nuestra vida de una manera que no había querido admitir antes.

El cariño y la paciencia que mostraba con mi hijo parecían transformarme poco a poco. Era como si, pese a todos los obstáculos y a las heridas del pasado, aún quedara una llama encendida entre nosotros.

Sabía que las cosas entre nosotros seguían siendo complicadas, que había un camino largo y quizá doloroso por recorrer para entendernos de verdad y sanar las cicatrices del pasado.

Sin embargo, en aquel momento, con la mano de Heitor sobre el vientre de Daniela, sentí un destello de esperanza.

Había algo profundo que nos unía; lo sabía.

Al cabo de unos minutos, mi hijo se alejó y volvió a jugar con los demás niños. Aun así, podía ver lo feliz que estaba, y sabía que hablaba de su hermano o hermana.

—Gracias por esto —dije, rompiendo el silencio.

—No pasa nada. ¿Lo pidió porque te vio hacerlo a ti?

—Sí. Mi hijo es muy observador y a veces le gusta imitar algunos de mis gestos. Además, está entusiasmado con la idea de ser hermano mayor.

—¿Y tiene alguna preferencia?

—Heitor dice que será una niña. Yo no tengo ninguna; lo importante es que nazca sana. Y va a nacer —respondí con determinación, consciente de que eso seguía siendo un trauma en la vida de Daniela… y también en la mía.

—Esta vez va a salir todo bien.

—Lo sé, Daniela. Y no voy a separarme de tu lado, aunque quieras.

—Ahora mismo no quiero, así que solo procura no meter la pata, porque en eso eres muy bueno.

Me sorprendió ligeramente su comentario, aunque no demasiado; al fin y al cabo, siempre había sido así, decía las cosas a la cara.

—Esa es la Daniela que conozco.

Sonrió de esa manera bonita a la que me había acostumbrado, apartándose un mechón de pelo castaño detrás de la oreja.

—En la mayoría de los casos, decir lo que uno piensa es algo bueno.

—No voy a rendirme contigo, Daniela. Voy a reconquistarte y a demostrarte que no soy el hombre de aquel día en que te llevé a cenar e hice aquello. Te lo prometo.

Creo que no esperaba esas palabras, porque durante unos segundos no dijo nada; simplemente se quedó mirándome.

—¿Por qué… dices eso?

—Tú misma dijiste que es bueno decir lo que pensamos la mayor parte del tiempo, y eso es lo que estoy haciendo —expliqué, acercándome un poco más—. Sé que nos equivocamos y que te utilicé hace meses por una venganza absurda, pero quiero que sepas que he cambiado. Ese Dionisio que volvió de Europa, lleno de rencor y resentimiento, ya no es quien soy ahora. Quiero una nueva oportunidad, Daniela. Una oportunidad para demostrar que soy un hombre mejor, un padre mejor… y, quién sabe, quizá un mejor compañero para ti. No tiene que ser ahora; soy paciente y te lo demostraré con hechos.

Me miró con una expresión en la que se mezclaban la sorpresa y la cautela. Sabía que mis palabras no borrarían los errores del pasado, pero necesitaba que supiera que mi arrepentimiento era sincero.

—No sé qué decirte.

—No tienes que decirme nada. Solo quería que lo supieras. Te daré todo el tiempo que necesites. Quería que conocieras lo que hay en mi corazón, y tú estás en él. Siempre lo has estado.

Entonces sonrió levemente, y supe que, pese a todo, aún había esperanza para nosotros.

Una esperanza frágil, pero real. Y a eso me aferraría.

Quería algo más que ser un buen padre para Heitor y para el nuevo bebé; quería ser alguien en quien Daniela pudiera confiar, alguien a quien pudiera volver a amar.

Ese era mi papel como hombre, y lo cumpliría costara lo que costara.



«Él era la calma tras cada tormenta de mi vida, un refugio sereno donde todo miedo y toda duda se disipaban.»

DANIELA ALMEIDA

Aún me gustaba su compañía.

A veces, mi cabeza me decía que lo mejor era alejarme de Dionisio; sin embargo, mi corazón parecía querer algo totalmente distinto.

Era una lucha dura, pero poco a poco me daba cuenta de que él realmente me quería cerca, aunque yo no volvería a pasar por lo que hizo cuando regresó.

De ninguna manera.

—La conversación estaba interesante ahí, ¿eh?

Sabía que ese tema saldría a relucir, así que me limité a sonreír.

—No confundáis las cosas, chicas. Heitor solo quería sentir un poco al bebé…

Ahora estábamos las cuatro juntas: Marcela, Ana Júlia, Carol y yo.

—Pero la forma en que te miraba, Dani, era distinta —intervino Marcela, con una mirada pícara—. Está clarísimo que Dionisio todavía siente algo por ti. Y no hace falta fijarse mucho para notarlo. Aunque nos fijamos.

Todas estallamos en carcajadas, yo incluida.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes con respecto a él ahora mismo? —preguntó Ana Júlia, curiosa.

Respiré hondo, intentando poner en palabras mis sentimientos, algo especialmente difícil cuando se trataba de Dionisio Salvatore.

—Es complicado. Todavía siento algo por él, no puedo negarlo. Pero después de todo lo que pasó, voy con cautela. No quiero volver a salir herida —admití, con una mezcla de vulnerabilidad y sinceridad—. No voy a volver a hacerme daño.

—Es comprensible, Dani —dijo Carol, apoyándome—. Tienes todo el derecho a protegerte. Pero parece que él lo está intentando, ¿no?

—Sí, lo está. Y Heitor es un amor —comenté, sonriendo al recordar al pequeño, que parecía tan feliz al estar cerca del bebé—. Está encantado con la idea de ser hermano mayor.

—Eso es realmente adorable. Parece que Heitor va a ser un hermano estupendo —añadió Marcela, sonriendo.

—¿Y tú, Dani? ¿Ya te estás preparando para volver a ser madre? —preguntó Ana Júlia, cambiando un poco el rumbo de la conversación.

—Lo estoy intentando. Me tomo cada día como un día nuevo y trato de absorber todo lo que puedo. Aún hay muchas cosas que organizar y preparar, pero estoy ilusionada. Es una mezcla de nervios y alegría —expliqué, sintiendo un torbellino de emociones solo de pensarlo.

—Vas a ser una madre increíble, Dani —dijo Carol con entusiasmo—. Y si necesitas cualquier cosa, sabes que nosotras tres estamos aquí.

—Gracias, chicas. De verdad estoy muy agradecida por todo el apoyo que me dais —respondí, sintiéndome arropada por su amistad.

Pasamos un buen rato charlando sobre temas variados, desde planes de futuro hasta las cosas más triviales del día a día.

Era reconfortante tener un momento de distensión, sobre todo en medio de tantos cambios y desafíos en mi vida.

Luego cambiamos de tema y Carol empezó a hablar de la sorpresa de su cumpleaños.

—¡La fiesta sorpresa fue increíble! De verdad me pillasteis por completo. Jamás me habría imaginado algo así. Ha sido uno de los mejores cumpleaños de mi vida.

Reímos juntas al recordar la expresión de sorpresa en su rostro aquella tarde.

—Fue precioso verte feliz, hermana. Te mereces todo lo bueno.

Seguimos hablando de la rutina, del trabajo, de la familia y de otros asuntos ligeros.

Era bueno estar con ellas, sentir el apoyo y la amistad que compartíamos.

A pesar de los retos y las incertidumbres de mi vida, sabía que podía contar con ellas, y eso me daba fuerzas para afrontar lo que

viniera.

DIONÍSIO SALVATORE

—Deben de estar hablando de ti.

—¿Por qué crees eso, Theodore?

—No lo sé. Es solo una corazonada.

Observé a las mujeres conversando al otro lado del jardín, pero la única persona que veía era ella, la única mujer a la que he amado en mi vida.

—Si mi hermano no hubiera metido la pata utilizando a Daniela cuando volvió, probablemente ahora estaríais juntos —me soltó Dante a la cara, y tenía razón.

—No sé si me arrepiento de ello, hermano.

—¿Qué te pasa? ¿Cuál es tu problema?

—No es eso. Si no hubiera hecho aquello, ella… no estaría embarazada. Y, en cuanto al embarazo, no tengo nada de lo que quejarme; en realidad creo que ha sido una bendición en nuestras vidas, sobre todo en la suya.

—¿Lo dices por la pérdida de vuestras hijas hace años?

—Sí. Ahora entiendo su lado —expliqué, retrocediendo mentalmente en el tiempo—. Ella las llevó en su vientre, estuvo con ellas las veinticuatro horas del día y ya las amaba. No es que yo no sintiera lo mismo, pero sé que el amor de una madre es distinto. Y puedo decirlo por nuestra madre, que pasó por muchas cosas con nuestro padre, pero jamás se alejó de nosotros. Entiendo por qué quiso aislarse, y aislarme, y ahora ya no la juzgo.

—Ese sí que es un pensamiento maduro.

—Por fin estás empezando a ver las cosas desde otra perspectiva —intervino Theodore—. Es un gran paso, Dionisio. Reconocer el error y comprender el punto de vista del otro es fundamental para crecer.

—Solo desearía que las cosas hubieran sido diferentes, que hubiera actuado de otra manera en el pasado —confesé, con un peso oprimiéndome el pecho—. Pero no puedo volver atrás y ahora lo único que puedo hacer es intentar ser lo mejor para Daniela y para nuestro bebé.

Dante apoyó la mano en mi hombro, mostrándome su apoyo.

—Ahora tienes una nueva oportunidad. Eso es lo que de verdad importa.

—Tienes una oportunidad de oro para arreglar las cosas —añadió Theodore—. Y, por lo que veo, de verdad amas a Daniela. No te rindas; conozco bien a mi prima y sé que es difícil y no da el brazo a torcer, pero también sé que te ama. Siempre te ha amado.

Asentí, consciente de que tenían razón.

Volví a mirar en dirección a Daniela, con una mezcla de esperanza y determinación.

—No voy a desperdiciar esta oportunidad. Haré lo que sea necesario para arreglar las cosas y, quién sabe, quizá algún día Daniela y yo podamos reconstruir lo que tuvimos.

Los tres nos quedamos en silencio unos instantes, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Había llegado el momento de corregir mis errores y construir un futuro mejor, no solo para mí, sino también para mi familia.



Me quedé un rato con mi hijo, que aún estaba a mil por hora.

Había agotado a los niños mayores, y yo sabía que su energía parecía inagotable.

En Europa no convivía con muchos niños pequeños; estaba casi siempre conmigo. Yo me ocupaba de él la mayor parte del tiempo y, de hecho, prefería trabajar y estudiar desde casa para poder estar a su lado.

Corría por el jardín, y sus risas y gritos de alegría llenaban el aire.

No pude evitar sonreír al ver lo feliz que estaba rodeado de otros niños. Era un contraste marcado con nuestra vida en Europa, donde pasaba la mayor parte del tiempo solo conmigo.

Me esforzaba por equilibrar trabajo y estudios, todo para asegurarme de poder estar con él el mayor tiempo posible.

Observando a Heitor jugar, me daba cuenta de lo importante que era para él tener esas interacciones sociales, algo de lo que antes había carecido.

El cambio a Brasil había sido beneficioso en ese sentido. Estaba desarrollándose, creciendo, y me sentía orgulloso de ello.

Además, estaba cerca del resto de nuestra familia.

Mientras jugaba, mis pensamientos inevitablemente se dirigieron al bebé que tendría con Daniela.

Me preguntaba cómo sería la dinámica entre ellos, cómo se adaptaría Heitor a ser hermano mayor. Quería asegurarme de que se sintiera querido e importante, incluso con la llegada de un nuevo miembro a la familia.

—Hijo, ¿te gusta más aquí o donde vivíamos antes? —le pregunté, y su respuesta fue inmediata.

—Aquí, papá.

—¿Entonces no quieres volver?

—No. Aquí —dijo, incluso con un punto de nerviosismo, y supe que no estaba bromeando.

—Entonces nos quedamos aquí.

—¿La hermanita también?

—Sí.

Intenté explicarle varias veces que aún no sabíamos si sería niño o niña, pero en su cabeza ya estaba decidido.

Para mí, lo importante era que naciera sano.

Me quedé con mi hijo un poco más y, poco a poco, su batería social fue agotándose, hasta que se quedó dormido rápidamente.

Me veía reflejado en Heitor y deseaba que, en el futuro, se sintiera orgulloso del padre que tenía.



«Ella era el capítulo más hermoso de mi vida, una historia de amor que quería leer y releer infinitamente.»

DIONÍSIO SALVATORE

—Theodore me enseñó muchas cosas, y ahora quiero transmitir esa experiencia y esa práctica a vosotros…

Estaba en uno de los auditorios de la empresa, reunido con inversores y algunos empleados destacados.

La reunión era crucial para hablar del crecimiento de la compañía y planificar las estrategias futuras. Yo estaba concentrado, presentando los datos, los gráficos de crecimiento y explicando las nuevas políticas que se implementarían.

Cada palabra que pronunciaba estaba medida, cada gesto cuidadosamente calculado para transmitir confianza y competencia.

Sabía que el éxito de la empresa dependía en gran parte de momentos como aquel, y estaba decidido a continuar el legado de Theodore, mi antiguo jefe y mentor.

—He tenido contacto con la mayoría de vosotros cuando me convertí en el secretario personal de Theodore, y conozco perfectamente el funcionamiento de la empresa. Por eso, quiero pedir a cada uno de vosotros que confíe en mí durante los próximos meses.

Mientras recorría la sala con la mirada, esta se detuvo brevemente en Daniela.

Estaba atenta, anotando algo en su cuaderno. Cada vez que la veía, no podía evitar sentir una mezcla de admiración y orgullo.

Su vientre crecía de forma visible, y aquello me provocó una alegría inesperada en mitad de la reunión.

Era un recordatorio de nuestro futuro juntos, un futuro que no solo incluía la empresa, sino también a nuestra familia.

Había aprendido a conquistar las cosas con el paso de los años, y deseaba que Daniela fuera mi mayor conquista.

Aparté la mirada y volví a centrarme en la reunión.

—Los próximos trimestres serán decisivos para nuestra expansión en el mercado internacional —continué, retomando el discurso.

Tenía que mantener el foco y asegurar que la empresa siguiera por el camino del éxito.

Pero, en el fondo, sabía que mi vida estaba cambiando, y que esos cambios iban mucho más allá de los muros de la empresa.

Estaban, en realidad, más cerca de lo que podía imaginar, latiendo con fuerza en mi corazón cada vez que miraba a Daniela de reojo.

—Si alguien tiene alguna duda o sugerencia sobre los nuevos procesos, no dudéis en decírmelo.

Ninguno de los presentes parecía tener preguntas.

Al terminar la reunión, varios empleados se acercaron para comentar ideas y estrategias.

Daniela, en cambio, recogía sus notas, preparándose para marcharse.

La observé con discreción, fijándome en el cuidado con el que se movía, como si protegiera a nuestro bebé a cada paso.

Decidí acercarme a ella. Quería hablarle, aunque solo fuera un instante.

—¿Cómo estás? —pregunté cuando estuve a su lado.

Me miró con una expresión de sorpresa y cautela.

—Estoy bien, y el bebé también.

Estaba a punto de entrar en el cuarto mes de embarazo, y el tiempo parecía pasar demasiado rápido.

—Estuviste muy atenta durante la reunión. ¿Tienes alguna sugerencia o preocupación que quieras comentarme? —pregunté, intentando mantener la conversación en un terreno seguro y profesional.

Hizo una breve pausa, revisando las páginas de sus notas antes de responder.

—En realidad, he estado pensando en algunas de las estrategias que mencionaste. Creo que podemos expandirnos aún más en ciertas áreas.

Empezó a detallar sus ideas, y yo me concentré en cada palabra, impresionado por la claridad de su razonamiento.

Mientras hablaba, volví a reconocer a la mujer inteligente y competente de la que me enamoré.

Su pasión por el trabajo y su capacidad para pensar de forma estratégica siempre me habían fascinado.

Eso fue lo que nos unió.

Un solo proyecto en el pasado fue suficiente para que me enamorara de ella, de la forma en que amaba lo que hacía.

Y yo amaba cada parte de ella.

—Son ideas excelentes. Si quieres, podemos profundizar más en ello aquí en la empresa —respondí, sinceramente interesado, porque eran puntos en los que no había pensado a corto plazo.

Ella asintió, satisfecha por haber sido escuchada y reconocida.

—De acuerdo. Prepararé un informe más detallado y te lo enviaré antes de que termine la semana.

—Perfecto.

Seguí observándola, o mejor dicho, admirándola, y fue inevitable que mi mente regresara al pasado. Sin embargo, el foco ahora era otro, y yo era lo bastante profesional como para centrarme en lo que realmente importaba en ese momento.

—¿Qué pasa?

—Solo estaba pensando en el primer trabajo que hicimos juntos.

—Ah, aquel proyecto —dijo, con una leve sonrisa dibujándose en sus labios—. Fue todo un reto. Pero creo que fue allí donde

empezamos a entendernos mejor como profesionales… y un poco más que eso.

—Fue una etapa interesante. Estuvimos en lados opuestos en muchas discusiones. Pero la forma en que defendías tus ideas… eso me impresionó.

—Sí, teníamos nuestras diferencias —admitió Daniela, con la nostalgia reflejada en el rostro—. Pero creo que esas diferencias nos hicieron crecer. Tanto profesional como personalmente.

—Es cierto, y aprendí mucho de ti en aquel proyecto.

—Yo también —añadió, mirándome—. A pesar de todo, ese proyecto fue un punto de inflexión en mi carrera… y en mi vida personal.

Me di cuenta de que no se refería solo al trabajo, sino también al inicio de nuestra relación. Ese recuerdo despertó una mezcla intensa de sentimientos.

—Me alegra saber que fue algo importante para ti. Espero que en el futuro podamos trabajar en más proyectos juntos.

Asintió, como si estuviera sopesando mis palabras.

—Estaría bien. Al fin y al cabo, tenemos una buena dinámica de trabajo —dijo, y durante un instante nuestras miradas se encontraron, compartiendo una comprensión silenciosa.

Los dos sabíamos que, a pesar de los desafíos, aún había mucho que podríamos lograr juntos, tanto en la empresa como en nuestra vida personal.

La conversación terminó con un acuerdo tácito: independientemente de lo que el futuro nos deparara, ninguno de los dos olvidaría el pasado.

DANIELA ALMEIDA

Durante varios días estuve pensando en la conversación que tuve con Dionisio después de la reunión en la que participé. Verlo crecer profesionalmente me alegraba enormemente. Yo era la persona que más lo apoyaba para que persiguiera sus sueños y fuera feliz por encima de todo y de todos. Solo tenemos una vida y no podemos vivirla según lo que piensen los demás. Somos el centro de nuestro propio universo y debemos actuar como tal en cada momento de nuestra existencia.

Tras aquella conversación, preparé un pequeño informe con algunos puntos que quería destacar y, durante el fin de semana, le pedí hablar para exponerle todo lo que había reflexionado. En ese momento acababa de entrar en su planta y, incluso desde lejos, verlo concentrado trabajando hizo que mi corazón se acelerara. Parecía que mis sentimientos por él no habían disminuido ni un ápice, y eso era peligroso.

—¡Daniela! Pasa —me pidió, y regresé a la realidad.

—¿No estás ocupado?

—No. He organizado todo el trabajo para que pudiéramos reunirnos ahora.

Oír aquello me hizo feliz. Siempre decía que yo sería una gran gestora si lo quisiera, y era la persona que más me escuchaba hablar de trabajo, siempre con una sonrisa en la cara.

Me senté y, a continuación, dejé una carpeta sobre su mesa, quedándome con la otra.

—Bien, vayamos a lo importante —expliqué, abriendo la carpeta que había traído—. He preparado algunos puntos que creo que pueden ser interesantes para la empresa, especialmente en las áreas que comentamos en la reunión.

Dionisio se inclinó hacia delante, mostrando un interés genuino por lo que iba a decir. Sus ojos recorrieron el informe con mucha atención.

—Veo que has analizado bien los datos de rendimiento y las tendencias del mercado —comentó, señalando un gráfico—. Y estas sugerencias para optimizar nuestros procesos internos son muy acertadas.

—Sí. Creo que, con algunos cambios estratégicos, podemos aumentar la eficiencia y reducir costes de forma significativa —expliqué, desarrollando las ideas durante los minutos siguientes.

Me escuchó con atención, hizo preguntas y propuso algunas modificaciones. La conversación fluía de manera productiva y yo sentía una mezcla de profesionalidad y complicidad entre nosotros. Era como si, por un momento, todas las complicaciones de nuestro pasado se desvanecieran, dejando paso a una colaboración sólida y respetuosa, como años atrás.

—Daniela, tus ideas siempre son buenas y distintas de las mías —dijo, con un tono de admiración—. Valoro de verdad tu opinión y, como ya te he dicho, creo que tienes un talento natural para esto.

—Gracias, Dionisio. Siempre es bueno saber que puedo contribuir a la empresa, pero estoy bien donde estoy, lo prefiero así.

Se produjo una pausa en la conversación, un momento de silencio cómodo. Lo miré, fijándome en lo mucho más maduro y seguro que parecía. Era increíble ver cuánto había crecido desde que nos conocimos.

—Siempre he creído en ti, ¿sabes? —confesé, más para mí que para él—. Desde el principio supe que harías cosas increíbles si de verdad te lo proponías.

Me miró, con los ojos reflejando una mezcla de gratitud y algo más profundo, algo que no lograba descifrar del todo.

—Y yo siempre supe que estarías a mi lado, apoyándome. De una forma u otra.

Nuestras miradas se cruzaron y, por un instante, pasado y presente se entrelazaron, sacando a la superficie todos los recuerdos y sentimientos que compartíamos. En aquel momento, a pesar de todas las complicaciones, parecía que aún existía una conexión irrompible entre nosotros, y mi corazón volvió a acelerarse…



«Nuestro amor era como un río subterráneo, invisible a los ojos, pero cuya presencia se sentía en cada aspecto de nuestras vidas.»

DANIELA ALMEIDA

—Tengo que irme —dije, aunque en el fondo lo que deseaba era seguir hablando, quedarme con él.

—De acuerdo.

—Te dejaré esta carpeta para que la revises con más calma.

Me levanté y observé sus ojos castaños clavados en los míos; me resultaba difícil esquivarlos. Cuando me disponía a cruzar la puerta, recordé algo que quería decirle.

—¿Qué ocurre?

—Ayer sentí… al bebé dando una patadita.

Estaba haciéndome las pruebas con normalidad, pero no quería saber el sexo ni si había uno o más bebés en mi vientre. Cuando iba a la ginecóloga solo preguntaba si estaba sano, y en eso me centraba.

Dionisio se acercó despacio, sorprendido, pero con una sonrisa en el rostro.

—¿Puedo…?

—Claro.

Con cuidado, apoyó la mano sobre mi barriga y esperó con paciencia a que ocurriera algo. Nos quedamos allí en silencio, simplemente aguardando. El tiempo parecía haberse detenido y yo sentía cada latido de mi corazón. De repente, llegó una pequeña patada, sutil pero inconfundible.

—¿Lo has sentido? —pregunté emocionada, mirándolo.

Dionisio asintió, con el rostro iluminado por una expresión de pura alegría y admiración.

—Sí, lo he sentido. Yo… no tengo palabras —dijo, con la voz cargada de emoción.

Por un instante olvidé todas las complicaciones, todos los desafíos a los que nos enfrentábamos. Aquel era un momento solo nuestro, un lazo que compartíamos con nuestro futuro hijo.

—Gracias por dejarme sentirlo.

—No tienes que darme las gracias —respondí, invadida por una oleada de ternura—. Es importante para los dos.

Nuestras miradas volvieron a encontrarse y pude ver sinceridad y cariño en sus ojos. Era un recordatorio de que, a pesar de todo, aún había algo especial entre nosotros.

Me costaba irme; no quería hacerlo. Estaba luchando contra algo dentro de mí y no sabía quién estaba ganando.

—No quiero que te vayas de mi despacho. No quiero que desaparezcas de mi vida cuando nazca este bebé.

Oír aquello solo me confundió aún más. Sus palabras resonaron en mi interior, provocando un torbellino de sentimientos. Sentía el peso del pasado, el dolor de heridas que aún no habían cicatrizado, pero también la esperanza de un futuro que podría ser distinto.

—No podemos simplemente olvidar todo lo que pasó —dije, intentando mantener la voz firme, imperturbable.

—Lo sé —admitió con un suspiro—. Pero tampoco podemos negar lo que aún sentimos el uno por el otro, ¿no crees?

Se hizo un silencio entre nosotros, cargado de tensión y de emociones no dichas. Él se acercó despacio, acortando la distancia que nos separaba

—Dionisio, yo…

Antes de que pudiera terminar, nuestras miradas se cruzaron y sentí una fuerza irresistible tirando de mí hacia él. En un impulso, se inclinó hacia delante y sus labios se encontraron con los míos en un beso suave, y esta vez no me aparté.

El contacto era una mezcla de añoranza, de un amor no olvidado, de todas las palabras que nunca dijimos. Era como si, en aquel instante, pasado y presente se fundieran, dándonos la oportunidad de empezar de nuevo.

Sus manos se deslizaron con suavidad por mi cintura, atrayéndome hacia él. Me dejé llevar por la sensación, por los recuerdos que afloraban con cada roce. El mundo a nuestro alrededor parecía desvanecerse, dejando solo a nosotros dos y el vínculo que nos unía.

Me besó de nuevo y, esta vez, fue un beso cargado de un deseo reprimido durante largos años. Sentía cada caricia de Dionisio como un redescubrimiento, como un recuerdo vivo de la pasión que una vez compartimos con tanta intensidad en el pasado.

Era como si cada barrera, cada resentimiento, se deshiciera con aquel gesto. Era como si nuestros corazones latieran al unísono, evocando los momentos felices que habíamos compartido. La intensidad de aquel contacto despertó sentimientos dormidos, emociones que había intentado ignorar durante demasiado tiempo.

Cuando por fin nos separamos, sin aliento, nos quedamos allí, mirándonos el uno al otro, tratando de comprender qué significaba aquello para nosotros.

—Dionisio… —empecé, con la voz convertida en un susurro.

—Lo sé, Daniela —dijo, tomando mi mano—. Pase lo que pase, o digas lo que digas, no olvides que estoy aquí. Por ti, por nuestro bebé. Y, quién sabe, quizá por nosotros.

—Está bien, pero… tengo que irme.

Salí de su despacho con la mente sumida en un torbellino, aunque con una extraña sensación de esperanza. ¿Aquello era el inicio de algo nuevo o solo el reflejo de lo que ya habíamos vivido?

DIONÍSIO SALVATORE

No dejé de pensar ni un solo segundo en Daniela durante el fin de semana. Nuestra última conversación en mi despacho terminó evolucionando hacia algo nuevo, algo que llevaba tanto tiempo deseando. Sabía que nuestros caminos siempre volverían a cruzarse, estuviera donde estuviera cada uno de nosotros.

El teléfono de mi escritorio sonó de forma abrupta y, al descolgar, reconocí una voz familiar.

—¿Cómo van las cosas por ahí?

—Muy bien, Theodore.

—Solo llamaba para avisarte de que el asunto de la filial puede alargarse un poco más y que probablemente seguiré fuera de SkyLink durante algunos meses más. ¿Te supone algún problema?

—Ninguno. Ya me estoy acostumbrando al trabajo y, la verdad, me siento muy cómodo.

—Me alegra mucho oír eso, Dionisio. Sé que hice lo correcto al ponerte en mi lugar; al fin y al cabo, tienes verdadera vocación.

Seguimos hablando unos minutos más y sentía sinceramente que confiaba en mí. Al principio fue un trabajo duro, pero con algunos cambios íbamos claramente por el camino adecuado.

—Quédate tranquilo, me encargaré de todo por ti.

—De acuerdo. Hasta pronto, Dionisio.

—Hasta luego.



Este lunes trabajé sin descanso. Quería implementar algunos cambios cuanto antes, y no había nada mejor que adelantar esos procesos. Tan absorto estaba en el trabajo que me di cuenta demasiado tarde de que el ascensor se había abierto. Por lo general, pocas personas subían hasta allí sin autorización.

Me levanté, abrí la puerta de mi despacho y, al hacerlo, vi a alguien que pensé que nunca volvería a ver.

—Dionisio…

—¿Elisa…?

De repente, fue como si toda una historia se me cruzara por la cabeza, y reencontrarme con la madre de Heitor en Brasil parecía algo imposible.

—Sí, soy yo.

Se acercó con una sonrisa cautelosa en los labios. Su cabello rubio y sus ojos azules seguían hipnotizándome, como siempre lo habían hecho; aun así, sabía que aquello no era amor.

—¿Qué haces aquí, Elisa? —pregunté, sorprendido y confundido por su aparición repentina.

—He venido a Brasil por mis exposiciones; me quedaré una temporada —explicó, gesticulando con las manos con rapidez, un rasgo muy suyo—. Y quería verte.

Me esforcé por mantener la compostura, aunque la sorpresa seguía reflejándose en mi rostro.

—Es una sorpresa verte aquí —admití.

—Entonces… ¿podemos quedar algún día de estos?

La observé, y algo no encajaba en mi cabeza.

—¿No vas a decir nada ni a preguntar por nadie más?

—¿Por qué habría de preguntar?

Realmente… Al principio no me tomé en serio que fuera a abandonar a su propio hijo, pero lo hizo sin pensar en las consecuencias y, incluso ahora, ni siquiera preguntaba por él.

—¿Hablas en serio? ¿No vas a preguntar por tu propio hijo?

Apartó la mirada por un momento, claramente incómoda con la pregunta.

—Dionisio, ya sabes cómo es… mi carrera siempre ha sido mi prioridad —dijo con voz suave—. Pero te echo de menos. Nuestra historia fue importante para mí.

—¡Increíble!

—Dionisio… te dije cuáles eran mis prioridades y…

—Elisa, han pasado muchas cosas desde la última vez que nos vimos —dije, eligiendo las palabras con cuidado, tremendamente nervioso—. Voy a ser padre otra vez.

El rostro de Elisa mostró sorpresa y quizá un atisbo de decepción.

—Entonces… ¿estás saliendo con alguien?

—No.

—¿Y qué es lo que nos impide quedar entonces?

—¿Te estás escuchando? ¿Cómo puede una madre abandonar a su hijo y ni siquiera preguntar por él cuando ve al padre? ¿Qué te pasa?

—¡Muy sencillo, Dionisio! —replicó, ahora algo más seria—. Él nunca fue mi prioridad; tú sí. Te propuse viajar conmigo y dejarlo en una familia de acogida, pero tú…

—¡Mejor no sigas! —grité, furioso—. ¡Jamás abandonaría a mi hijo como hiciste tú!

—¡Nunca quise tener un hijo! —contestó, airada—. ¡Y por su culpa te perdí!

—Nunca me tuviste, empecemos por ahí.

Nos quedamos mirándonos durante varios segundos y, a cada instante, mi rabia hacia ella aumentaba.

—Dionisio, aún te amo.

—Yo no.

Salí de su alcance y abandoné mi despacho.

—Por favor… —vino detrás de mí y me rodeó la cintura, abrazándome con ambas manos.

—Suéltame, Elisa.

—Seremos solo tú y yo contra el mundo, por favor. He venido expresamente a Brasil, a esta ciudad, solo para recuperarte. Incluso he aprendido a hablar mejor portugués.

Era española y, cuando nos conocimos, ya se comunicaba bastante bien; con el tiempo fue mejorando. De hecho, en ese momento

su pronunciación era mucho mejor, pero eso no venía al caso.

—Ya te he dicho que es mejor…

De repente, oí un ruido, el ascensor se abrió y, al ver a la persona que salió de él, mi expresión cambió por completo.

—Ah… yo… vuelvo en otro momento.

—¿Quién es ella? —preguntó Elisa, pero Daniela ya había vuelto a entrar en el ascensor y me miraba fijamente; o, mejor dicho, miraba los brazos de Elisa, que rodeaban mi cintura.

—Espera, Daniela.

—Vuelvo en otro momento —dijo, sin apartar los ojos de mí, y yo entendía perfectamente aquella mirada.

Esta vez, aun sin tener culpa alguna, tendría que explicarme con Daniela y poner punto final de una vez por todas a la historia con Elisa…



«En sus ojos encontraba no solo amor, sino una invitación a un viaje eterno por los caminos del corazón.»

DIONÍSIO SALVATORE

Observé la sonrisita en el rostro de Elisa cuando me zafé de ella.

—¿Qué coño te crees que estás haciendo?

—Nada. Solo te abracé, pero cuando llegó la mujer embarazada te pusiste raro. ¿Por qué?

—No te debo explicaciones, Elisa.

—Dionisio…

—Vete. De lo contrario, tomaré medidas que no te van a gustar y meteré tu trabajo de por medio.

Aquellas palabras la hicieron retroceder un paso y su expresión cambió de forma abrupta. Amaba su trabajo hasta el punto de haber abandonado a su único hijo.

—Solo estás nervioso, pero te daré tiempo para que pienses en nosotros dos.

—¿Cómo dices?

—Volveré, y sé perfectamente cómo encontrarte. No vendría a otro país sin conocer al menos lo básico sobre el CEO de SkyLink —respondió, con una sonrisa burlona en los labios—. Aún nos veremos, y voy a recuperarte.

—Elisa…

—Me voy ahora, pero no tardaré en volver a verte. Es una promesa…



Tenía la cabeza completamente saturada, pero fui al departamento de Daniela, y la mayoría de la gente ya se había marchado, ya que el horario había terminado. Varias veces llamé a su móvil, pero no me contestó.

No podía estar pensando que…

Aparté esa idea de mi mente. Estoy intentando reconquistarla poco a poco, y no sería la madre desnaturalizada de Heitor quien echara todo eso a perder.

Volví a llamar algunas veces más a su móvil, sin obtener respuesta, pero cuando ya me preparaba para salir de la empresa, recibí un mensaje suyo.

«Mañana hablamos».

No sabía qué significaban exactamente esas simples palabras, pero al menos tendría la oportunidad de explicarle quién era aquella mujer, y deseaba con todas mis fuerzas que creyera en mí…

DANIELA ALMEIDA

Menos mal que hoy iba a salir a despejarme un poco. Lo confieso: estaba ansiosa por volver a ver a Dionisio después de nuestro beso, e incluso soñé con él la misma noche en que ocurrió. Era como si todo estuviera encajando… hasta hoy.

Había algo que no cuadraba en la escena que presencié en la última planta, y siempre he sido muy observadora con las personas. Dionisio no parecía cómodo en aquella situación y, cuando me miró, daba la impresión de estar pidiéndome ayuda. Pero aquella mujer… había algo distinto en ella, como si se estuviera divirtiendo con lo que pasaba y, al verme, una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro, como si comprendiera perfectamente la situación y la disfrutara.

Después de darme una buena ducha, me arreglé para salir y, cuando salí de casa, Carol ya me esperaba en la puerta.

—¿Vamos, amiga?

—Sí.

Me subí al coche, pero durante el trayecto hasta el centro comercial me quedé en silencio, dándole vueltas a lo que había sucedido.

—¿Qué te pasa?

—Algo raro.

—¿Cómo que raro?

Le expliqué la situación, así como la reacción de Dionisio y de aquella mujer cuando salí del ascensor.

—¿Dionisio siendo agarrado por detrás?

—Sí. Pero hay algo extraño que no logro identificar.

—¿Y si…?

Carol se quedó callada, pero negó con la cabeza, como si descartara lo que estaba pensando.

—Dilo, amiga.

—Se me ha ocurrido algo, pero sería muy complicado.

—¿Que esa mujer sea la madre de Heitor? —pregunté, y ella arqueó las cejas antes de asentir.

—Eso mismo. Pero por lo que me has contado, vive en Europa, así que sería difícil que fuera ella, ¿no?

—Sí, pero no lo descarto, sobre todo porque yo pensé exactamente lo mismo. Desde que volvió, nunca había visto a Dionisio tan desconcertado, pero ¿por qué motivo regresaría ella?

—¿Por el hijo?

Al oír eso me alarmé, porque, de alguna manera, podría haber vuelto con la intención de quitárselo, y eso destrozaría a Dionisio.

—No lo sé, amiga.

—¿Y qué vas a hacer?

—Mañana hablaré con él. Sé que no me debe explicaciones, pero estoy preocupada. Había algo que no encajaba en esa situación y necesito saber quién era esa mujer y por qué tengo la sensación de que va a ser un problema.

—Está bien. Hoy vamos a disfrutar de la película; mañana ya nos preocuparemos por eso.



Logré dejar de pensar un poco en la situación del trabajo hoy y hablé de temas variados con Carol, pero aún no le había contado algo importante a mi amiga.

—¿Sigues pensando en lo que viste antes?

—En realidad, amiga, tengo que contarte una cosa.

—¿Qué ha pasado?

—Dionisio y yo… nos besamos a principios de semana.

—¡No me digas!

Le expliqué cómo ocurrió, describiendo cada detalle del momento, desde la aproximación sutil hasta el beso que pareció encender algo antiguo dentro de mí.

—Ese beso… me hizo recordar el pasado, los momentos felices que vivimos —confesé, sintiendo una mezcla de confusión y nostalgia.

Carol me miró con una expresión seria, pensativa.

—Dani, esto es complicado. Sabes que Dionisio aún siente algo por ti, y ese beso no hace más que confirmarlo. Pero tienes que pensar en lo que realmente quieres. ¿Sigue significando tanto para ti?

—Sí —respondí con determinación.

—Actúas como si todavía tuvieras sentimientos por él, pero lo preguntaba solo por saberlo. Amiga… no te precipites al tomar una

decisión. Date tiempo para entender qué es lo que de verdad quieres.

Tenía razón.

Mis sentimientos por Dionisio seguían siendo fuertes y parecían estar despertando poco a poco.

—¿Eso es lo que harías tú en mi lugar, Carol?

—Sinceramente, no lo sé. Cada situación es distinta, Dani. Pero si yo estuviera en tu lugar, intentaría comprender primero mis sentimientos. Necesitas saber si estás preparada para arriesgarte de nuevo con él, sobre todo ahora, con el bebé en camino —respondió Carol, con un tono de voz prudente.

—Sí, tienes razón. Aún hay muchas cosas sin resolver entre nosotros y no quiero que nuestros problemas afecten a nuestro hijo.

Carol asintió y apoyó la mano sobre la mía.

—Exacto. Piensa en lo que es mejor para ti y para el bebé. Dionisio puede estar intentándolo, pero tú también tienes que estar preparada.

—Necesito resolver esto conmigo misma antes de tomar cualquier decisión sobre nosotros dos, pero también necesito entender qué fue lo que pasó hoy.

Carol asintió y me dedicó una sonrisa cómplice.

—Estoy aquí para lo que necesites, Dani. Recuérdalo.



«Él era la poesía que daba ritmo a mis días, cada gesto y cada palabra una estrofa de amor que llenaba mi corazón de alegría.»

DANIELA ALMEIDA

Nada más llegar al trabajo, Dionisio pidió que subiera a su planta, y obedecí de inmediato. Fuera lo que fuese aquella situación, lo mejor era hablarlo cara a cara.

—Necesito explicarte algunas cosas, Daniela —dijo nada más sentarme, y yo fui directa al grano.

—Es la madre de Heitor, ¿verdad?

—Sí.

Por lo general, mis instintos no fallaban, y la forma en que lo observaba, así como el cambio en su expresión cuando me vio, lo

confirmaban.

—Apareció aquí sin avisar y yo también me llevé una sorpresa —continuó Dionisio, visiblemente incómodo con la situación—. Está en Brasil por unas exposiciones de arte y no sé cuánto tiempo piensa quedarse.

Permanecí en silencio, intentando asimilar la información. La presencia de la madre de Heitor lo complicaba todo y no tenía claro cómo me sentía al respecto. No tenía un buen presentimiento sobre ella.

—Imaginé que sería ella por la manera en que me miró.

—Y… no preguntó por Heitor. Su interés parecía centrarse únicamente en mí —añadió Dionisio, mirándome directamente a los ojos—. Pero quiero que creas cuando te digo que no hay nada entre nosotros. Nuestra relación terminó hace años.

—¿Dejó claro que te quería?

—Sí. No sé hasta qué punto lo de las exposiciones es cierto, pero eso sí lo dejó muy claro.

Dionisio no parecía estar mintiendo.

—Te creo, Dionisio —afirmé, intentando mantener la calma pese a las emociones que se agitaban dentro de mí—. Solo me preocupa lo que pueda querer. Al fin y al cabo, es la madre de Heitor y, aparentemente, está más interesada en ti que en su propio hijo. No sé si… —me detuve; mi mente había ido demasiado lejos.

—Continúa, Daniela.

—Tengo miedo de que utilice a su hijo para algo relacionado contigo.

Él parecía preocupado; al fin y al cabo, ella estaba en otro país.

—Yo también estoy confundido con todo esto y necesito averiguar si este viaje esconde algo más. Intentaré entender qué es lo que realmente quiere. Pero quiero que sepas que mi compromiso contigo y con nuestro bebé no va a cambiar.

—Lo sé y… confío en ti —aseguré, sintiendo una mezcla de alivio y aprensión.

—Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos.

Se produjo un silencio entre nosotros, un silencio reflexivo. Era evidente que la situación con la madre de Heitor era delicada, pero tenía la esperanza de que se resolviera cuanto antes.

—De acuerdo.

—Vamos a manejarlo de la mejor manera posible. Ahora tenemos que centrarnos en lo más importante: nuestro bebé, porque, además, está creciendo muy rápido, sea niño o niña.

De reojo, miró mi vientre y esbozó una sonrisa.

—¿Tú también lo crees? —pregunté, acariciándolo, maravillada por la sensación.

—Sí —respondió, observándolo con una mezcla de admiración y alegría—. Y cada vez que lo veo, me dan aún más ganas de estar presente en tu vida y en la del bebé.

Sonreí, tocándome el vientre con suavidad.

—Ya lo estás. De muchas maneras —dije, sintiendo un atisbo de gratitud y cariño—. Y te lo agradezco.

Dio un paso más cerca, con la mirada aún fija en mi vientre.

—Solo quiero lo mejor para vosotros dos. Y haré lo que sea necesario para garantizarlo. Nada va a interferir en tu embarazo, tienes mi palabra.

Los dos sabíamos que la situación con la madre de Heitor podía traer desafíos inesperados, pero la confianza entre nosotros parecía estar recuperándose. Su compromiso conmigo y con nuestro bebé era incuestionable.

—Y sé que lo harás. Ahora creo que es mejor que vuelva al trabajo —dije, preparándome para salir del despacho.

—Claro, yo también tengo que resolver algunas cosas. Y si necesitas lo que sea, aquí estoy.

—Gracias.



¿Y entonces, quién era la zorra?

Sutil, Carol, pero no podía decir nada porque yo también era así.

«Como pensábamos, era la madre de Heitor».

Respondí al mensaje y volví a mi departamento. No es que aquello cambiara nada en ese momento, pero necesitaba mantener el foco en mi trabajo y en mi propia vida. La situación con la madre de Heitor, aunque complicada, no podía distraerme de lo que realmente importaba: mi carrera y la llegada de mi bebé.

—Daniela, ¿estás bien? —preguntó Marcela, observando mi expresión pensativa.

—Sí, solo… pensando en algunas cosas.

—Si quieres hablar, aquí estoy —se ofreció, con una mirada solidaria.

Le agradecí con una sonrisa. Era reconfortante tener amigos a mi lado en momentos así. Esperé a que Ana Júlia regresara y les conté a las dos lo que había ocurrido en el despacho de Dionisio cuando subí para hablar de la investigación que había hecho sobre la empresa.

—¡Dios mío! ¿Y ahora qué? —preguntó Ana Júlia, claramente preocupada.

—Solo estoy un poco confundida, pero esto no va a afectar a mi vida. Dionisio dijo que ya no tiene nada con ella y que va a resolver esta situación.

—Es complicado, pero creo que está siendo sincero. Dionisio parece realmente comprometido contigo y con el bebé —opinó Marcela, con expresión reflexiva.

—Eso espero. Parece que esta vez quiere hacer las cosas bien.

—¿Y tú? ¿Cómo te sientes con respecto a él? —preguntó Ana Júlia, con una mirada curiosa.

También les había contado lo del beso y que, nos gustara o no, nos estábamos acercando de nuevo.

—Todavía tengo sentimientos por él, no lo voy a negar. Solo estoy siendo más cauta. Después de todo lo que hemos pasado, no quiero precipitarme en nada.

—Lo más importante ahora es que te centres en tu bienestar y en el del bebé. Pase lo que pase entre tú y Dionisio, tienes un futuro brillante por delante, tanto como madre como profesional —afirmó Marcela—. No dejes que esa mujer te estorbe; al fin y al cabo, nosotras, las brasileñas, somos mucho mejores.

Me reí y asentí enseguida.

—Mucho mejores, sí, amiga…

DIONÍSIO SALVATORE

—¿Necesitas algo?

—Sí, y lo necesito rápido.

Tenía un investigador privado y no iba a perder tiempo para saberlo todo sobre Elisa desde el momento en que puso un pie en Brasil. Le expliqué a mi investigador qué quería y cómo lo quería, y me aseguró que me traería información lo antes posible.

Después de colgar, me quedé mirando por la ventana, pensativo. Elisa no habría venido a Brasil solo por mí. En el pasado, en un momento que compartimos a solas antes del nacimiento de nuestro hijo, me dijo que me amaba, pero yo no respondí. Sabía que mi corazón aún pertenecía a otra persona y que no podía corresponder a sus sentimientos de la misma manera. En aquel momento había aceptado la situación; sin embargo, ahora, su aparición repentina en Brasil me hacía dudar de sus verdaderas intenciones.

—¿Por qué vendría ahora? —murmuré para mí mismo, observando el movimiento de la ciudad ahí fuera.

La presencia de Elisa podía complicar las cosas con Daniela, algo que definitivamente quería evitar. Tenía que actuar con cautela, asegurarme de que las acciones de Elisa no afectaran a mis dos hijos. Estaba decidido a proteger a mi familia, y eso incluía descubrir los motivos de Elisa para estar aquí. Mi corazón y mi compromiso estaban con Daniela, con Heitor y con nuestro bebé. No podía ni iba a permitir que nada pusiera eso en peligro.

—Pareces estresado, hermano.

Ni siquiera oí el ascensor abrirse ni a mi hermano entrar en el despacho.

—La madre de Heitor está en Brasil y ha venido a verme —dije, sin rodeos.

—¿Ha venido a verte para qué exactamente?

—Dijo que estaba en Brasil por unas exposiciones y que quería salir conmigo.

—¿Y preguntó por Heitor?

—Nada —respondí, sintiendo cómo la rabia se apoderaba de mí.

—Entonces prepárate. No está aquí por casualidad y debe de tener algún plan en mente. No conozco a esa mujer, pero por lo que dices, nunca le importó vuestro hijo.

—¡Ni por un segundo! —asentí, furioso—. Me lo entregó como si fuera algo desechable, y aún recuerdo ese día como si fuera ayer.

—¿Qué piensas hacer al respecto?

—Ya he contactado con nuestro investigador privado y me traerá información lo antes posible. Necesito saber si hay algo más detrás de esta visita inesperada o si se trata de algún tipo de coincidencia absurda.

—Dudo mucho que lo sea —dijo mi hermano, con gesto serio—. Que venga a Brasil, a la ciudad en la que vives, y que vaya directamente a buscarte son demasiadas casualidades.

—También lo creo.

—Nuestro investigador es bueno y descubrirá lo que haga falta. Ahora intenta dejar de pensar un poco en esto; conociéndote, sé que te va a condicionar el resto del día. En eso no has cambiado: sigues preocupándote por todo.

—Sí. ¿Y tú, qué necesitas?

—Solo entregarte unos informes que me pediste —dijo, dejando la carpeta sobre la mesa—. Y si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias, Dante. Pero esto lo voy a resolver yo, cueste lo que cueste…



«Nuestro amor era un río sereno, fluyendo siempre hacia lo desconocido, pero con la certeza de que, juntos, podríamos navegar cualquier tormenta.»

DANIELA ALMEIDA

Con todo el ajetreo de mi trabajo y también del embarazo, acabé dejando algo de lado y, después de pensarlo mucho, decidí tomar una decisión. Tenía el teléfono en la mano y, cada vez que eso ocurría, me mostraba reticente a hacer esa llamada.

Para mí era extremadamente difícil no tener una relación cercana con mis padres. Eso, de algún modo, moldeó mi carácter y, si me convertí en la persona que soy, fue porque aprendí a ser independiente desde muy joven. La distancia emocional y, ahora también, la geográfica siempre habían sido una barrera entre nosotros.

Respiré hondo mientras marcaba el número que sabía de memoria. El teléfono sonó varias veces hasta que por fin escuché la voz de mi madre al otro lado.

—¿Hola? ¿Daniela, eres tú? —su voz sonó sorprendida, aunque tenía esa frialdad tan familiar.

—Sí, mamá. Soy yo —respondí, intentando mantener la voz firme.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas algo? —preguntó, con un tono más práctico que afectuoso.

Quería contarle la noticia, compartir mi felicidad, pero su reacción inicial ya empezaba a desanimarme. Aun así, decidí hablar.

—En realidad, tengo algo que contarte —empecé, dudando—. Estoy embarazada.

Hubo un breve silencio al otro lado de la línea antes de que respondiera.

—¿Embarazada otra vez? —su voz sonó más preocupada que alegre.

—Sí, y esta vez estoy convencida de que todo va a salir bien —afirmé, intentando aportar algo de emoción a la conversación.

—¿Del mismo hombre? ¿Danilo?

Cerré los ojos y durante unos segundos no respondí. Ni siquiera sabía el nombre correcto y me sentí una idiota por intentar arreglar una relación que no tenía salida. Cada una de sus palabras era una punzada de decepción. Supongo que el error era mío por esperar un poco más de entusiasmo o, quizá, alguna muestra de cariño.

—Sí, del mismo hombre, y se llama Dionisio, no Danilo.

—Ah, vale. Lleváis ya bastante tiempo juntos, ¿no? Pensé que te quedarías embarazada antes. ¿A él le quedó algún traumita por lo anterior y por eso no lo intentasteis?

—¿Traumita? —pregunté, atónita.

—Sí. A ti te conozco, sé que eres fuerte y que no te dejarías afectar, pero a él no lo conozco tanto, ¿no, Daniela?

Mi madre nunca me llamaba hija, se refería al mayor dolor de mi vida como un "traumita" y, además, parecía no tener ningún interés en hablar conmigo. Tomaba pésimas decisiones, y llamar había sido una de ellas; se me notaba a la legua.

—Era solo eso lo que tenía que decir. Dale un abrazo a papá.

—Vale… —la línea quedó en silencio—. Él manda otro.

Mi padre estaba a su lado y ni siquiera escuché su voz, ni que pidiera hablar conmigo. Realmente, no tenía una familia con la que pudiera contar.

Sin perder tiempo, colgué y las lágrimas empezaron a correr por mi rostro de forma automática. Sentí una oleada de tristeza y soledad envolviéndome. Aquella llamada, que debería haber sido un momento para compartir una alegría personal, solo reforzó la distancia emocional entre mis padres y yo.

Siempre habían estado ausentes, incluso durante mi infancia y adolescencia, pero después de mudarse de Brasil todo empeoró. Me sentía como una carga, como si estuvieran aliviados por dejarme aquí y seguir con sus vidas.

Sabía que no podía cambiar su forma de ser, pero eso no mitigaba el dolor de no tener el apoyo y el amor que siempre había deseado de ellos. Era una realidad dura, pero tenía que aceptarla y vivir mi propia vida.

Respiré hondo y me sequé las lágrimas. Tenía que centrarme en lo que ahora era más importante: mi embarazo. Las personas con las que había forjado amistades sí querían lo mejor para mí, y prefería tener pocos amigos verdaderos antes que una familia, de mi misma sangre, que ni siquiera se preocupaba por mí.

Miré a mi alrededor, en mi casa, sintiendo una mezcla de gratitud y determinación. Seguiría adelante, construyendo mi propia familia y rodeándome de quienes de verdad se preocupaban por mí.

DIONÍSIO SALVATORE

Por mucho que estuviera centrado en el crecimiento de SkyLink, mis asuntos personales rondaban mi cabeza a cada instante, y era imposible no pensar en ellos. Hoy se cumplía una semana desde que Elisa apareció aquí y, desde entonces, no había vuelto a tener noticias de la madre de Heitor. Algunas cosas seguían sin encajar, pero esa tarde descubriría qué estaba ocurriendo, ya que mi investigador me había dicho que tenía cierta información y que iba a comprobar su veracidad.

—Tu hermano me habló del regreso de la madre de Heitor. Espero que no sea un problema.

Theodore estaba en la ciudad. Se quedaría allí dos días para estar cerca de Ana Júlia y de sus hijos. Yo mismo no sabía si sería capaz de estar lejos de Heitor; sería algo extremadamente difícil para mí. Sin ninguna duda.

—Esta tarde sabré si va a convertirse en un problema o no.

—Lo entiendo —respondió Theodore, con gesto preocupado—. No permitas que esto afecte a tu trabajo ni a tu relación con Daniela. Ahora tienes muchas responsabilidades, Dionisio, y no hablo solo de SkyLink. En tu lugar me sentiría igual y me pondría a mí primero; la empresa quedaría en segundo plano.

—Gracias, Theodore. Me ocuparé de ello, no te preocupes. Pero no voy a descuidar mi trabajo.

Asintió y se levantó, dispuesto a salir de mi despacho. Antes de irse, se giró y añadió:

—No quiero que lo olvides, sino que te pongas por encima, igual que haría yo. Has crecido mucho en los últimos tiempos, Dionisio. Las

personas más importantes de tu vida merecen tu atención y tu cuidado, y sé que estarás presente.

—Sí, sin ninguna duda lo estaré.



Terminé mi trabajo y, cuando estaba a punto de salir de la empresa, recibí la llamada de mi investigador, la que llevaba tiempo esperando.

—¿Qué información tienes para mí? —pregunté nada más contestar.

—He hecho un seguimiento completo de las actividades de Elisa desde que llegó a Brasil —respondió con un tono profesional y directo —. Llegó hace unos diez días y se aloja en un hotel de lujo en el centro de la ciudad. Según lo que he podido comprobar, vino oficialmente por una serie de exposiciones de arte.

—¿Y en cuanto a encuentros? ¿Se ha visto con alguien más aparte de conmigo? —pregunté, intentando descifrar sus intenciones.

—Sí, ha tenido varios encuentros, principalmente con galeristas y organizadores de eventos. Nada que apunte a un motivo personal o a una agenda oculta. Sin embargo, ha realizado varias llamadas a un número extranjero. No he podido identificar quién está al otro lado de la línea, pero estoy trabajando en ello.

—¿Hay algo más que deba saber?

—Sí, algo intrigante —continuó el investigador—. Ha visitado en varias ocasiones un despacho de abogados. No he podido confirmar el motivo, pero ha estado allí más de una vez.

Aquella información me tomó por sorpresa. La idea de que Elisa estuviera visitando a un abogado hizo que se acumularan preguntas en mi mente.

—¿Estás seguro de eso? —pregunté, intentando comprender el contexto.

—Completamente. Las visitas al despacho han sido confirmadas mediante las cámaras de seguridad del edificio y los registros de entrada y salida.

—Eso es… extraño. No mencionó nada al respecto y no tendría motivo para acudir a un abogado en Brasil, a menos que…

Me quedé en silencio, con la mente funcionando a toda velocidad. La posibilidad de que Elisa estuviera ocultando algo relacionado con Heitor me inquietó profundamente.

—¿Desde qué día comenzaron esas visitas?

—Hace cinco días.

Así que fue después de que apareciera en SkyLink. Aquello me alarmó, porque existía una alta probabilidad de que estuviera relacionado con Heitor.

—Sigue todos sus pasos. Absolutamente todos.

—De acuerdo. Continuaré investigando y te informaré de cualquier novedad.

Colgué el teléfono, pensativo. La situación con Elisa seguía siendo un misterio, pero ahora tenía más piezas del rompecabezas. Necesitaba entender cuáles eran sus verdaderas intenciones y asegurarme de que no afectaran a mi vida con mi hijo y con Daniela.

Esperaba que no intentara nada, porque sería capaz de cualquier cosa para proteger a mis hijos y a la mujer que amaba…



«Él era el sol de mi amanecer, cada nuevo día una promesa de luz, calor y amor infinito.»

DANIELA ALMEIDA

Decidí rodearme de las personas que de verdad se preocupaban por mí y dejar de lado lo que mi familia pensaba o había pensado de mí.

Avisé a las chicas de lo que había pasado, pero también les dije que no quería volver a hablar del tema, que había sido la última vez; al fin y al cabo, por teléfono mi madre ni siquiera parecía querer hablar conmigo.

—La barriga está muy bonita, amiga —dijo Ana Júlia, y Carol y Marcela asintieron al unísono.

Estábamos en su casa y los días pasaban a toda velocidad.

La semana que viene entraría en el sexto mes de embarazo y me sentía cada vez más ansiosa.

—Gracias. Se siente tan pesada como el otro embarazo.

—¡Claro! ¡Yo dije que serían gemelos! —comentó Carol, y por dentro deseé con todas mis fuerzas que fuera verdad.

—Lo veo difícil, amiga, pero ojalá tengas razón.

—¿No preguntaste nada en las pruebas? —esta vez fue Marcela quien preguntó—. ¿Ni el sexo ni cuántos son?

—No. Solo quería saber si estaban sanos y bien, porque hace años aborté y aquello… me destrozó.

Todavía me dolía recordar esa parte de mi vida, pero al estar embarazada de nuevo, parecía que una nueva esperanza se había encendido dentro de mí, y era bueno sentirse viva de esa manera.

Nunca pensé que me curaría poco a poco, pero era exactamente lo que estaba ocurriendo.

—Eso no va a pasar, amiga. Nos tienes a nosotras a tu lado y así seguirá siendo.

Aunque ellas no tuvieran control sobre el futuro ni sobre lo que ocurría dentro de mi vientre, por dentro me sentía más segura con ese apoyo, algo que no había tenido en el pasado.

Antes solo éramos Dionísio y yo apoyándonos mutuamente, y tener personas que se preocupaban por mí me hacía sentir feliz y confiada ante todo lo que pudiera venir.

—Gracias, chicas. De verdad.



Salí del jardín y fui a otra zona exterior de la mansión de Ana Júlia y Theo, y entonces lo vi allí, solo.

Antes, cuando llegué, habíamos hablado un momento y poco después se fue a estar con su hermano y con Theo. Ahora estaba aislado, pensativo.

Me acerqué a él y noté cierta sorpresa cuando me vio.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo estoy mirando el cielo —respondió, mirándome a los ojos. Negué con la cabeza.

—Te conozco muy bien, Dionísio. Eres un libro abierto para mí en… determinadas situaciones —dije, pero de inmediato recordé nuestra noche, aquella en la que todo ocurrió.

—Lo siento, Daniela.

—¿Por qué?

—Por esto —dijo, girando el cuerpo para mirarme de frente—. Pensaste en el momento en que dijiste que te había utilizado.

—Yo…

—Tú también eres un libro abierto para mí, empollona.

No dije nada; me limité a observar al único hombre al que había amado, y él tenía razón.

—Hacía tiempo que no me llamabas así.

—No tenía derecho, al fin y al cabo ese era el apodo de cuando éramos novios y… todo aquello pasó.

—Yo tuve gran parte de la culpa.

—Yo también.

—Mentirte estuvo mal —dije, todavía triste por la situación—. Una mentira no resuelve los problemas; tiene el poder de alejar a las personas. Y yo conseguí lo que quería, alejarte.

Me observó y después dio un paso hacia mí, con una leve sonrisa, una expresión a la que me había acostumbrado en el pasado.

—Ya te he perdonado y he entendido tus motivos. Tú mejor que nadie sabías lo que sentías —dijo, y a continuación tomó mi mano derecha—. Todo el mundo es capaz de dominar un dolor, excepto quien lo siente.

Sonreí y decidí bromear con él.

—Entonces ahora somos buenos amigos que se han perdonado. Te apoyaré, eso es lo que haría una buena amiga.

—No somos buenos amigos —afirmó, serio, deslizando el pulgar por mi mano—. Un buen amigo no se acuesta pensando en ti todos los días. Lo que siento es amor, no amistad.

Escuchar aquello me dejó sin aliento.

La forma en que hablaba, tan decidida, me estaba removiendo por dentro, y no sabía cómo comportarme en su presencia; al fin y al cabo, los sentimientos del pasado estaban regresando y se volvían incontrolables.

—¿Por qué tuviste que volver tan seguro de todo? Dímelo.

—No lo sé. Pero necesitaba cambiar, y no haría nada distinto. Necesitaba ese tiempo, empollona; de lo contrario habría hecho alguna locura conmigo mismo.

—Y yo soy la culpable —señalé, sabiendo que tenía mi parte de responsabilidad.

—Yo soy el mayor culpable por dejarme arrastrar por mis sentimientos, por beber hasta caer cuando perdimos a nuestras hijas, por olvidarme de mí mismo e intentar olvidarte. Pero, en el fondo, nunca te olvidé, nunca quise hacerlo.

—No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada —dijo, sujetándome el rostro y mirándome con determinación—. Siempre has estado en mi corazón y nunca te fuiste de ahí. Si me hubiera quedado en la ciudad, probablemente no habría aguantado.

Me quedé observando su sinceridad, intentando luchar contra las lágrimas.

Nunca fui de llorar con facilidad, pero durante mis dos embarazos parecía transformarme.

No era justo.

—¿Qué harías con lo nuestro si pudieras volver al pasado?

—Nada.

—¿Nada? —pregunté, perpleja.

—Solo las personas que tienen arrepentimientos quieren volver atrás. Yo no tengo ninguno. Lo que tenía que pasar entre nosotros pasó, y por eso hoy estamos aquí. Y sé que lo resolveremos todo. Tengo fe en ello.

—¿Eso es de verdad?

—Sí. —Ahora apoyó la mano en mi nuca, atrayendo mi cuerpo contra su pecho—. Lo que hice estuvo mal, pero dio frutos, y verte feliz es mi mayor regalo. Tú eres mi mayor regalo, empollona.

Las lágrimas que llevaba tanto tiempo conteniendo empaparon su camisa, y no fui capaz de dejar de llorar ni un solo segundo.

Sé que en la vida todos nos equivocamos y que, durante un tiempo, no fuimos buenos el uno para el otro; tuvimos una relación tóxica. Pero aprender de los errores es un don, y en ese momento solo lo quería a mi lado, nada más…

DIONÍSIO SALVATORE

Con Daniela acurrucada contra mi cuerpo, muchos sentimientos del pasado chocaron con mis pensamientos, y supe que aquí era mi lugar.

A su lado.

Protegería a mi empollona costara lo que costara y no volvería a dejar ninguna rendija para que nos separáramos.

—Él o ella está dando muchas patadas últimamente —dijo, rompiendo el silencio, y pude ver en su rostro lo feliz que estaba.

—¿Muchas?

—Sí. Como si…

—¿Fuera más de un bebé? —pregunté, ansioso, y ella apartó la mirada, un poco contenida.

—Sí, pero no quiero crear expectativas sobre algo que puede no pasar. Soy muy ansiosa con algunas cosas, creo que ya lo sabes.

—Lo sé —afirmé, pasando la mano por su pelo, y por Dios, cuánto había echado de menos hacer eso.

—Dionísio…

—Pregunta.

—¿De verdad nunca dejaste de quererme?

—¡Ni por un segundo! —respondí de inmediato, observando a la mujer tan hermosa que tenía delante—. Incluso sabiendo que querías

alejarte, estaba seguro de que había un motivo, de que nuestro amor no había muerto de la nada.

—Cuando dije que te había sido infiel, me imagino cuánto te hice daño, y yo… quería que te mantuvieras lejos de mí, por eso inventé esa mentira, ya que siempre nos dijimos que no aceptaríamos infidelidades.

—Sí, me dolió, no voy a mentir. Pero no fue la infidelidad lo que más me dolió.

—¿Qué fue? —preguntó, con esos ojos curiosos, su sello inconfundible del pasado.

—Tu indiferencia después de revelar esa mentira que creí verdadera. Tu cambio conmigo. Eso fue lo que más me dolió, porque yo siempre estuve a tu lado, en los buenos y en los malos momentos.

—Perdóname.

—Está bien. Eso ya pasó. Yo también te debo una disculpa: lo que hice no fue digno de un hombre, utilizarte de esa manera, intentar vengarme fue un error. Me aproveché de una vulnerabilidad tuya.

—Los dos.

—Mi error fue mayor, empollona —expliqué, sosteniéndole el rostro—. Tú lo hiciste, en cierto modo, para protegerme; yo no. Yo lo hice para hacerte daño, para que me evitaras para siempre.

—No vamos a preocuparnos más por eso. Ya pasó.

—Sí, ahora lo más importante es nuestro bebé —señalé, pasando suavemente la mano por su barriga.

—Aun así, sigo preocupada. Por otras cosas.

—La madre de Heitor, ¿verdad?

—Sí.

—Me estoy ocupando de eso. Descubrí que dentro de dos semanas será su última exposición aquí en Brasil.

—¿No te buscó después de aquel día?

—No, y eso es extraño. Pero no te preocupes, no permitiré que haga nada contra mí, contra ti, contra nuestro hijo ni contra Heitor. Te lo prometo.

—Confío en ti.

En el fondo de mi corazón sabía que esta historia con Elisa no había terminado.

Era una mujer inteligente y, en el pasado, eso fue precisamente lo que me atrajo de ella. Mi mayor miedo era que utilizara a nuestro hijo, sobre todo porque no demostró ningún cariño por él.

Ni el día de su nacimiento, ni mucho menos cuando apareció en SkyLink…



«Juntos éramos más fuertes que las tormentas de la vida; nuestro amor, un faro que nos guiaba a través de cualquier oscuridad.»

DANIELA ALMEIDA

—Qué mona tú, abrazada a Dionisio…

—¿Cómo?! —le repliqué a Marcela, pero mis otras amigas ya se estaban riendo con ella.

—No te hagas la tonta, guapa.

—Pero… ¿cómo lo sabíais?

—Pues porque lo estábamos viendo desde un palco. Bueno… escondidas en el palco —dijo Carol, y todas estallamos en carcajadas, yo incluida.

—¡Tengo unas amigas pésimas!

—Hace un momento éramos amigas estupendas y ahora ya ha cambiado…

—Sois unas cotillas —comenté, fingiendo decepción.

—Tienes que aceptarnos igual que nosotras te aceptamos —dijo Marcela—. Y queremos verte feliz, y quién sabe, quizá casada pronto.

—¡Eh, calma! Todavía estamos en proceso de…

—Ay, deja ya eso —interrumpió Carol—. No estáis en proceso de nada, los dos se quieren, ¡y solo un ciego no lo ve!

—¿Es tan evidente?

—Amiga… ¿la pregunta va en serio? —se burló—. Tenéis una historia más antigua que la de Dante y Marcela, y también que la de Theo y Ana Júlia. El pasado os condena… y ahora os está uniendo.

Carol tenía razón en eso. Hacía casi diez años que conocía a Dionisio y siempre lo había admirado, ya fuera como compañero de trabajo o como novio. Como pensábamos muy parecido en algunas cosas, no creí que pudiéramos funcionar juntos, pero con el paso del tiempo la amistad que teníamos acabó convirtiéndose en algo más. Era difícil de definir, incluso ahora que lo intentaba.

A veces me consideraba muy gruñona, y él siempre fue un hombre divertido, capaz de hacerme reír en los peores momentos, que casi siempre coincidían con mis enfados. Con él. Era como si tuviera el poder de sacarme de quicio y, al mismo tiempo, tranquilizarme, y sinceramente no sabía cómo conseguía semejante proeza. Pero, en el fondo, me gustaba. Y creo que él siempre lo supo.

—Nosotros decidiremos nuestro futuro. Pero él y yo estamos de acuerdo en que eso será después de que nazca el bebé.

—Los bebés —corrigió Carol, haciéndome sonreír.

—Los bebés —repetí—. Como quieras, y seré muy feliz si tienes razón. Muchísimo.

En mi familia, hasta la generación de mi tatarabuelo, hubo varios casos de gemelos, y creo que por eso me pasó a mí. Aunque, por otro lado, me parece difícil que ocurra dos veces seguidas. Aun así, sería una bendición de Dios si sucediera.

—Y entonces, ya que estamos dándole tanta caña a Dani, ¿qué tal si hacemos lo mismo con Carol? —propuso Marcela.

—Eh, espera un momento…

—Nada de espera. Nunca tenemos noticias tuyas cuando estás de por medio, ¡y dudo mucho que nadie se esté comiendo ese bollito!

—¡Un poco de educación, Marcela! —dijo Ana Júlia, escandalizada.

—¿Educación para qué?

—Dios mío… ¿quién invitó a esta loca? —preguntó Carol, y todas volvimos a reír.

—¿Acaso miento? —cruzó los brazos, mirando fijamente a la hermana de Ana Júlia.

—No y sí. No tengo a nadie, pero eso no significa que haya vuelto a ser virgen.

—Entonces cuéntanos los detalles. Por favor.

—No hay nada que contar. He tenido algunos rollos, pero no me acuesto con cualquiera. De hecho, me cuesta mucho hacerlo con un hombre al azar. Soy muy selectiva, incluso demasiado para mi gusto.

—Y no estás nada equivocada —dije yo esta vez—. Yo siempre he sido así y me siento orgullosa.

—En cambio, Marcela, por lo que se ve… —pinchó Carol.

—Sí, yo siempre he sido una loca confesa, pero estoy curada. Tengo a mi hombre, no me quedo con ganas y hacemos el amor casi todos los días, y varias veces. Y Ana Júlia también, que yo lo sé.

—¿¡Perdón?!

—Nada de perdón. Tú también eres una loquilla… —terminó con una risita provocadora.

—¡Por el amor de Dios! ¡Mi hermana pequeña está aquí…!

—Ay, hermana, soy mayor de edad. Por el amor de Dios…

Cuando me di cuenta, se había desatado una discusión y yo me limité a observarlas hablar de sexualidad con total naturalidad. Su amistad era esencial en mi vida y, en momentos así, tenía la certeza de lo que sentía. Jamás estaría sola.

DIONÍSIO SALVATORE

—Espero que no le hayas mostrado a Daniela lo preocupado que estás por Elisa —dijo mi hermano, mientras observábamos a las mujeres reír al otro lado del jardín.

—Yo también.

Intenté no hablar del tema con ella para que se centrara en nuestro bebé, pero en todo momento me rondaba la cabeza.

—¿Qué piensas hacer?

—Esperar a que terminen estas últimas dos semanas de su exposición. No son solo en São Paulo.

—¿Es tan famosa como para venir a Brasil?

—Elisa es muy dedicada y ama lo que hace. Cuando dejó a Heitor conmigo, me prometió que sería una artista respetada en todo el mundo, y entonces no era ni de lejos tan conocida como ahora.

—Todo eso lo consiguió después.

—Sí, exactamente. Siempre apoyé su trabajo, hasta que entendí que un hijo no encajaba en cualquier tipo de relación. A partir de ahí, lo nuestro se deterioró muy rápido, pero ella siempre decía que me amaba.

—Puede que haya vuelto para reconquistarte.

Yo pensaba lo mismo que mi hermano, pero solo tendría una idea clara cuando, por fin, pasaran esas dos semanas.

—Ojalá que no. En nuestra última conversación en Europa le dije que jamás volveríamos.

—¿Por Heitor?

—También, pero sobre todo porque intenté tener con ella lo mismo que tuve en el pasado con Daniela, y comprendí que eso era imposible. No creo que un hombre pueda amar a más de una mujer en su vida. Yo no pude.

—En eso coincidimos. Hasta conocer a Marcela no había sentido algo tan fuerte, y no me veo amando a nadie más de una forma tan íntima.

Estuve hablando con mi hermano unos minutos más, y hacía mucho tiempo que no compartíamos algo así. Siempre nos centrábamos en el trabajo y en nuestros hijos; hablar de otros temas era algo poco habitual.

—¡Mirad a quién he traído!

Theodore apareció detrás de mí con Heitor y con sus hijos, que antes estaban jugando dentro de la casa.

—Hijo…

Lo cogí en brazos y lo observé sonriendo de oreja a oreja.

—Papá, ¿piscina?

—Ni aunque me pagaran —respondí, y él me miró desconcertado—. Hoy no, hijo. Ya es de noche y el agua está muy fría. Muy fría.

—Dionisio, está climat…

—¡Muy fría! —insistí, pidiéndole mentalmente a Theodore que se callara, y él asintió.

—Eso es.

—Ah… ¿otro día entonces?

—Eso.

A Heitor no le gustaba el agua fría, y sabía que aquello había sido, literalmente, un jarro de agua fría para él.

—¡Papá!

—¿Sí, cariño?

—¿Ver a mi hermana? —dijo, muy gracioso, y sonreí mientras asentía.

—Vale.

Lo dejé en el suelo. Esperó a que fuera con él, pero negué con la cabeza.

—¿No vienes?

—No. Vas a pedirle a Daniela que se quede un ratito con ella, ¿de acuerdo?

—Ajá.

Era bueno educarlo así desde pequeño. Quería que se acercara a ella sin que yo estuviera presente, que entre ellos surgiera algo natural. Mi hijo estaba a punto de cumplir tres años, pero era listo y sabría desenvolverse perfectamente sin mí en ese momento.

DANIELA ALMEIDA

Dejé a las chicas entusiasmadas hablando de cosas sin importancia y fui a sentarme en uno de los sillones del exterior de la mansión. Cuando miré hacia un lado, me llevé un buen susto.

—Hola.

La versión en miniatura de Dionisio me observaba con desconfianza y, acto seguido, dirigía la mirada a mi vientre.

—Hola, Heitor.

—Cógeme.

Era muy directo cuando quería algo. Aún tenía bastante fuerza, así que hice lo que me pidió y lo senté conmigo en el sillón.

—¿La hermana está bien?

Sonreí. Estaba convencido de que era una hermanita, y me enternecía observarlo y ver sus reacciones.

—Sí, ¿quieres hablar con ella?

—¿Puedo? —arqueó las cejas, ilusionado.

—Claro.

Tomé su manita y la apoyé sobre mi vientre. Se quedó completamente concentrado. Pensé que diría algo más, pero solo alternaba la mirada entre mi barriga y mi rostro, esperando algo que ni yo misma sabía qué era.

Los minutos fueron pasando y pude observar un poco más a Heitor, confirmando que era la viva imagen de su padre: los ojos castaños, el pelo ondulado, la boca… era Dionisio hecho niño.

—¡Se ha movido! ¡Se ha movido!

Sentí un movimiento en el vientre y tenía razón. Verlo tan emocionado era precioso, así que lo dejé disfrutar del momento. No esperaba, sin embargo, que unos segundos después apoyara la cabeza sobre mi barriga. Aquello sí que me desarmó por completo.

Heitor no tenía madre. En realidad, su propia madre no lo había querido, y eso me provocaba una rabia profunda. ¿Cómo podía alguien abandonar así a su propio hijo? Se notaba que era un niño necesitado de cariño, que requería algo más que el amor de su padre. Sin darme cuenta, empecé a acariciarle el pelo, intentando transmitirle con gestos que yo estaría allí para él.

Podían pasar muchas cosas a partir de ese momento, pero estaba segura de una: sería un niño amado.

—¿Tiene nombre?

—Todavía no.

—Hm.

—¿Qué te parece si lo elegimos cuando nazca?

—¿Puedo? —preguntó, con los ojitos brillantes.

—Sí, pero solo si me ayudas. ¿Te parece?

—Ajá —respondió, entusiasmado, y volvió a apoyar la cabeza en mi vientre.

Cerré los ojos y sonreí. Tenía la absoluta certeza de que Heitor sería el mejor hermano mayor del mundo.



«Ella era el verso perdido de mi canción, completando la melodía de mi vida con su presencia armoniosa.»

DIONÍSIO SALVATORE

Los días fueron pasando y la vida real retomó su curso.

En parte.

Anteayer había sido el último día de la exposición de Elisa, en Porto Alegre, y mi investigador me informó de que ahora estaba en São Paulo. Cumplí mi rutina con normalidad durante la mañana y, al volver del almuerzo, pocos minutos después, la secretaria me avisó de que había una persona esperándome.

Elisa…

Autoricé su entrada y, unos minutos más tarde, salió del ascensor con una sonrisa en los labios.

—Me gusta este sitio.

—La primera vez entraste sin permiso. ¿Has decidido hacer las cosas bien esta vez?

—Perdí el efecto sorpresa cuando vine así —respondió, sentándose—. ¿O preferías que volviera a sorprenderte, Dio?

—No prefería nada.

—Hmm…

—Voy a ser directo: ¿qué quieres, Elisa?

—Yo también voy a ser directa: a ti.

—Eso no está en consideración.

—Dame un buen motivo.

—¿De verdad lo necesito? Además de abandonar a tu hijo, desaparecer en Europa sin avisar y, para colmo, ni siquiera preguntar por él cuando nos vimos… ¿tengo que decir algo más?

—Siempre supiste que nunca quise tener hijos, y Heitor fue un error.

—¡Mi hijo no fue un error! —bramé, golpeando la mesa con la mano, furioso—. ¡Si hubo un error, fuiste tú!

—Bla, bla, bla. Por lo visto te di lo más importante de tu vida, así que soy importante para ti.

—¿Cosa?

—No voy a pedirte perdón. Cumplí uno de tus sueños y no me vengas ahora con juicios morales —dijo, esta vez alterada—. Sé que nunca me amaste, ni una sola vez me lo dijiste, así que he venido a cobrar eso.

—¿Cobrar?

—Sí. Nunca te olvidé, y si estoy en Brasil es por eso. Investigué todo sobre ti y sé lo que hace falta. Solo expuse mis obras en este país porque tú estás aquí.

—Elisa…

—No, déjame terminar. Te quiero a mi lado, solo tú y yo, como durante casi un año.

—Ya lo he dicho. Eso no va a pasar.

—¿Por Daniela o por el hijo que espera en el vientre?

Oír su nombre me hizo ponerme en pie.

—¡No vuelvas a mencionarla! —la señalé con el dedo, y su expresión cambió.

—Así que es ella… la mujer cuyo nombre nunca me dijiste, pero a la que siempre amaste.

—Sí.

—Me lo imaginé. Lo que no esperaba era competir con una mujer que te traicionó, cosa que yo nunca hice.

—Ella no me traicionó.

—Eso fue lo que me dijiste, ¿recuerdas?

No le conté muchas cosas de mi pasado a Elisa, pero sí algunas, entre ellas que había amado a una mujer y que me había traicionado años atrás. No me gustaba entrar en detalles, sobre todo porque me fui de Brasil para superar a Daniela; el resto ocurrió por casualidad.

—No importa lo que dije entonces, sino lo que sé ahora.

—Entonces, ¿esa Daniela te dijo que no te traicionó y tú le creíste? Peor aún, ¿se quedó embarazada sin saberlo?

—Ya te he dicho que no vuelvas a pronunciar su nombre…

—¡Despierta, Dio! Esa mujer te hizo sufrir durante años y ahora estás rendido a sus pies. ¿Qué sentido tiene?

—Te lo voy a preguntar por última vez, Elisa. ¿Qué es lo que realmente quieres?

No respondió. Se limitó a mirarme durante un largo rato, midiendo sus palabras.

—Quiero que vuelvas conmigo a Europa y abandones todo aquí.

—No necesito responderte. Sabes perfectamente que Heitor es la persona más importante de mi vida.

—Dejará de serlo si no vienes conmigo, y hablo muy en serio.

—¿Cómo dices?

—He hecho mis deberes y algunas investigaciones. Nunca firmé nada cuando te dejé a Heitor, y puedo alegar que saliste del país con él sin mi consentimiento.

—¿Qué has dicho? —bramé, observando a la mujer de la que un día creí estar enamorado.

—Exactamente lo que has oído. Esa es mi propuesta, Dio. Te amo, pero si no eres mío, no serás de nadie, y he venido desde muy lejos para obligarte a elegir.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, sin decir una sola palabra.

Si quería jugar sucio de ese modo, entraría en su juego.

—Será mejor que me dejes tu teléfono. Por lo que veo, vamos a hablar bastante, Elisa…

DANIELA ALMEIDA

Hoy, al despertarme, tuve un mal presentimiento. Era una de las pocas veces que me ocurría durante el embarazo y, de algún modo, esos pensamientos me inquietaban.

—Estás muy despistada hoy, Dani —dijo Ana Júlia, y asentí.

Ya pasaban de las cinco de la tarde y, en efecto, parecía que algo no iba bien. Cuando me sentía así, solía quedarme más callada, en mi mundo, hasta comprender el motivo de aquella sensación.

—Hoy no me he levantado bien, amiga.

—¿Tiene que ver con el bebé? —preguntó, alarmada.

—No —sonreí—. Todas las pruebas están bien y, en menos de tres meses, tendré a mi hijo o a mi hija en brazos. Estoy segura.

—¿Y ya has pensado en nombres?

—La verdad… sí.

—Cuéntame.

—Manuela, si es niña. Y si es niño, Gabriel o Rafael.

—Nombres preciosos —dijo Marcela, y me reí, porque ni siquiera estaba participando en la conversación—. Y nombres de quienes van a liarla mucho. Gabriel, sobre todo…

Sonreí, pensando exactamente lo mismo.

—Normalmente, los que tienen nombre de ángel y carita de ángel son los peores. Créeme.

Terminamos el trabajo y nos quedamos charlando un rato hasta que llegó la hora de irnos. Nunca dejaba tareas para el día siguiente, y me sentía muy orgullosa de eso.

—Hasta mañana, chicas.

—Hasta…

Me despedí y pensé en subir a ver a Dionisio, pero al final decidí bajar. Estaba algo cansada y no quería cargarle la cabeza con mis sensaciones de aquella mañana; al fin y al cabo, todo marchaba bien.

Ya en la planta baja, atravesaba el vestíbulo principal cuando vi un rostro conocido. O mejor dicho, el rostro de alguien peligroso, que ahora me miraba y avanzaba hacia mí.

—Así que tú eres la famosa Daniela…

—¿Famosa?

—Bueno… tampoco es para tanto. Más bien normalita…

Su ironía era tan sutil como un martillo, y supe que tenía que responder a la altura; al fin y al cabo, en el arte del sarcasmo tenía máster y doctorado.

—Es un placer conocer por fin a la mujer que dejó atrás a Dionisio y a su hijo para buscar fama y fortuna en Europa, aunque por lo visto no lo logró. Al fin y al cabo, nunca he oído hablar de ti —respondí, con una sonrisa burlona—. Debe de ser complicado compaginar el arte con una maternidad a distancia, ¿no? Por cierto, “maternidad a distancia” es un concepto bastante curioso.

Pareció descolocarse un poco con mi comentario, pero enseguida recuperó la compostura.

—Dio nunca te habló de mí, ¿verdad? —preguntó, intentando mostrarse segura.

—Oh, te sorprendería saber lo que Dionisio comparte conmigo —repliqué, manteniendo la voz calmada y firme—. Veo que estás disfrutando de tu estancia en Brasil. ¿Piensas quedarte más tiempo o es solo una visita de cortesía desde la maternidad a distancia?

Vaciló un instante, claramente incómoda con mi presencia y mi seguridad.

—Estoy aquí por negocios, pero Dionisio y yo tenemos nuestra historia.

—Entonces será una pena que el futuro de Dionisio y de su hijo ahora me incluya a mí y a nuestro bebé. Pero, claro, como artista de tu talla, supongo que entiendes la importancia de las nuevas creaciones y de los cambios en la vida.

Pareció aún más nerviosa y torpe, sin haber esperado una reacción así por mi parte.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz de hacer, Daniela.

—Vaya… sabe mi nombre —me burlé—. En fin, cuidado con lo que deseas, Elisa. A veces el arte imita a la vida de formas que no esperamos.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que, por mucho que intentes construir una narrativa artística para tu vida, la realidad siempre tendrá su propio guion —respondí, sin perder el tono irónico—. Y en el argumento actual, tú no eres más que un personaje secundario en la historia de Dionisio y de su hijo. Y en la mía, por supuesto.

Frunció el ceño, tratando de descifrar mis intenciones.

—No subestimes el impacto que puede tener un personaje secundario en la historia principal, Daniela —replicó, intentando sonar amenazante.

Sonreí, despreocupada.

—Oh, no lo subestimo. Pero también sé que el foco siempre vuelve a los protagonistas. Y ahora mismo, los protagonistas somos Dionisio, yo, nuestro bebé y Heitor. Tú eres solo un flashback curioso, un capítulo ya leído y cerrado. Un mal capítulo, dicho claramente.

Pareció afectada, aunque intentó mantener la compostura.

—Ya veremos —dijo, dándose la vuelta para marcharse.

La observé alejarse, sintiendo una mezcla de satisfacción y determinación. Sabía que, hiciera lo que hiciera Elisa, estaba preparada para proteger a mi nueva familia. No solo a mí, sino también a este bebé que crecía dentro de mí…



«Ella era la armonía en el caos de mi universo, cada una de sus sonrisas reorganizando las estrellas en mi noche oscura.»

DIONÍSIO SALVATORE

—¿Averiguaste qué quiere ella?

—Sí.

Estaba en la mansión de mi hermano y, mientras Heitor jugaba con Laura, empezamos a hablar sobre la aparición de Elisa en SkyLink la semana pasada.

—Entonces, ¿qué quería? —preguntó, curioso.

—Elisa vino con una propuesta —respondí, sintiendo una mezcla de incredulidad e irritación al recordar aquel momento—. Quiere que vuelva a Europa con ella. Dejando a Heitor atrás.

Mi hermano pareció quedarse en shock ante la revelación.

—¡Eso es una locura! ¿Cómo puede siquiera sugerir algo así?

—Lo sé, es demencial. Alega que tenemos una «conexión inacabada» y que necesitamos explorarla lejos de todo y de todos —expliqué, todavía intentando comprender la lógica de semejante propuesta—. Pero jamás dejaría a Heitor. Él es mi prioridad y ahora, con Daniela y el bebé en camino, mi vida está aquí.

—¿Y qué le respondiste?

—Dejé muy claro que mi vida y mi futuro están en Brasil. Que Heitor y mi nueva familia son mi prioridad. Mi responsabilidad es con mis hijos.

Dante asintió, respaldando mi decisión.

—Tomaste la decisión correcta, hermano. Heitor y tu futuro bebé te necesitan aquí. Y Daniela también.

—Irme nunca pasó por mi cabeza. No soy ese tipo de hombre.

—Lo entiendo.

—Pero hay más cosas.

—¿Cómo que más cosas?

—Me amenazó con quitarme a Heitor si no volvía con ella, ya que en el pasado no dejó nada por escrito ni nada parecido.

—Eso no puede ir en serio.

—Sí, lo es. Estuve vigilándola aquí en Brasil y estoy seguro de que Elisa se reunió con abogados para saber si tendría algún derecho.

—¿Ella sería capaz de hacer algo así solo para tenerte de vuelta?

—Pensaba que no, pero después de nuestra conversación cambié completamente de opinión. No sabía que fuera tan obsesiva conmigo.

En Europa, nuestra relación parecía sana, pero cuando se quedó embarazada muchas cosas cambiaron, incluso su personalidad.

Decía que no quería abandonarme, mientras yo afirmaba que no dejaría a un hijo mío perdido por el mundo para irme con ella sin rumbo.

—Ten cuidado, Dionísio.

—Lo tendré. Solo necesito asegurarme de que Elisa lo entienda de una vez por todas y no cause más problemas.

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Tengo mis métodos, y ella todavía no lo sabe, pero desde el momento en que viene aquí y me amenaza con quitarme a mi hijo, despierta un lado mío que se arrepentirá amargamente de haber conocido…

DANIELA ALMEIDA

No sentía la necesidad de contar que la semana pasada me crucé con Elisa en los pasillos de SkyLink.

Por el lugar del que venía, probablemente iba a reunirse con Dionísio; aun así, en ese momento confiaba en él.

No cedería a sus caprichos.

Además, había podido ver qué tipo de mujer era y cuáles eran sus intenciones.

—¿Estás bien? —preguntó Marcela, al notar que estaba distraída mientras comía en el comedor.

—Ah, sí, estoy bien. Solo estaba pensando en algo que ocurrió la semana pasada.

—¿Algún problema?

Respiré hondo, decidiendo si debía compartirlo o no.

—Me encontré con Elisa en los pasillos de la empresa —revelé, observando su reacción—. Pero no fue nada importante.

—¿La madre de Heitor? ¿Qué quería?

—Por lo que parece, fue a hablar con Dionísio —expliqué, intentando mantener la calma, aunque cada vez que pensaba en ella me invadía una irritación difícil de explicar—. Pero confío en él. Me dijo que ya no tiene nada con ella y que va a resolver esta situación.

Marcela parecía preocupada, pero intentó tranquilizarme.

—Si él te dijo eso, entonces debe de ser verdad. Pero ¿cómo fue ese encuentro con ella? ¿Te dijo algo esa mujer?

—Fue breve. Intentó ser provocadora, pero encontré la manera de dejarla sin palabras —conté, con una sonrisa ligera y burlona, muy mía—. Pensé que era mejor no involucrar a Dionísio en esto. No quería crearle más problemas.

Marcela asintió con la cabeza.

—Creo que hiciste lo correcto, Dani. No necesitas más estrés ahora, sobre todo con el bebé en camino.

—Es verdad, pensé en ellos.

—¿En ellos?

Cerré los ojos, sonriendo.

—Parece que Carol me convenció mentalmente de que hay más de un bebé en mi barriga. ¿Cómo? No tengo ni idea.

Marcela sonrió, contemplando mi vientre, que ya estaba enorme.

—Lo bueno es que, sea uno o sean dos, ese bebé, o esos bebés, van a tener todo el amor y el cuidado del mundo —dijo con una mirada llena de ternura—. Y yo voy a ser una tía súper pesada, igual que lo soy con mi hija.

—Eso es verdad —asentí, apoyando la mano sobre la barriga—. Ya son muy queridos.

—Vas a ser una madre increíble, Dani. Y Dionísio, un padre maravilloso. De hecho, ya lo es.

—Eso espero. Estamos esforzándonos por hacer las cosas bien esta vez y noto sinceridad cuando me habla.

—Seguro que sí. Y en cuanto a esa Elisa, no dejes que te saque de tu camino. Ahora estás en un muy buen momento, rodeada de gente que te quiere, y eso es lo que importa.

—No voy a permitirlo. Ella es solo una parte del pasado que apareció de forma inesperada. Mi vida está con Dionísio y con nuestro bebé ahora.

—Eso es justo lo que quería oír. Y ahora, cambiando de tema, echo mucho de menos a Ana Júlia.

—Pero si solo lleva una semana de vacaciones —me reí, negando con la cabeza.

—Aun así. Cuando tú te fuiste de vacaciones me pasó lo mismo. Me siento sola, ¿sabes?

—No, lo que te sientes es dramática, que no es lo mismo.

—Perdona si soy sentimental —dijo Marcela, exageradamente dramática—. Pero hablando en serio, Ana Júlia se nota mucho cuando no está.

—Es verdad, es un poco el nexo entre todas nosotras —admití, recordando las innumerables veces en que Ana Júlia nos ayudó a ver las cosas desde otro ángulo—. Tiene ese don; yo no tanto.

—Y ya que hablamos de vacaciones, ¿has pensado en cogerte una baja por maternidad?

—Lo estoy pensando. Voy a necesitar tiempo para adaptarme a la vida de madre, sobre todo en los primeros meses. Y quiero estar totalmente presente para el bebé.

—Eso te va a venir genial. Y si necesitas ayuda, aquí estoy. Al fin y al cabo, también soy madre y al principio estaba muerta de miedo, no voy a mentir.

—Gracias, Marcela. Eso significa mucho para mí.



Quería ser independiente y hacer mis cosas por mi cuenta, así que no cambié mi rutina y seguía yendo a trabajar en mi propio coche, por mucho que Dionísio insistiera en llevarme.

Pero empezaba a sentirme cansada y la barriga pesaba cada vez más.

—Hoy te llevo yo.

—¿Otra vez con eso?

—Voy a reformularlo… —se acercó—. A partir de hoy, yo te llevo y te recojo.

—Eso ha sonado más a una orden que a una petición.

—Es una orden, empollona.

Sonreí.

—Tú nunca me has dado órdenes. Yo, en cambio…

—Los tiempos han cambiado —se burló, sonriente—. Voy a cuidarte y, si tengo que dar órdenes, lo haré, y tú obedecerás. Al fin y al cabo, te encantan las órdenes.

—No tanto. Pero puedo aceptar eso.

Mi convivencia con Dionísio había mejorado mucho.

Hablábamos más, volvíamos a encontrarnos, y aquella llama que creí que se había apagado dentro de mí seguía viva.

Era bueno tenerlo a mi lado y sabía que sería un padre excelente; de hecho, ya lo era.

Fuimos al coche y empezamos el trayecto, pero lo noté un poco más distante de lo habitual.

—¿Ha pasado algo?

—¿Por qué lo preguntas?

Lo observé con atención; lo conocía lo suficiente como para saber que algo ocurría.

—Cuando estás nervioso o ansioso respondes a mis preguntas con otras preguntas, ¿lo sabías?

—Sinceramente, no lo sabía.

—¿Por qué me estás mintiendo?

—No te estoy mintiendo. Solo tengo que resolver algunas cosas y prefiero que no pienses en ello hasta que estén resueltas.

Tenía una idea de qué se trataba, o mejor dicho, de quién.

—Entiendo. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Cenar con alguien.

—¿Con quién?

—Con Elisa.

—Espera… ¿cómo? —pregunté, incrédula.

—Está todo bien —me tranquilizó, colocando la mano sobre la mía—. Está dando un poco de guerra, pero lo voy a solucionar.

—Dionísio…

—Confía en mí, empollona.

—Confío. En ella es en quien no confío.

—A su debido tiempo lo sabrás todo, pero por ahora, por favor, no seas cabezota y preocúpate por este bebé. Como hombre, es mi obligación resolver este problema.

—¿Ella se ha convertido en un problema?

—Sí. Pero esta vez no voy a permitir que nada afecte a lo que estamos viviendo, ni al bebé que llevas en la barriga. Así que, por favor, confía en mí; voy a arreglar esta situación.

—Te está chantajeando, ¿verdad?

Dionísio no respondió de inmediato, pero asintió al momento siguiente, y creo que incluso sabía el tipo de chantaje.

—Sí.

—¿Está amenazando con llevarse a Heitor?

—Algo así, pero no le voy a dar ninguna oportunidad. Haré las cosas a mi manera, aunque no sea lo más ético.

—¿Ético?

—Exacto. Nadie se mete con mi familia y sale impune. Nadie…



«Ella era la melodía serena que apaciguaba las tormentas de mi corazón, convirtiendo cada nota en una declaración de amor eterno.»

DIONÍSIO SALVATORE

Ansiaba estar en casa, con mi hijo, pero me encontraba en un lugar que no deseaba, con una compañía que no quería.

—Pensé que no me llamarías.

—Yo también —respondí a Elisa, que estaba sentada frente a mí.

—Habla en serio, Dio. Pensé que… tendría que hacer cosas de las que no me siento orgullosa para sacarte de Brasil.

—¿Como… quitarme a mi hijo y decir que me escapé con él?

—Exactamente.

—¿Por qué harías algo así conmigo? —pregunté, entrelazando las manos.

—Porque te quiero. Te quise desde la primera vez que nos vimos allí, en Bélgica, y nunca he conseguido olvidarte.

—Elisa… estás usando una mentira para provocar todo esto. Fuiste tú quien me entregó a Heitor, dijiste que no querías hijos. Yo no me escapé con él, y lo sabes perfectamente.

—Sí, lo sé, pero me aproveché de él. Y no me arrepiento; de lo contrario, no estarías aquí delante de mí, cenando conmigo.

Seguía mirando a la mujer que tenía frente a mí. Parecía decidida, pero sus palabras revelaban a alguien a quien apenas reconocía.

—Utilizar a nuestro hijo para manipular las situaciones hizo que perdiera toda la admiración que sentía por ti. Y lo sabes —dije, intentando mantener la calma—. Heitor es un niño inocente y no debe verse envuelto en tus juegos.

—Solo quería recuperarte, Dio —insistió, con una mirada suplicante—. Me di cuenta del error que cometí al dejarte marchar y ahora estoy intentando arreglarlo. ¿Acaso es tan malo intentar arreglar algo con la persona a la que amas?

—No se puede arreglar el pasado con mentiras y manipulaciones. Y lo que sientes por mí… eso no justifica tus actos.

—Pero te quiero, Dio. No puedes negar que tuvimos momentos buenos juntos.

—Los momentos buenos no justifican lo que hiciste. Mi vida está en Brasil ahora. Con mi hijo, Heitor, y con Daniela y nuestro bebé que viene en camino. Ellos son mi prioridad.

—Entonces, ¿ya no sientes nada por mí?

—Lo nuestro se terminó, Elisa. Y no voy a permitir que sigas utilizando a Heitor ni ninguna otra cosa para manipularme. Esto tiene que acabar.

Me miró, perdida y triste, pero yo sabía que había tomado la decisión correcta.

—No voy a dejarte con esa mujer.

—¿Esa mujer?

—Sí, y sabes perfectamente de quién hablo —dijo, furiosa—. Lo sé todo y no voy a renunciar a ti.

—Te lo diré una última vez y será mi último aviso: déjanos en paz o si no…

—¿O si no qué? Tú estás en mis manos. ¿De verdad crees que alguien va a creer que abandoné a Heitor contigo? ¿Qué clase de madre haría algo así?

—Precisamente. ¿Qué clase de madre haría algo así? Tú lo hiciste y no te arrepientes.

—Sí, lo hice, y como he dicho, ¡no me arrepiento! —exclamó, sonriendo—. Pero sabiendo cómo funciona la justicia aquí en Brasil, y estando yo aquí, no pensarán lo mismo, ¿no crees?

—Me entregaste a Heitor en Bélgica —dije con calma— y dijiste que no querías volver a ver a nuestro hijo, que era un estorbo para tu vida como artista.

—Sí, lo dije, ¿y qué? Esa versión solo la conoces tú. Ahora puedo cambiar la nueva versión como me dé la gana.

—Entiendo. ¿Así que vamos a ir por ese camino? —crucé los brazos, analizándola.

—Sí, hasta que aceptes que vamos a estar juntos lejos de este país.

—Por lo visto, no habrá diálogo.

—No.

—Nunca olvidaré que utilizaste a tu propio hijo para chantajearme.

—Él no me importa, ¡tú sí!

Asentí levemente y luego respiré hondo, intentando contenerme.

—Eso era justo lo que quería oír —respondí, levantándome—. Esta es la última vez que nos vemos. La próxima será en los tribunales.

—No lo será. Sé que evitarás eso a toda costa, porque si llegamos a juicio, ganaré yo, sobre todo siendo extranjera.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Que diré que me robaste a Heitor y te lo llevaste a Brasil? —se burló.

—Otra mentira.

—¿Y a quién le importa? —gritó, irritada—. Haré lo posible y lo imposible para que vengas conmigo.

—No voy a hacerlo. Acéptalo.

—Sí que lo harás. Y tienes un mes para decidir tu vida.

—¿Un mes?

—Sí, ese tiempo es más que suficiente para deshacerte de esa tipa y darle nuestro hijo a alguien. De lo contrario, acudiré a los

tribunales y, cuando gane, convertiré tu vida en un infierno.

Sonreí, observándola.

—Mucha suerte. Entonces nos veremos en los tribunales.

No escuché nada más; simplemente salí del restaurante y, en cuanto puse un pie fuera, tuve la certeza de que mi hijo se quedaría conmigo…

DANIELA ALMEIDA

Me estaba preparando para decidir qué iba a cenar, pero tardé bastante en elegir.

Cuando por fin reuní valor para comer, sonó el timbre de casa.

Las diez de la noche. Nunca recibo a nadie a esas horas y, un poco desconfiada, me acerqué a la puerta.

—Si eres un ladrón, será mejor que te vayas. Voy armada —dije cerca de la puerta, y escuché una risa.

—Soy un ladrón, pero he venido a robarte el corazón, empollona.

Sonreí.

Aquella voz era inconfundible y abrí la puerta.

—Buena respuesta. Encima rima.

—Lo sé, esa era la intención.

Pensé que cruzaría la puerta y entraría en casa, pero no fue así. Se acercó a mí y, cuando me di cuenta, su boca se posó sobre la mía, obligándome a cerrar los ojos y a devolverle el beso.

Por un instante, me permití olvidar todas las preocupaciones, todas las confusiones y complejidades de nuestra relación.

Éramos solo Dionísio y yo, envueltos en aquel beso inesperado y profundamente conmovedor.

—¿Y eso? —pregunté, un poco sorprendida, cuando por fin nuestros labios se separaron.

—Yo solo… necesitaba hacer eso —respondió, con una mirada intensa y sincera—. Después de la conversación con Elisa hoy, me di cuenta de que no quiero perder más tiempo. Quiero estar contigo, Daniela. No quiero apresurarte ni presionarte. Solo quiero que sepas que estoy aquí y que te quiero, Daniela.

Nos quedamos allí, en la puerta de mi casa, abrazándonos, sabiendo que aún había un camino por recorrer, pero quizá ahora un poco más seguros de que queríamos recorrerlo juntos.

—Sabes que yo también te quiero, aunque no lo diga tanto.

—Lo que importa no son las palabras, sino los gestos —sonrió, acariciándome la mejilla con el pulgar—. He traído la cena.

—Pensé que… cenarías con ella.

—Iba a venir aquí de todas formas.

—¿Y cómo fue la conversación?

—Productiva. Mucho.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunté, desconfiada.

—Que dejamos claras nuestras intenciones. Y que no voy a ceder.

—Pero… ella quiere quitarte a Heitor.

—Nunca lo conseguirá —afirmó, decidido—. Pero hoy tuve la certeza de cuáles serán mis próximos pasos.

—¿Y cuáles serían…?

—No te preocupes por eso. Vamos a comer, porque tengo algo que pedirte cuando terminemos.

Dionísio había traído lasaña, mi plato favorito, y mientras comíamos hablamos de cosas ligeras, intentando mantener un ambiente distendido.

Parecía decidido a no dejar que las preocupaciones por Elisa arruinaran nuestro momento.

—¡Qué golpe bajo! Tu lasaña sigue siendo imbatible —elogíe, sonriendo.

—Aprendí de la mejor —dijo, refiriéndose a mí, que se la enseñé en el pasado.

Cuando terminamos de cenar, me miró con seriedad, con un brillo expectante en los ojos.

—Entonces, ¿qué querías pedirme? —pregunté, curiosa.

—Daniela, he pasado mucho tiempo pensando en nuestro pasado, en nuestras pérdidas y en nuestra historia. Y sé que no podemos cambiar lo que ocurrió, pero sí podemos construir un futuro nuevo juntos. Quiero pedirte… —dudó un instante, respirando hondo— que te quedes conmigo en mi mansión, al menos hasta que des a luz. Sé que no sabemos qué puede pasar, pero te quiero a mi lado y no estoy tranquilo sabiendo que te quedas sola en casa, sin nadie. Sé que te gusta estar aislada, pero no quiero eso. Te quiero conmigo y con Heitor.

Aquellas palabras me golpearon profundamente. Era una petición sincera, una propuesta de nuevo comienzo. Lo miré a los ojos, viendo en ellos todas las promesas y esperanzas.

—Yo… no sé qué decir.

—Solo dime que aceptas. Sé que es una petición grande y no quiero que te sientas presionada. Piensa en ello como una oportunidad

para estar juntos, para apoyarnos en un momento tan importante. Y además sería bueno para Heitor pasar más tiempo contigo antes de que llegue el bebé. Le encantará.

Sonreí, recordando un poco más su expresión.

Sabía que era un gran paso y que siempre había valorado mi propia compañía por encima de todo, pero, a medida que pasaban los días, cada vez quería más estar a su lado.

—Respóndeme una cosa antes.

—Lo que quieras.

—¿Podré salir corriendo si después de un tiempo no quiero quedarme contigo allí? —bromeé, y él abrió una sonrisa enorme, ya sabiendo que había aceptado.

—Con toda seguridad. Solo hay un pequeño problema.

—¿Cuál?

—Que si sales corriendo, iré detrás de ti. No sé si es muy buena idea.

—La verdad… no lo es. Pero creo que voy a hacer la prueba, solo para verte correr detrás de mí —comenté, sonriendo, y enseguida me abrazó, quedándose así durante largo rato.

Me encantaba su abrazo; me hacía sentir segura y querida, algo que echaba de menos.

El calor de su cuerpo era reconfortante y había una sensación de familiaridad que me hacía bien.

—Creo que va a ser una carrera interesante —dijo, sin dejar de abrazarme—. Pero que sepas que hago esto porque de verdad quiero que tú y nuestro bebé estéis seguros y cómodos. Y, por supuesto, porque quiero estar cerca de ti.

—Lo sé, Dionísio. Y te lo agradezco.

—Sea lo que sea que el futuro nos depare, lo afrontaremos juntos. Como una familia.

Asentí, con un nudo de emoción en la garganta. La idea de formar una familia con Dionísio, a pesar de todas las dificultades y los desafíos del pasado, era algo que empezaba a contemplar con esperanza y alegría.

Sabía que habría obstáculos, pero ahora sentía que estábamos preparados para enfrentarlos juntos.



«Con él, cada pequeño momento se transformaba en una aventura, un viaje hacia lo desconocido de nuestros corazones entrelazados.»

DANIELA ALMEIDA

Por mucho que supiera lo que estaba haciendo, me sentía un poco inquieta al mudarme temporalmente a casa de Dionísio.

Incluso en el pasado, cuando estábamos juntos, nunca habíamos vivido bajo el mismo techo; aun así, teníamos planes de casarnos. Pero entonces perdí a mis hijas y todo lo que vino después quedó como una mancha en aquel proceso, porque tomé decisiones distintas a las que solía tomar.

—Quiero que te sientas como en casa, Daniela.

—Lo haré.

A pesar de todo, incluso con cierto miedo y cautela, estar aquí con él y con Heitor parecía lo correcto en mi corazón.

—A alguien le va a encantar la noticia de que te quedes por aquí —dijo, sonriendo.

—¿Y dónde está?

—Espera un momento.

Después de ayudarme con algunas cosas que había traído, vi aparecer a Heitor delante de nosotros, un poco confundido, pero feliz.

Dionísio lo tomó en brazos y se acercó a mí.

—Hola, Heitor.

—Hola.

—Vamos a contarte una novedad… —dijo, mirando a su hijo—. Daniela se va a quedar a vivir aquí, en nuestra casa.

Me observó durante unos segundos y sentí miedo de lo que pudiera estar pensando, pero poco después vi cómo una sonrisa se dibujaba en su rostro y, enseguida, sus ojos se dirigieron a mi vientre.

—¿Hermanita también?

—Sí. Ahora podréis estar juntos —respondí esta vez, y extendí los brazos para cogerlo, con la esperanza de que viniera conmigo; al instante, él también estiró los suyos.

Me senté en el sofá con Heitor y, enseguida, empezó a interactuar con el bebé en mi barriga, haciéndome más feliz de lo habitual.

No conocía bien al hijo de Dionísio, pero cada día que pasaba me alegraba más que le gustara la idea de tener un hermano o una hermana.

—Está grande, ¿verdad? —preguntó, observando mi barriga.

—Sí, Heitor. Y va a crecer aún más —le expliqué, sonriéndole mientras tocaba mi vientre con cuidado—. Tu hermanita o hermanito está creciendo mucho.

Me miró con sus ojitos curiosos y llenos de admiración.

—¿Y cuándo sale de ahí? —preguntó, todavía fascinado por mi barriga.

—Dentro de unos meses. Pero hasta entonces puedes ayudar a cuidarla aquí, conmigo y con tu padre. ¿Qué te parece?

Heitor pareció pensarlo un momento, con sus deditos aún apoyados en mi vientre.

—Vale. Yo mejor hermano del mundo —declaró con una seguridad infantil.

—Estoy segura de que sí —afirmé, acariciándole el pelo con suavidad.

Dionísio observaba la escena con una sonrisa en el rostro, claramente emocionado por la interacción entre su hijo y el hermano o la hermana que venía en camino.

—Vosotros dos vais a ser increíbles juntos —dijo, sentándose a mi lado y rodeándonos a ambos con un abrazo—. No podría estar más feliz con esta nueva etapa de nuestras vidas.

Era un momento sencillo, pero significativo.

Sentir la conexión entre Heitor, el bebé y yo, y ver a Dionísio compartir esa alegría, me llenaba de esperanza respecto al futuro que estábamos construyendo juntos.

Me encantaba esa sensación.

Era una nueva oportunidad para todos nosotros y estaba decidida a aprovecharla al máximo.

DIONÍSIO SALVATORE

Observar aquella escena solo me daba más fuerzas para mantener a mi familia unida.

Aquel momento, viendo a Heitor interactuar con Daniela y con su vientre, donde crecía nuestro bebé, era un recordatorio de lo que realmente importaba.

Todos los desafíos y los dolores del pasado parecían insignificantes en comparación con la alegría que sentía en ese instante.

Después de sentarme a su lado, me invadió una oleada de emociones. El calor del amor familiar era algo que no sabía que había perdido hasta reencontrarlo allí, con ellos.

—Os prometo —empecé, mirando primero a Daniela y luego a Heitor— que haré todo lo que esté en mi mano para mantener a nuestra familia unida y a salvo. Seré el padre y el hombre que merecéis.

Heitor me miró con sus ojos inocentes, sin comprender del todo el significado de mis palabras, pero sintiendo su sinceridad.

—Sé que lo serás, Dionísio.

—Y tú, pequeño mío, vas a ser un hermano mayor estupendo —dije, revolviéndole el pelo y arrancándole una sonrisa.

—Yo la voy a proteger —afirmó Heitor, con esa seriedad que solo un niño puede tener.

Daniela nos sonrió a los dos, con los ojos brillantes por unas lágrimas que no llegaron a caer.

—Y yo prometo estar a tu lado, Dionísio, apoyándote a ti y a la familia que vamos a construir —dijo, con una voz suave y firme—. Juntos vamos a crear un futuro mejor para nuestros hijos.

Me quedé mirándolos, con una felicidad indescriptible.

Había perdido demasiado tiempo preocupándome por el pasado y por todo lo que podía salir mal, pero en aquel momento lo único que sentía era gratitud por el presente y una enorme esperanza en el futuro.

—Lo haremos juntos —afirmé, abrazándolos—. Como una familia.

Era una promesa, un compromiso que me aseguraría de cumplir cada día, por ellos, por nuestra familia.



Daniela se quedó charlando con mi madre durante unas horas, con su fiel escudero a su lado.

Mi hijo estaba muy ilusionado y la seguía por toda la casa, no solo interactuando con el bebé, sino también con Daniela.

A veces ni siquiera me apetecía interrumpirlos; me quedaba como un idiota observándolos, deseando que esas interacciones se multiplicaran con el paso de los días.

Al cabo de unas horas, Daniela se fue a dormir y Heitor también, dejándome a solas con mi madre.

—Estás feliz de una manera que nunca te había visto, hijo.

—¿Es tan evidente?

—Más de lo que imaginas.

Nos sentamos en la cocina y, mientras mi madre preparaba un té, la observé en silencio, pensativo.

—Nunca pensé que volvería a sentir algo así, mamá —confesé, mirando la taza entre mis manos—. Después de todo lo que pasó, creí que no volvería a encontrar la felicidad, pero Daniela y Heitor… lo han cambiado todo. Me han cambiado a mí.

Mi madre sonrió con esa expresión sabia y cariñosa que siempre me reconfortó.

—El amor tiene ese poder, Dionísio. Transforma, cura. Y veo que has reencontrado un amor por el que merece la pena luchar.

—Pero todavía tengo miedo —admití, pensando en las consecuencias si el plan que había trazado no salía bien—. Miedo a equivocarme otra vez, a perder lo que tengo ahora.

Ella apoyó la mano sobre la mía, transmitiéndome calma.

—Todos tenemos miedo, hijo mío. Pero no podemos permitir que eso nos impida vivir. Has aprendido de tus errores, has crecido con ellos. Confía en ti mismo y en el amor que compartís. Lo demás llegará por añadidura, y estoy segura de que esa mujer no te va a quitar a tu hijo.

—Eso espero, mamá. Esta vez quiero hacerlo bien. Quiero ser el hombre que Daniela y Heitor merecen. Y lo voy a ser.

—Sí, lo serás —afirmó con convicción—. Solo sigue siendo sincero con tus sentimientos y con ellos. El resto vendrá de forma natural.

Tomé la taza de té, sintiendo cómo una paz profunda se instalaba dentro de mí. Aquella conversación con mi madre era justo lo que necesitaba.

—Gracias, mamá. Siempre sabes qué decir cuando empiezo a pensar demasiado.

—Es lo que hacen las madres, cariño —respondió, sonriendo—. Pero, igual que tú, yo también tengo miedo de lo que pueda hacer la madre de Heitor.

Ya le había contado lo que estaba ocurriendo y sabía cuánto me preocupaba esa situación.

—Lo sé, mamá. Lo de Elisa es complicado —dije, frunciendo el ceño, consciente de que cumpliría lo que había prometido—. Me hizo una propuesta absurda, como si en algún momento pudiera abandonar a mi propio hijo.

Mi madre suspiró, preocupada y reflexiva.

—Eso es chantaje emocional, Dionísio. No puedes ceder a eso. Tu sitio está aquí, con tus hijos y con Daniela. Has construido una vida aquí y has vuelto para quedarte.

—Nunca abandonaría a Heitor ni a Daniela —afirmé con firmeza—. Amo a mi hijo más que a nada y lucharé para protegerlo, pase lo que pase.

—Y sé que harás todo lo necesario para proteger a tu familia —dijo mi madre, con una mirada alentadora—. Eres fuerte, Dionísio, y tienes un buen corazón. No dejes que las amenazas de Elisa te afecten.

—No lo haré —aseguré, sintiendo cómo crecía la determinación en mi interior—. Tengo un plan para manejar esta situación y garantizar que Heitor esté a salvo. Y haré todo lo necesario para asegurarme de que Daniela y nuestro bebé también estén protegidos.

—Eso es lo que espero de ti. Siempre has sido un hombre de acción, y sé que no renunciarás a tu familia.

Terminamos el té en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Sabía que los próximos días serían cruciales para resolver la situación con Elisa. Sin embargo, estaba preparado para afrontar cualquier desafío con ellos a mi lado.



«Ella era la página en blanco en la que podía escribir los capítulos más hermosos de mi vida, cada palabra un testimonio de nuestro amor.»

DIONÍSIO SALVATORE

—Nuestra madre dijo que Daniela está viviendo en tu mansión, ¿es verdad? —preguntó mi hermano después de dejar una carpeta sobre mi escritorio.

Hoy tenía mucho trabajo que sacar adelante, pero me estaba manejando bien a pesar del ajetreo.

—Sí. Y, por lo que a mí respecta, seguirá allí cuando nazca el bebé.

—Me alegra que estéis poniendo en orden el pasado.

—En realidad, no estamos arreglando nada. Quiero dejar el pasado atrás y centrarme en el presente y en el futuro con ellos; ese es

mi mayor deseo.

—La temporada en Europa realmente te sentó bien, Dionísio.

—No fue Europa —aclaré, con determinación—. Fue Heitor. Mi hijo me dio una nueva perspectiva de la vida, y volver y reencontrarme con Daniela también. Aunque me equivocara al principio, voy a corregir mis errores poco a poco, si hace falta. Y tenerla a mi lado es esencial.

—Me alegra oírte decir eso, hermano —comentó, visiblemente impresionado—. Hay un cambio genuino en tu actitud y no pensé que llegaría tan pronto.

Sonreí, pensando en lo drásticamente que había cambiado mi vida en los últimos tiempos.

—Era necesario. Heitor y el bebé que viene en camino lo cambiaron todo para mí. Y Daniela… siempre ha sido una parte esencial de mi vida, incluso cuando intentaba negarlo.

Dante asintió, comprendiendo mi punto de vista.

—¿Y la madre de Heitor? ¿Has conseguido resolver esa situación?

—Todavía estoy lidiando con ello —respondí, frunciendo el ceño al recordar nuestro último encuentro—. Elisa tiene sus propios motivos absurdos para actuar así, pero no voy a permitir que interfiera en lo que estoy construyendo con Daniela y los niños.

—Parece que lo tienes todo bajo control —comentó Dante, con una leve sonrisa—. Solo no olvides equilibrar el trabajo con tu vida personal.

—No te preocupes. Daniela y los niños son mi prioridad ahora. Haré todo lo posible para protegerlos, tienes mi palabra.

Dante asintió, satisfecho.

—Así se habla. Ahora, en cuanto al trabajo, tenemos algunas reuniones importantes esta semana y la próxima.

—Centrémonos en ellas entonces. Y gracias, Dante, por todo. Siempre has estado a mi lado, y eso significa mucho para mí.

ogió de hombros, con una sonrisa.

—Eso es lo que hacen los hermanos, Dionísio. Ahora, a trabajar.



Trabajé sin descanso hasta las seis de la tarde.

Cuando estaba terminando un documento, recibí una llamada de la secretaria.

—¿Algún problema?

—Hay un abogado aquí que quiere hablar con usted.

—¿Un abogado?

—Sí. De una mujer llamada Elisa.

Estaba cumpliendo exactamente lo que había dicho.

—Hágalo subir.

Unos minutos después, el abogado en cuestión llegó a mi planta y pedí que pasara a mi despacho y tomara asiento.

—Buenas tardes, Dionísio. Mi nombre es Agnelo y represento a Elisa.

—¿Y qué desea?

—Bien, ella tiene algunas exigencias, y una de ellas es volver a Europa, pero para eso hay un problema.

—Sí, que yo no voy con ella.

—Ese no es el problema.

—Entonces, ¿cuál es?

—El hijo que usted trajo a Brasil sin autorización. Ella está desesperada por resolverlo.

Cerré los ojos y sonreí. No imaginaba que fuera tan calculadora.

—Ella no quiere que Heitor vuelva a Europa; me quiere a mí.

—Soy su abogado y cumplo órdenes. Eso es lo que ella me ha transmitido.

—Claro —me burlé, mirando a mi alrededor—. Sea lo que sea que quiera, la respuesta será la misma: no.

—Debe comprender la gravedad de la situación, Dionísio —afirmó el abogado de Elisa, con gesto serio—. Si no acepta sus condiciones, mañana presentaremos una demanda para solicitar la custodia de Heitor. Ella alega que usted salió del país sin su autorización, lo cual constituye una infracción grave.

Sentí una oleada de rabia y frustración, pero me contuve.

—Eso es mentira —declaré con firmeza—. Fue Elisa quien me entregó a Heitor. Dejó claro que no quería ser madre.

El abogado me miró, visiblemente incómodo.

—Entiendo su postura, pero mi clienta está decidida. Quiere recuperar al niño y está dispuesta a llegar hasta el final para conseguirlo.

Me levanté y lo miré directamente a los ojos.

—No voy a ceder a las amenazas de Elisa. Heitor es mi hijo y tengo pleno derecho legal a criarlo. Lucharé por él, y puede decirle a Elisa que me enfrentaré a cualquier batalla judicial que decida iniciar. Nunca me va a quitar a mi hijo. Que eso quede muy claro.

—Dionísio, estamos hablando del bienestar de un menor. ¿No cree que sería mejor resolver esto de forma amistosa?

—No cuando la otra parte utiliza mentiras y manipulación —repliqué—. Ahora, si me disculpa, tengo un hijo del que ocuparme.

El abogado se levantó, claramente insatisfecho con el resultado de la conversación.

—Informaré a mi clienta de su decisión.

—Hágalo —respondí, acompañándolo hasta la puerta.

Cuando se fue, volví a sentarme, pensativo.

Sabía que los próximos días serían difíciles, pero estaba decidido a proteger a mi hijo a cualquier precio.

Al mirar la foto de Heitor sobre mi escritorio, tuve la certeza de que no permitiría bajo ningún concepto que nadie me lo arrebatara y, para ello, tendría que recurrir a ciertas estrategias, ya que ella quería llevarlo ante la justicia… algo que solo descubriría cuando nos viéramos en el juicio.

DANIELA ALMEIDA

—Estás muy callado. ¿Qué ha pasado?

Desde que volvimos de SkyLink, Dionisio estaba más callado de lo habitual. Lo conocía desde hacía muchos años y sabía que algo lo estaba inquietando.

—He recibido la visita del abogado de Elisa.

—Y… ¿qué quería? —pregunté, con miedo, aunque ya tenía una idea de lo ocurrido.

En los minutos siguientes me explicó la situación y, efectivamente, ella había dicho una mentira para intentar perjudicar no solo a él, sino también la vida de su propio hijo.

¿Cómo podía alguien ser capaz de algo así?

Había intentado reconquistarlo utilizando a su propio hijo. Una persona capaz de eso era capaz de cualquier cosa.

—Esa mujer es peligrosa, Daniela —dijo con la voz cargada de preocupación—. Está amenazando con presentar una demanda para obtener la custodia de Heitor, alegando que salí del país sin su autorización.

Lo escuché en estado de shock, con una mezcla de rabia y miedo recorriéndome el cuerpo.

—¡Pero eso es mentira! —exclamé—. Ella misma te entregó a Heitor. ¿Cómo puede usar eso ahora en tu contra?

—Lo sé, y voy a luchar contra ello —respondió con determinación—. No voy a permitir que se lleve a Heitor. Eso está fuera de toda discusión. Aun así, me equivoqué. Mucho.

Noté cómo sus facciones se entristecían un poco y le tomé la mano, observándolo con atención.

—¿De qué estás hablando?

—Me equivoqué al confiar en su palabra, al no tramitar ningún documento, algo por el estilo, ni contar con testigos. En fin, tengo parte de culpa.

—No, no la tienes.

—Sí, la tengo, Daniela. Aun así, voy a arreglar esta situación.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté, consciente de la gravedad del asunto.

—Hablaré con mi abogado y prepararemos nuestra defensa. No voy a perder a Heitor. Y no voy a dejar que esto nos afecte. Nuestro bebé viene en camino y también tenemos que centrarnos en él.

Asentí, intentando asimilarlo todo.

—Estoy contigo en esto. Vamos a afrontarlo juntos.

Me miró con gratitud.

—Gracias. Eso significa mucho para mí. —Se acercó y me abrazó —. Con tú a mi lado, sé que puedo enfrentarme a cualquier cosa.

Su abrazo me reconfortaba, pero en ese momento quería que el mío también le devolviera algo de calma y alivio.

—Vamos a pasar por esto juntos. Y vamos a proteger a nuestros hijos.

Se relajó un poco entre mis brazos y pude sentir cómo la tensión disminuía en sus hombros.

—Sé que podemos —dijo con una voz más suave—. Yo solo… no quería que tú también tuvieras que pasar por esto. Ya es bastante complicado con el embarazo y todo lo demás.

—Yo elegí estar contigo —dije, mirándolo a los ojos—. Y eso significa afrontar los desafíos juntos, por difíciles que sean.

Asintió con una leve sonrisa.

—Eres increíble, empollona —afirmó, con una mirada llena de admiración—. No sé cómo habría afrontado todo esto sin ti.

—No pensemos en eso ahora. Centrémonos en el presente y en asegurarnos de que todo vaya bien para nuestra familia.

Asintió, y nos separamos un poco, todavía de la mano.

—Hablaré con mi abogado mañana a primera hora. Haremos todo lo necesario para que Heitor se quede con nosotros.

—Confío en ti.

—Yo también, y te quiero, empollona. Más de lo que imaginas.

—Yo también te quiero, desde la primera vez que discutimos —dije sonriendo, y él me atrajo hacia sí, apoderándose de mis labios y besándome con una pasión que condensaba toda nuestra historia juntos. Era un beso lleno de amor, promesas y un futuro que estábamos decididos a construir unidos. Cada roce, cada caricia, era una afirmación de nuestro compromiso mutuo.

La forma en que tocaba mi cuerpo, la manera en que me miraba, todo en él me devolvía a años atrás, a cuando nos conocimos.

Lo amaba, y ese sentimiento había permanecido atrapado en mi cuerpo durante muchos años, y ahora quería recuperar el tiempo

perdido.

Lo necesitaba.

—Siempre supe que había algo especial entre nosotros —murmuró contra mis labios, pasando la mano por mi cabello—. Incluso cuando discutíamos.

—Las mejores historias de amor tienen un poco de drama —comenté en broma, aunque con un fondo de verdad, porque eso nos había ocurrido muchas veces.

—Nuestra historia no podía ser diferente, ¿verdad? —dijo Dionisio con una sonrisa cálida.

—Exacto. Y ahora tenemos una nueva página que escribir, juntos.

—Sí, juntos.

Nos quedamos así durante un rato, abrazados, sintiendo el consuelo de la presencia del otro.

Era un instante de calma en medio de la tormenta a la que nos estábamos enfrentando. Pero, en aquel abrazo, sentía que, juntos, podríamos superar cualquier desafío que se presentara.

El silencio cómodo entre nosotros era testimonio de la profundidad de nuestro amor. En ese momento sabíamos que, independientemente de las adversidades, nuestra unión y nuestra familia eran lo más importante.

Y con esa certeza, estábamos preparados para afrontar todo lo que el futuro nos tuviera reservado.



«En sus brazos encontraba algo más que consuelo; encontraba un mundo donde todos mis sueños parecían posibles.»

DANIELA ALMEIDA

Los días y las semanas fueron pasando deprisa, y ya estaba en mi octavo mes de embarazo.

No ocurrió gran cosa nueva en ese tiempo, pero Dionisio insistió en que dejara de trabajar a partir del octavo mes y, tras mucha resistencia… lo consiguió.

Odiaba la idea de quedarme sin hacer nada, pero necesitaba un final de embarazo tranquilo.

Lo necesitaba.

A veces, mientras estaba embarazada, regresaban algunos recuerdos del pasado, y no quería que se repitieran. Por eso decidí

quedarme en casa.

En cuanto a Elisa, cumplió lo que había prometido y presentó la demanda por la custodia del hijo; la vista judicial sería pronto.

Sentía que Dionisio estaba preocupado, pero, de algún modo, se mostraba sereno cuando hablaba del asunto. Era como si confiara plenamente en lo que estaba por venir.

—¿Lista?

—No lo sé —respondí, y Dionisio se acercó, tomando mis dos manos—.

—Todo va a ir bien. Solo vamos a saber el sexo del bebé.

—Aun así… son cosas mías.

Hoy descubriríamos el sexo y si, por casualidad, era más de uno.

En todas mis ecografías había preferido no saber cuántos eran, si uno o más; solo quería que estuvieran sanos, y en eso todo iba bien.

Lo cierto es que mi barriga estaba enorme, igual que en el pasado, y más de una vez pensé que podía tratarse de más de un bebé, sobre todo porque Carol insistía en ello.

—Todo saldrá bien, y estaré a tu lado.

—De acuerdo.



Fuimos al consultorio para hablar con el médico y, durante la conversación, fue extremadamente atento y comprensivo, como siempre.

Había sido mi médico en la época en que perdí a las gemelas, y le tenía un gran aprecio.

Mientras hablaba, Dionisio me sostenía, sujetándome la mano con firmeza, transmitiéndome confianza y cariño.

—Vamos a empezar la ecografía ahora, Daniela —anunció el médico mientras preparaba el equipo—. Vamos a ver cómo está tu bebé.

A medida que deslizaba el transductor sobre mi vientre, mi corazón latía con fuerza, lleno de ansiedad y expectación.

En la pantalla aparecían imágenes que apenas lograba interpretar, pero para Dionisio y para mí, cada pequeño movimiento era un milagro.

—Entonces… —empezó el médico, con una sonrisa enigmática en los labios—. ¿De verdad queréis saber el sexo y si es uno o más?

Dionisio y yo nos miramos, seguros de la respuesta.

—Sí, doctor.

Él ya conocía esa respuesta desde hacía tiempo, pero había respetado mi decisión durante todos esos meses, y se lo agradecía.

—Parece que os espera una grata sorpresa.

—¿En qué sentido?

Dionisio y yo volvimos a mirarnos, con la mirada llena de preguntas.

—Voy a ser directo: es una parejita —reveló el médico, señalando la pantalla—. Una niña y un niño.

Nos quedamos sin palabras, mirándonos primero el uno al otro y luego a la pantalla.

Dos pequeñas vidas creciendo dentro de mí. La magnitud de lo que aquello significaba nos golpeó de lleno.

—Una parejita… —repitió Dionisio, con la voz cargada de admiración y amor.

Carol tenía razón. Siempre la había tenido…

—Yo… no puedo creerlo —murmuré, mientras las lágrimas empezaban a acumularse en mis ojos—. Son dos…

El médico nos dio un momento para asimilar la noticia mientras seguía mostrando las imágenes de los bebés en la pantalla.

Cada latido, cada movimiento, era un recordatorio asombroso de las vidas que crecían dentro de mí.

—¿Están sanos? —pregunté, secándome una lágrima.

—Muy sanos —confirmó el médico—. Estáis esperando una parejita perfectamente sana.

Dionisio me abrazó y yo me refugié en sus brazos, sintiendo cómo una oleada de emociones me invadía.

Felicidad. Alivio. Expectativa.

Era un nuevo comienzo, una nueva oportunidad de ser una familia.

—Vamos a tener un niño y una niña, empollona —dijo, con una sonrisa radiante y emocionada, igual que yo.

—Sí… —respondí, aún en shock, pero feliz—. Un niño y una niña…

Tras unos minutos más, salimos del consultorio con el corazón desbordado de alegría.

No importaba lo que el pasado nos hubiera traído: ahora nos teníamos el uno al otro y dos pequeños milagros en camino, listos para llenar nuestras vidas de amor y felicidad.

Y yo tendría a mis hijos en mis manos. De eso estaba completamente segura.

DIONÍSIO SALVATORE

Conduje hasta mi mansión en automático, pensando en todo y en nada al mismo tiempo.

Dos bebés otra vez…

Estaba en shock, pero feliz de una manera que no sabía expresar con palabras.

—Di algo, por el amor de Dios… —pidió Daniela cuando llegamos, y yo me limité a mirarla.

—Este es, probablemente, uno de los días más felices de mi vida.

—¿Tú… no tienes miedo?

Me acerqué, le tomé ambas manos y negué con la cabeza.

—No. Sé que nuestros hijos nacerán sanos y crecerán rodeados de amor y cariño. Estoy más ilusionado que asustado, empollona —respondí, mirándola a los ojos y transmitiendo toda la sinceridad del momento—. Ya hemos pasado por tanto… y ahora tenemos esta bendición, esta oportunidad de empezar una nueva historia.

Ella sonrió, una sonrisa que iluminó su rostro y disipó cualquier rastro de preocupación o duda.

—Yo también estoy feliz, Dionisio. Y estar a tu lado, esperando a estos bebés… es más de lo que jamás podría pedir —confesó, con la voz cargada de emoción.

—Te prometo, Daniela, que estaré a tu lado en cada paso del camino. No permitiré que nada malo te ocurra ni a ti ni a nuestros hijos.

La abracé y ella correspondió al gesto, apoyando la cabeza en mi pecho. Sentir su cercanía, saber que pronto tendríamos dos hijos, era una sensación indescriptible.

Era una responsabilidad enorme, pero al mismo tiempo, la mayor alegría que podía experimentar.

—Vamos a ser una familia increíble —murmuró, todavía entre mis brazos.

—Sí, lo seremos —afirmé, besándole la coronilla—. Juntos seremos la mejor familia para nuestros hijos. Y, hablando de eso, creo que deberías darle la noticia a Heitor.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

En las últimas semanas, Daniela se había acercado mucho más a Heitor, y él había reaccionado de una manera increíble con ella.

Habían construido un vínculo especial, y yo sabía que se emocionaría al saber que no tendría solo uno, sino dos hermanos en camino.

—Le encantará saber que va a tener una hermanita y un hermanito —dijo ella, separándose del abrazo y mirándome con un brillo especial en los ojos.

Sonreí, de acuerdo con ella.

Mi hijo era muy perceptivo y cariñoso, y no tenía ninguna duda de que sería un hermano mayor maravilloso.

—¿Qué te parece si se lo contamos ahora? —sugerí, entusiasmado con la idea.

Daniela asintió y, juntos, fuimos a buscarlo.

Encontramos a mi hijo jugando en su habitación, completamente absorto en su mundo de juguetes e imaginación.

—Heitor, tenemos una noticia que darte —dijo ella, arrodillándose para ponerse a su altura.

—¿Ah, sí? —preguntó él, con ese tono infantil al que ya estábamos acostumbrados.

—Vas a tener un hermanito y una hermanita. Estoy embarazada de gemelos. ¡Vas a ser el hermano mayor! —exclamó Daniela, con una sonrisa radiante.

La reacción de Heitor fue inmediata. Sus ojos se iluminaron y una enorme sonrisa apareció en su rostro mientras nos miraba a uno y a otro.

—¿Dos bebés de verdad? —preguntó, con la voz llena de emoción.

—Sí, de verdad —dije, sentándome con ellos en el suelo—. Y vas a ser el mejor hermano mayor del mundo.

Heitor se lanzó a nuestros brazos, abrazándonos con toda la fuerza que podían ejercer sus pequeñas manos.

No sabía que tuviera tanta comprensión, pero cuando se acercó a Daniela y acarició su barriga, supe que haría cualquier cosa por sus dos hermanos.

—¡Yo los voy a proteger, ¿vale?! —exclamó, feliz, mientras miraba su vientre.

Probablemente, hoy y el día en que nació Heitor fueron los dos días más felices de mi vida.

Ver a mi hijo tan ilusionado y cariñoso con la idea de tener dos hermanos solo reforzaba la sensación de que estábamos construyendo algo verdaderamente especial y cada vez más real.

—Van a tener mucha suerte de tenerte como hermano mayor, hijo —le dije, sintiendo una oleada de orgullo y ternura.

Daniela sonrió, con lágrimas de felicidad en los ojos, claramente conmovida por todo lo que habíamos vivido en los últimos meses.

—Vas a ser un ejemplo maravilloso para ellos, Heitor —dijo, acariciándole suavemente la cabeza.

Heitor parecía incapaz de contener tanta felicidad, y su entusiasmo era contagioso.

En los minutos siguientes, a su manera, empezó a hacer planes sobre todo lo que enseñaría a sus hermanos y cómo cuidaría de ellos.

En ese momento, sentado en el suelo junto a Daniela y mi hijo, sentí una inmensa gratitud por la vida que estábamos construyendo juntos. A pesar de todos los desafíos que habíamos afrontado, aquel instante era un recordatorio de que todo había valido la pena.

—Vamos a ser una familia increíble —dije, sosteniéndole la mano—. Y estos bebés serán amados y protegidos.

Heitor, con su inocencia, nos había unido todavía más, fortaleciendo el vínculo entre nosotros dos. Sabía que, independientemente de lo que el futuro nos deparara, lo afrontaríamos juntos, como una familia.

Y en ese instante, todo parecía estar exactamente donde debía estar.



«Nuestro amor era una nana suave, meciendo nuestros corazones inquietos con su melodía de paz y certeza.»

DIONÍSIO SALVATORE

Nunca había visto que la justicia en Brasil fuera tan rápida, y el juicio se había fijado para la semana siguiente.

Sabía que aquello llevaba la mano de Elisa y, al final, había hecho exactamente lo que prometió.

—¿Preocupado?

—No, hermano.

Dante, Theodore y yo estábamos reunidos en mi despacho, resolviendo algunos asuntos de la empresa.

—¿Tienes ya un plan en mente? —preguntó Theodore esta vez.

—Sí, lo tengo —aclaré, firme y seguro—. Mi abogado está trabajando en una estrategia sólida para el juicio. La verdad está de nuestro lado y no vamos a permitir que Elisa manipule la situación a su favor.

—¿Pero estás preparado para enfrentarte a ella en el tribunal? —inquirió Dante, con gesto preocupado.

—Tengo que estarlo. No puedo correr el riesgo de perder a Heitor —confesé, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre mis hombros—. Además, ahora tengo un motivo más para luchar: Daniela y los gemelos. Necesito garantizar que nuestra familia esté a salvo y lo haré cueste lo que cueste.

—Está utilizando tácticas sucias —comentó Theodore, negando con la cabeza—. Pero estoy seguro de que sabrás manejarlo.

—Gracias por el apoyo. Necesito mantenerme centrado y fuerte, no solo por mí, sino por toda mi familia.

—Cuenta con nosotros, hermano —afirmó Dante, apoyando una mano en mi hombro—. Estaremos aquí para lo que necesites.

—Y yo seguiré este caso muy de cerca —añadió Theodore—. SkyLink es una parte importante de tu vida, pero ahora tu prioridad es tu familia. Nos aseguraremos de que la empresa siga funcionando sin problemas mientras tú te concentras en el juicio.

—Eso me deja más tranquilo —dije, sintiendo un ligero alivio.

De repente, sonó mi teléfono.

—Estoy en una reunión —dije nada más descolgar.

—Hay una mujer llamada Elisa aquí y quiere hablar con usted.

—Hágala subir. Ahora mismo.

—¿Quién es? —preguntó mi hermano.

—Elisa. Voy a hablar con ella y luego retomamos esto.

—¿Seguro que es buena idea?

—Sí, es una idea excelente.

—¿Qué quieres decir con eso, Dionisio?

—Pronto lo sabréis.

Por pura coincidencia, cuando el ascensor se abrió para que Theodore y Dante salieran, ella apareció en él y, segundos después, Elisa entró en mi despacho.

—Estoy cansada, ¿sabes?

—Somos dos. Vuelve a Europa y deja de comportarte como una cría, ¿qué te parece esa idea?

—No me iré sin ti.

—Ah… sí que te irás.

—Y será con Heitor.

—Ya veremos. ¿Qué quieres? No tengo tiempo que perder.

Ella sonrió y se sentó a continuación.

—Tengo una propuesta para que este proceso no llegue a celebrarse, y no hay margen de negociación.

—¿Qué tipo de propuesta? —pregunté, cruzándome de brazos.

—Él puede venir.

—¿Él puede venir? —repetí, incrédulo.

—Sí, nuestro hijo puede venir con nosotros a Europa.

—Qué curioso…

—¿Qué es lo curioso?

—Que te refieras a Heitor como hijo, cuando lo abandonaste en el pasado. Lo recuerdo perfectamente, Elisa. Me lo entregaste y dijiste que no querías hijos, que no estabas preparada para ser madre. Entonces, ¿a qué viene ahora este cambio tan repentino? —pregunté, mirándola fijamente.

—La gente cambia, Dionisio. Yo he cambiado —respondió, intentando sonar convincente.

—¿Has cambiado…? Interesante —dije, con un tono burlón.

Se removió en la silla, visiblemente incómoda por el rumbo de la conversación.

—Dionisio, yo… —empezó, pero la interrumpí.

—No, Elisa. Basta ya de mentiras y de juegos. Abandonaste a tu hijo y ahora quieres usarlo como un arma contra mí. No voy a permitir que hagas daño a Heitor ni a mi familia.

Me miró con una expresión mezclada de rabia y frustración.

—Te arrepentirás de esto, Dionisio —me amenazó, levantándose para marcharse.

—Lo único de lo que me arrepiento es de no haber visto antes quién eras en realidad —aclaré, manteniendo una postura firme mientras hacía ademán de salir del despacho—. Fuiste capaz de utilizar a un niño que te quiere para llegar hasta aquí.

—Yo no lo quiero a él, te quiero a ti, y haré lo que sea para quedarme contigo, incluso mentir en el tribunal —gritó, y yo esbocé una sonrisa.

—Eso era exactamente lo que quería oír.

—¿Cómo dices?

—Pronto lo descubrirás. Ahora puedes irte; estaba esperando que vinieras hoy aquí y, a estas alturas, ya no te necesito.

—¿Cómo que qué es esto?

—Exacto —crucé los brazos—. Sabía que vendrías hoy, a esta hora.

—Imposible.

—No para mí. Yo lo sé todo.

—¿Qué significa eso?

—Que no vas a quitarme a Heitor. Tenlo por seguro.

—¡Eso está por verse!

DANIELA ALMEIDA

En tres semanas daría a luz y, la semana siguiente, tendría lugar el juicio entre Dionisio y Elisa.

Sentía que él estaba preocupado por la situación, pero hablábamos poco de ello. Aun así, su mansión estaba rodeada de seguridad.

Me explicó que Elisa era capaz de cualquier cosa, y no me opuse a nada. Quería que estuviéramos a salvo y no estaba dispuesta a renunciar a eso.

—Todavía no puedo creer que acertara con lo de que eran gemelos…

Sonreí.

Carol estaba conmigo, ya que estaba de vacaciones de la universidad, y algunos días me hacía compañía por las tardes.

—Ni yo, pero menos mal que acertaste.

—Todo va a salir bien, amiga, ya lo verás.

—Eso espero.

Aún sentía cierto recelo, pero no quería darle más vueltas. Lo que pasó… pasó.

—Pero estoy confiada —añadí, mirando mi barriga—. Siento que, a pesar de todos los desafíos, vamos por el camino correcto. La llegada de los bebés será un momento feliz en nuestras vidas.

—¿Y el juicio? —preguntó Carol, con gesto preocupado.

—Es complicado —admití, suspirando—. Dionisio está haciendo todo lo que puede. Ha contratado a un buen abogado y dice que tiene pruebas de que Elisa abandonó a Heitor. Pero ya sabes… el sistema judicial puede ser imprevisible.

—Pero él te tiene a ti y a Heitor. Eso cuenta mucho.

—Es verdad —asentí, con una mezcla de ansiedad y esperanza —. Solo quiero que todo esto termine de una vez para que podamos centrarnos en nuestra familia.

Cambiamos de tema y empezamos a hablar de los preparativos finales para la llegada de los bebés.

Carol estaba entusiasmada, planeando los detalles de la habitación y ayudándome a elegir las últimas cosas que faltaban.

—Vas a ser una madre increíble, Dani. Y Dionisio será un padre ejemplar —dijo Carol con una sonrisa.

—Gracias. Tenerte aquí conmigo durante este tiempo ha sido muy importante —respondí, sinceramente agradecida—. Tú, Ana y Marcela me habéis ayudado muchísimo.

—Siempre estaré aquí para ti, Dani —afirmó, abrazándome.

—Ahora háblame de ti. ¿Alguna novedad importante que deba saber? —entrecerré los ojos, y ella sonrió.

—Pues… he estado pensando bastante en mi vida, ¿sabes? — empezó Carol, con aire pensativo—. La universidad va bien, pero siento que me falta algo más… algo emocionante, quizá un nuevo hobby o incluso un romance. ¿Quién sabe?

—¿Romance, eh? —la miré con picardía—. ¿Algún pretendiente a la vista?

—Ay, ninguno —respondió riendo—. Pero estoy abierta a las posibilidades. La vida es demasiado corta para limitarse solo a los

estudios y la rutina.

—Es verdad. Algún día encontrarás a un hombre increíble, estoy segura.

—Eso espero. Un hombre sin una mujer que lo ponga en su sitio sigue siendo solo un chico, ¿no?

Solté una carcajada y asentí.

—Sin ninguna duda.

Nos quedamos charlando hasta tarde y, unas horas después, ella se marchó.

Deseaba de verdad lo mejor para mi amiga y esperaba que conociera a alguien que le revolviera la cabeza, igual que Dionisio lo hacía con la mía.



«Nuestras vidas se entrelazaban como las raíces de un árbol antiguo, profundamente arraigadas en la tierra fértil del amor verdadero.»

DIONÍSIO SALVATORE

—¿Estás bien? —preguntó mi abogado, Walter, cuando llegamos al juzgado.

—Sí, estoy preparado —respondí, sintiendo una mezcla de determinación y ansiedad.

Walter me miró con seriedad mientras se ajustaba las gafas.

—Solo asegúrate de que estamos haciendo esto de la manera correcta. Las grabaciones pueden ser un terreno delicado en un tribunal.

—Lo sé —afirmé, con confianza—. Es la única forma de demostrar que está mintiendo en todo esto. No puedo permitir que se

lleve a Heitor basándose en acusaciones falsas.

Entramos en la sala y pude ver a Elisa al otro lado, junto a su propio abogado. Me sostuvo la mirada, pero mantuve una expresión neutra, concentrado en lo que tenía que hacer.

El juez entró y el juicio dio comienzo.

El abogado de Elisa presentó su caso, alegando que yo había sacado a Heitor del país sin su consentimiento. Cuando llegó nuestro turno, respiré hondo, listo para contraatacar.

Walter empezó a argumentar, hablando de mi relación con Heitor y de cómo siempre había sido un padre presente y responsable.

Entonces llegó el momento crucial.

—Con la venia del tribunal, nos gustaría presentar una prueba clave para este caso —dijo Walter, tomando una grabadora y un dispositivo que conectó a un ordenador portátil—. Y no solo estas grabaciones, sino también imágenes de las veces que ella acudió a SkyLink, la empresa de la que mi cliente es director ejecutivo.

Explicó el origen de las pruebas y pulsó reproducir.

La voz de Elisa resonó en la sala, revelando la verdad sobre su plan y cómo había mentido acerca de todo.

Al final, había sido más astuto de lo que parecía…

Cuando comprendí lo que Elisa pretendía tras verla por primera vez, coloqué cámaras ocultas en mi despacho, con el consentimiento de Theodore.

Cada vez que fue allí y pronunció aquellas palabras, todo quedó grabado. Por eso, en esos encuentros, siempre insistía en que había abandonado a nuestro hijo, para que lo confirmara ante las cámaras.

En la cena que compartimos no había cámaras, pero sí una grabadora, confrontando su voz con las otras pruebas, ya que en las ocasiones anteriores había quedado registrado tanto el audio como el vídeo.

Tras casi una hora presentando evidencias, la sala quedó en silencio, con todas las miradas puestas en Elisa, que parecía cada vez más incómoda.

El juez pidió un receso para valorar las nuevas pruebas. Miré a Walter, sintiendo cómo un gran peso se desprendía de mis hombros.

—Creo que hicimos lo correcto —dije, aliviado.

—Sí, lo hicimos —asintió Walter, dedicándome una mirada de aprobación—. La idea de grabarlo y filmarlo todo fue excelente, y es muy poco probable que perdamos.

Si su imagen diciendo aquello y su propia voz no eran pruebas suficientes de su mentira, ya no sabía qué podría serlo.

Durante el receso me quedé solo unos minutos, pensando en todo lo que había ocurrido.

Sabía que la decisión final aún estaba en manos del juez, pero sentía que había dado un paso enorme para proteger a Heitor y a nuestra familia.



Estaba inquieto, esperando la decisión del juez.

Cada minuto parecía alargarse eternamente mientras repasaba mentalmente cada detalle del juicio. Por fin, el juez regresó a la sala con expresión solemne.

—Tras considerar todas las pruebas presentadas y escuchar a ambas partes, estoy preparado para dictar mi veredicto —comenzó el juez, y mi corazón se aceleró.

Pasó unas páginas antes de continuar.

—La custodia del menor, Heitor Salvatore, permanecerá con el padre, Dionisio Salvatore. Las alegaciones de la señora Elisa han resultado insuficientes y contradictorias, especialmente a la luz de las grabaciones y filmaciones aportadas.

Solté el aire que llevaba conteniendo, sintiendo cómo una oleada de emoción me recorría el cuerpo. Miré a Walter, que sonreía, y luego a Elisa, que parecía completamente descolocada.

—Además —prosiguió el juez—, recomiendo a la señora Elisa que busque asesoramiento legal respecto a sus futuras acciones y que considere seriamente el impacto de sus decisiones en el bienestar del menor.

Con la decisión dictada, salí del juzgado sintiendo como si me hubieran quitado un enorme peso de encima.

Tenía a Heitor y, ahora, junto a Daniela y a nuestros futuros gemelos, podríamos construir la familia con la que siempre había soñado.

—Hemos ganado.

—¡Gracias a Dios! —exclamé, profundamente aliviado, cerrando los ojos.

—Yo me encargo del resto, Dionisio. Ve a estar con tu familia.

—Gracias por todo, Walter.

—Es mi trabajo.

Sin perder un segundo, me dirigí hacia quienes de verdad importaban en mi vida…

DANIELA ALMEIDA

Al igual que Dionisio, me puse nerviosa antes de que el juez dictara sentencia, pero me sentí profundamente aliviada cuando anunció que Heitor se quedaría con nosotros.

Estábamos todos allí: Dante, Marcela, Ana Júlia, Theodore y Carol. Heitor no estaba presente; estaba con su abuela.

Al salir del juzgado, lo primero que hice fue acercarme a Dionisio y abrazarlo, y permanecimos así durante un largo rato.

—Lo hemos conseguido —dije, pero él guardó silencio unos segundos.

—Mi hijo se queda conmigo —susurró, y entonces vi que estaba emocionado, con lágrimas en los ojos.

—Sí, se queda contigo. Ahora vamos a ser una familia, todos juntos —afirmé, sosteniéndole el rostro entre mis manos y secándole las lágrimas con los pulgares.

Dionisio me miró a los ojos, con una expresión llena de amor y gratitud que me emocionó aún más.

—Te prometí que haría todo por ti y por Heitor, y voy a cumplirlo. Ahora, con nuestros gemelos en camino, vamos a construir la vida que siempre soñamos —dijo con voz firme, pero cargada de emoción—. Y quiero que estés a mi lado. Los dos cometimos errores en el pasado, pero no quiero vivir anclado en él. Quiero estar en el presente y te necesito, Daniela. Siempre te he necesitado.

—Nunca dudé de ti, Dionisio. Incluso con todos los altibajos, siempre supe que eras el hombre de mi vida —confesé, con el corazón

desbordado de felicidad.

Me abrazó con más fuerza y pude sentir el amor y la protección en su abrazo.

—Te amo, Daniela. Más de lo que las palabras pueden expresar. Y te juro que haré todo lo posible para que seamos la familia más feliz del mundo; solo necesito una oportunidad —prometió, mirándome profundamente a los ojos.

—Y yo te amo, Dionisio. Juntos criaremos a nuestros hijos con amor —respondí, con lágrimas de felicidad en mis propios ojos.

—Gracias por perdonarme, empollona.

Permanecimos abrazados, en un instante de pura conexión y promesas no dichas.

Sentía la fuerza de nuestro amor, una fuerza que había superado tantas adversidades y que ahora nos unía, más sólida que nunca.

—Prometo estar a tu lado en cada paso de este camino. Vamos a ser la familia que siempre soñamos —dije, sintiendo una oleada de esperanza y alegría.

Él sonrió, una sonrisa que reflejaba todo lo que sentíamos.

En ese momento supimos que el pasado había quedado atrás y que el futuro nos esperaba, lleno de amor y nuevas aventuras.

—Vamos a dar a nuestros hijos un hogar lleno de amor, como se merecen. Serán fuertes y bondadosos.

—Y aprenderemos de ellos cada día —añadí, ilusionada con la idea de nuestra familia en crecimiento.

Dionisio se inclinó y me besó, un beso cargado de promesas y sueños. Era un nuevo comienzo para nosotros, un renacer construido sobre los cimientos del amor verdadero.

—Te amo, Daniela. Y nada en el mundo va a cambiar eso — susurró, apoyando su frente en la mía.

—Yo también te amo, Dionisio. Vivamos sin mirar atrás.

Y allí, abrazados, supimos que nuestra historia no hacía más que empezar. Una historia de amor, superación y una familia unida por el amor más puro.

Era el inicio de nuestra vida juntos, una vida llena de felicidad, desafíos y un amor incondicional por nuestros hijos.



«Cada vez que él sonreía, era como si el mundo entero se iluminara, disipando las sombras de la duda y del miedo.»

DANIELA ALMEIDA

Viví un día tras otro y, por fin, había llegado el día en que daría a luz.

—Todo va a salir bien —dijo Dionisio, apretando mi mano con firmeza.

Estábamos en el hospital, y el aire estaba cargado de expectación y nerviosismo.

Yo estaba tumbada en la cama, intentando controlar la respiración, mientras Dionisio permanecía a mi lado, siendo una fuente constante de apoyo y amor.

—Lo sé —respondí, apretándole la mano—. Estoy nerviosa, pero sé que estamos preparados para esto.

Las enfermeras entraban y salían de la habitación, revisando los monitores y preparándome para el parto. Cada instante parecía alargarse y pasar volando al mismo tiempo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó, con una mirada llena de preocupación.

—Un poco asustada, pero ilusionada. No puedo creer que por fin vayamos a conocer a nuestros bebés.

Sonrió y acarició mi mano.

—Voy a estar contigo en todo momento, Dani. Pase lo que pase, estoy aquí.

A medida que las contracciones se intensificaban, me concentré en respirar.

Dionisio seguía tranquilizándome; su voz era un ancla en medio de la tormenta de emociones.

Finalmente, llegó el momento.

Me llevaron al paritorio con Dionisio a mi lado. Las enfermeras y el médico estaban listos, y supe que había llegado la hora de traer a nuestros bebés al mundo.



El parto fue una mezcla de dolor, esfuerzo y pura emoción.

Cada instante parecía prolongarse hasta el infinito, hasta que, por fin, escuchamos el primer llanto. Mi corazón se llenó de alegría y alivio.

—Es una niña —anunció el médico, entregándome a nuestra hija. Era perfecta, pequeña e increíblemente real.

Poco después, llegó el segundo llanto.

—Y aquí está vuestro niño —dijo el médico.

Sostuve a ambos en mis brazos y, al poco tiempo, levanté la vista hacia Dionisio, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Lo hemos logrado —dijo, con la voz quebrada por la emoción.

—Sí, lo hemos hecho —respondí, sintiendo cómo las lágrimas de felicidad recorrían mi rostro.

En ese momento, al mirar a nuestros hijos, supimos que nuestra vida juntos no hacía más que empezar.

Un nuevo capítulo lleno de amor, desafíos y alegrías inimaginables. Y estábamos preparados para afrontarlo todo juntos, como una familia.

DIONÍSIO SALVATORE

Como padre, sentía la misma alegría que cuando nació Heitor, y no sabía cómo expresarlo con palabras.

En ese momento, a mi lado, Heitor estaba entusiasmado, deseando conocer cuanto antes a sus hermanos. No hablaba de otra cosa.

—Son pequeños, ¿verdad, papá? —preguntaba Heitor, mirándome con esos ojos brillantes y curiosos.

—Sí, hijo, muy pequeños —respondí, sonriendo.

—¿Y se pueden coger?

—Dentro de muy poco, Heitor. Tenemos que ser muy cuidadosos porque son recién nacidos.

—Ajá.

El médico y las enfermeras terminaron los últimos procedimientos y trajeron a nuestros gemelos, envueltos en pequeñas mantas. La enfermera colocó con cuidado a cada uno en mis brazos.

Heitor se acercó, observando a sus hermanos con admiración.

—¡Son preciosos, papá!

—Lo son, Heitor. Ellos son tus hermanos, Rafael y Manuela.

Daniela y yo habíamos decidido sus nombres la semana pasada, y estábamos felices con la elección.

—¿Puedo darles un beso? —preguntó, con los ojitos llenos de emoción.

—Claro que sí.

Con mucho cuidado, Heitor se inclinó y dio un beso suave en la frente de cada uno.

Sentí el corazón desbordarse de amor por mis hijos. En ese instante, percibí una conexión profunda entre nosotros, una nueva familia que acababa de nacer.

Daniela nos observaba, agotada, pero con una sonrisa que irradiaba felicidad y amor. Me acerqué a ella, sosteniendo a nuestros gemelos.

—Son perfectos. Gracias por todo.

—No, gracias a ti por estar a mi lado —respondió, con lágrimas de alegría.

En aquella habitación de hospital, junto a nuestros tres hijos y mi futura esposa, supe que estaba viviendo los momentos más felices de mi vida.

Estábamos juntos, completos y listos para comenzar nuestro camino como una familia unida y llena de amor.



Daniela estaba con nuestros hijos y, esta vez, fuera de la habitación del hospital.

Mi hermano y Theodore estaban conmigo.

—Menos mal que todo ha salido bien.

No podía mostrar delante de Daniela cuánto me había preocupado todo, sobre todo sabiendo que yo era su pilar después de haber perdido a nuestras hijas años atrás.

Intenté mantenerme fuerte en todo momento, aunque en el fondo temiera por la vida de nuestros bebés.

No soportaría pasar por algo así de nuevo.

—Sí, y ahora voy a quedarme a su lado. Daniela me necesita más que nunca en este momento.

—Y nosotros estaremos aquí para ti, Dionisio —me apoyó Dante con un ligero toque en el hombro, un gesto que siempre me transmitía fuerza.

—Tu familia es increíble, amigo —añadió Theodore, sonriendo —. Y esos bebés van a ser muy amados.

Mientras hablábamos, no podía evitar mirar en dirección a donde estaba Daniela con Rafael y Manuela.

Sentía una mezcla de alivio, felicidad y un amor inmenso por mi familia.

—Os agradezco todo el apoyo que me habéis dado, sobre todo en estos últimos meses, en los que cometí algunos errores —confesé, con la voz quebrada por la emoción—. No habría sido capaz de pasar por todo esto sin vosotros.

—Eres más fuerte de lo que crees, hermano. Y ahora, con Daniela y los pequeños, tienes aún más razones para luchar y ser feliz.

—Ellos son mi vida ahora —dije con determinación—. Haré todo lo posible por protegerlos.

—No lo dudamos.

Seguimos hablando unos minutos más y después se marcharon.

Caminé un rato por el hospital hasta que uno de mis guardaespaldas se me acercó.

—¿Algún problema?

—Tal vez, señor.

—¿Qué ocurre?

—La madre de Heitor está en recepción y está llamando la atención de todo el mundo, gritando porque no le permitimos subir.

—Llévame hasta ella.

Hablaría con Elisa y tenía la certeza de que esa sería nuestra última conversación.

Por su propio bien…

Minutos después llegué hasta donde se encontraba.

—Vamos a salir fuera del hospital.

—¿Por qué fuera?

—Si no es fuera, no habrá conversación alguna, y sé que has venido aquí para hablar conmigo. Tú decides —pregunté, ya sin paciencia.

Segundos después asintió y salimos del edificio. Di orden a los guardaespaldas de que se quedaran dentro del hospital.

—Dio, yo…

—Primero: no me llames así. Segundo: esta es la última vez que vamos a vernos.

—Sé que me equivoqué al mentir, pero… era para recuperarte.

Cerré los ojos, incrédulo.

—Usaste a nuestro hijo. Es decir… a mi hijo, porque nunca te importó de verdad. Lo utilizaste sin pensarlo dos veces y te lo habrías llevado si hubieras ganado esta disputa. Una madre como tú es una vergüenza, y lo sabes.

—Esa mujer no te ama como yo te amo.

—No, no te ama igual: te ama mucho más —repliqué, mirándola a los ojos, vacíos de expresión—. Y esa mujer es la mujer de mi vida. Siempre lo ha sido, algo que tú nunca fuiste capaz de entender ni de aceptar —mi voz sonó firme, reflejando toda la claridad que sentía en ese momento—. Daniela y yo tenemos una historia, hemos superado desafíos y ahora tenemos una familia. Y tú… tú elegiste un camino que nos separó de forma definitiva.

Elisa me miró, y pude ver la desesperación y la tristeza en sus ojos. Pero yo ya no sentía nada por ella, ni siquiera lástima.

—Yo… pensé que si te obligaba a elegir, verías que nosotros dos…

—Te equivocaste —la interrumpí, sin ganas de escuchar más excusas ni justificaciones—. Yo elegí a mi familia, Elisa. Y tú no formas parte de ella. No volverás a formar parte jamás.

Ella tragó saliva y, por un instante, pareció que iba a decir algo más, pero luego negó suavemente con la cabeza, como si por fin lo hubiera comprendido.

—Yo… lo siento mucho, Dionisio. Por todo.

—Yo también lo siento, Elisa —dije, más para mí que para ella—. Siento que nunca entendiste lo que es el amor verdadero y que perdiste la oportunidad de ser madre para Heitor. Pero ahora ya es demasiado tarde. Y una última cosa… será mejor que regreses a Europa; de lo contrario, haré que tu vida en Brasil se convierta en un infierno después de todas tus mentiras, y acabarás en prisión. No voy a sentir compasión por ti. Lo que hiciste ha cruzado todos los límites.

Sabía que, tarde o temprano, acabaría buscándome, ya que mis investigadores confirmaron que seguía en Brasil, y ese día había llegado.

—Está bien.

—Espero que algún día puedas ser feliz, pero no será cerca de mí.

No dijo nada más. Simplemente asintió con la cabeza, se dio la vuelta y se marchó. Esperaba que aquella fuera la última vez que nos viéramos y, en el fondo, sentía que así sería.

Protegería a mi familia a cualquier precio.



«Él era la brisa fresca de una tarde de verano, trayendo alivio y alegría al calor de mis días más turbulentos.»

DANIELA ALMEIDA

SEIS MESES DESPUÉS

—¿Estabas dormida, preciosa?

Ni siquiera me di cuenta de cuándo se me cerraron los ojos, y mis amigas me observaban sonriendo. Fue inevitable devolverles la sonrisa.

—Creo que estoy cansada —dije, suspirando.

—Bienvenida a nuestro mundo —comentó Ana Júlia—. Durante el primer año, dormir es un lujo.

—Ya me estoy dando cuenta.

Estaba muy feliz con todo lo que estaba ocurriendo en mi vida.

Rafael y Manuela estaban sanos, y nunca había sido tan feliz como en ese momento. Era como si, por fin, todo hubiera encajado, y me sentía profundamente agradecida por ello.

—Dime, amiga… —Marcela se acercó, con una sonrisa pícara—. ¿Estás preparada para casarte?

—Lo estoy. Nunca me imaginé casándome, pero ahora sé que es lo que necesito y lo que quiero para mi vida.

Tres meses atrás, Dionisio me sorprendió con una pedida de mano. Lo planeó todo de una forma tan romántica y especial que era imposible decir que no.

Estábamos en la playa, un lugar que siempre he amado, al atardecer.

Había organizado una cena a la luz de las velas, con la mesa puesta sobre la arena. El cielo se teñía de tonos anaranjados y rosados, y el sonido de las olas creaba una música de fondo perfecta.

Yo estaba distraída, lo confieso, admirando la belleza del océano, cuando se arrodilló frente a mí, sosteniendo una pequeña caja. Sus palabras fueron sencillas, pero llenas de significado.

Habló de nuestro amor, de nuestro camino juntos y de cuánto deseaba pasar el resto de su vida a mi lado.

Mis ojos se llenaron de lágrimas cuando abrió la caja y me mostró un anillo deslumbrante. Al final, el “sí” salió de forma natural, como si fuera la respuesta más obvia del mundo.

Y en aquel momento, lo era.

—La verdad es que aún no me creo que vaya a casarme —les dije a las chicas, todavía maravillada por el recuerdo—. Es como si estuviera viviendo un sueño.

—Y lo estás viviendo, amiga —añadió Carol con una sonrisa—. Tú y Dionisio habéis pasado por tantas cosas, y ahora estáis aquí, más fuertes y enamorados que nunca. Vuestro amor nunca murió, y tú lo sabes.

—Es cierto —asentí, mirando mis manos, donde ahora brillaba el anillo de compromiso—. Todo lo que hemos vivido solo ha fortalecido nuestra relación. Y ahora, con los gemelos y Heitor, nuestra familia está completa.

—Y estaremos a tu lado en cada paso de este matrimonio —prometió Ana Júlia, mientras Marcela y Carol asentían de acuerdo.

—No podría hacer esto sin vosotras —dije, un poco más emocionada—. Sois más que amigas; sois mi familia.

Sentada allí, rodeada del cariño y el apoyo de mis amigas, supe que, a pesar de todos los desafíos, mi vida estaba exactamente donde debía estar.

Con un futuro brillante y lleno de amor ante mí, sentía ilusión por descubrir qué más tenía reservado la vida para mí y para mi familia.



Estaba ordenando algunas cosas en casa cuando me sorprendió una llamada. Al mirar la pantalla y ver quién era, me quedé pensativa,

pero decidí contestar.

—Hola, mamá…

—Hija… ¿cómo estás? —preguntó con un tono amable, algo que me sorprendió.

—Estoy bien. ¿Y usted y papá?

—Estamos bien también.

Al otro lado de la línea se hizo un largo silencio y yo aún no entendía el motivo de la llamada.

La última vez que hablamos, apenas me prestaron atención y, desde entonces, ni siquiera se habían puesto en contacto conmigo. Yo, en cambio, los llamé un par de veces, hasta que me cansé.

Mi familia no se preocupaba por mí, pero ahora yo tenía una familia que sí lo hacía.

—¿Por qué llamáis?

—Voy a ser directa, hija: nos hemos enterado de que te vas a casar. Tu padre y yo iremos a la boda. Hace tiempo que no viajamos a Brasil y será bueno visitar São Paulo y…

—No —la interrumpí.

—¿Cómo que no?

—No os he invitado.

Una parte de mi corazón dolía al decirlo, pero estaba decidida. No porque se hubieran autoinvitado iba a aceptarlo.

—¿Qué estás intentando decir, Daniela?

—Exactamente lo que has oído, mamá. No estáis invitados. Durante años ni siquiera pensasteis en mí ni me llamasteis; actuasteis como si fuera una desconocida, y ahora eso es lo que sois para mí: desconocidos.

—Pero…

—No quiero oír lo que tenga que decir, ni disculpas que pueda inventar. Ya he tomado mi decisión. Así que, si venís a Brasil, quiero que sepáis que no estaréis presentes en mi boda.

—Eso no se le hace a una madre.

—En realidad, lo que no se le hace es eso a una hija, sobre todo cuando yo no tenía a nadie más que a ti y a papá, y aun así me ignorasteis. No quiero seguir con esta conversación. Ha sido bueno que me llamaras. Espero que estéis bien, pero voy a colgar.

No hubo más palabras entre nosotras y, enseguida, colgó el teléfono.

A pesar de todo, sentí algo parecido a la sensación del deber cumplido. Por mucho que fuera mi familia, en determinados momentos es necesario cortar lazos por el bien de nuestra salud mental.



—Hola, amor mío, yo…

No esperé a que Dionísio terminara la frase al llegar a casa y le besé la boca, empujándolo casi contra la pared.

—Hola —dije deprisa.

—¿Qué significa esto?

—Significa exactamente lo que estás pensando. Te quiero dentro de mí, y lo quiero ahora.

A veces tenía momentos de absoluta torpeza, y en ese instante necesitaba a mi hombre cuanto antes… y lo tendría.

—¡No hace falta pedirlo dos veces!

Me alzó en brazos y me llevó sin demora hasta el dormitorio.

En cuestión de segundos, toda nuestra ropa acabó esparcida por el suelo, y me recostó sobre la cama con una delicadeza que contrastaba con la urgencia que nos devoraba a ambos. Dionísio se inclinó sobre mí, con los ojos ardiendo de deseo, y atrapó mis labios en un beso voraz.

—Me vuelves loco, Daniela —murmuró entre besos, mientras sus manos exploraban cada centímetro de mi piel.

Con cada una de sus caricias, una oleada de calor recorría mi cuerpo, intensificando la anticipación.

—Te amo, Daniela. Eres todo para mí —susurró Dionísio, con la voz ronca de emoción.

—Y yo te amo, Dionísio. Más que a mi propia vida —respondí, sintiendo cómo una lágrima de felicidad resbalaba por mi mejilla.

Mientras continuaba amándome con una pasión incomparable, sentía cada célula de mi cuerpo vibrar en respuesta a su contacto.

—Eres mi vida, Daniela —murmuró, aumentando el ritmo, dejando claro su deseo y su necesidad de mí.

Nuestros cuerpos se fundieron en una danza perfecta de amor y pasión.

Nuestros corazones latían al unísono, las respiraciones aún entrecortadas. Me rodeó con sus brazos y me acurruqué contra él, sintiéndome completa e infinitamente amada.

—Te prometo que cada día a tu lado será una nueva travesía de amor y pasión —susurró, besando la coronilla de mi cabeza.

Lo observé, viendo en él no solo a mi amante, sino también a mi mejor amigo, a mi compañero de vida.

En ese instante supe que todos nuestros sueños y deseos para el futuro estarían entrelazados, igual que lo estábamos nosotros.

—Y yo estaré a tu lado, Dionísio, amándote en cada paso del camino —declaré, sellando nuestra promesa con un beso suave.

Allí, en aquella habitación, con el amor de mi vida, supe que había encontrado mi destino.

En los brazos de Dionísio, encontré mi hogar.



«Nuestras manos entrelazadas eran el símbolo perfecto de dos vidas unidas, cada dedo enlazado un juramento silencioso de permanencia.»

DIONÍSIO SALVATORE

Uno de mis mayores sueños siempre fue casarme con Daniela.

Nunca lo oculté a nadie en el pasado y ahora, en el presente, estaba haciendo realidad ese sueño.

Cuando apareció ante mí, con su deslumbrante vestido blanco, me quedé sin aliento. El vestido, de diseño elegante y detalles delicados, realzaba su belleza natural de una forma que solo podía describirse como mágica.

Avanzaba lentamente hacia mí, con una sonrisa radiante iluminándole el rostro. Cada paso que daba parecía detener el tiempo a nuestro alrededor, convirtiendo aquel instante en algo eterno en mi memoria.

El sol se filtraba entre las hojas de los árboles, creando el escenario perfecto en la finca. Los invitados —nuestros amigos y familiares— estaban visiblemente emocionados, pero nadie lo estaba tanto como yo.

Cuando por fin llegó hasta mí, tomé sus manos, sintiendo la suavidad de su piel y la firmeza de su apretón. Nuestras miradas se cruzaron y vi lágrimas de felicidad brillando en sus ojos.

—Estás preciosa, amor mío —susurré, completamente hipnotizado por ella.

—Y tú estás increíble —respondió, con una voz suave cargada de todo el amor que sentíamos el uno por el otro.

La ceremonia comenzó, pero para mí era como si estuviéramos solos, en nuestro propio mundo. Las palabras eran importantes, sí, pero lo que de verdad importaba era la promesa silenciosa que nos hacíamos a través de las miradas y las sonrisas.

Cuando por fin dije «sí», sentí como si estuviera ganando el mayor premio de mi vida.

El beso que compartimos después fue la celebración perfecta de nuestro amor y de la nueva vida que empezábamos juntos.

Aquel día, el día de nuestra boda, marcaría el inicio de una nueva etapa, una etapa que sabía que estaría llena de amor, desafíos, alegrías y, por encima de todo, compañerismo.

Estaba listo para enfrentarme al mundo con Daniela a mi lado, ahora y para siempre.

DANIELA ALMEIDA

Aquel día se había convertido en uno de los más felices de mi vida, y ya ni siquiera recuerdo cuántas veces me emocioné por todo lo que estaba ocurriendo.

Tener a mi lado al único hombre al que he amado, junto a nuestros hijos y mis amigas, era todo lo que podía desear para mi vida.

—Creo que nunca te había visto tan feliz, Dani —dijo Carol, y las chicas asintieron.

—Ni siquiera sé qué decir. Sinceramente, este día se va a quedar grabado en mi memoria durante mucho tiempo.

—Desde luego que sí —coincidió Marcela, con un brillo especial en los ojos—. Y te mereces cada segundo de esta felicidad, cariño.

—Sabes… entiendo que he pasado por momentos muy duros, por pérdidas que creí que nunca superaría. Pero mirar hoy a Dionísio y a nuestros hijos… —la voz se me quebró ligeramente y tragué saliva, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con volver—. Todo cobra sentido ahora. Los dolores del pasado me trajeron hasta aquí, hasta este instante de felicidad absoluta.

Ana Júlia se acercó y me rodeó los hombros con el brazo.

—Eres una luchadora, Dani. Y ahora estás empezando una nueva vida, llena de amor y alegría. Y vas a ser feliz, como te mereces.

Miré a Dionísio, que conversaba con Heitor, mientras nuestros gemelos, Rafael y Manuela, estaban uno en sus brazos y el otro con su madre.

El amor que sentía por ellos era tan profundo, tan verdadero, que a veces incluso me asustaba. Dionísio me miró y sonrió, esa sonrisa suya que siempre conseguía derretirme.

—Nunca imaginé que podría ser tan feliz —confesé, sintiendo una oleada de gratitud por todo lo que habíamos superado para llegar hasta allí.

—Y esto no es más que el comienzo de una historia larga y preciosa —dijo Carol, con una sonrisa traviesa.

—Amiga… —susurró Ana Júlia—. ¿Estás bien con que tus padres no estén aquí?

—Sí. Fue una decisión mía y no me arrepiento. Nunca fueron cercanos conmigo y, incluso cuando intenté acercarme, no quisieron. Estoy en paz con eso.

—Me alegro. No quiero que nada estropee la felicidad de este día.

—No lo hará. Te lo aseguro —afirmé, sonriendo.

—Entonces, vamos a disfrutar de esta fiesta, porque os merecéis celebrar cada instante.

Las risas y las conversaciones continuaron, pero mi corazón estaba en calma y rebosante de alegría.

Tenía todo lo que siempre había querido: una familia, amor y un futuro luminoso por delante.

Y sabía, en lo más profundo de mi corazón, que cada desafío afrontado había merecido la pena para llegar hasta ese momento de felicidad plena.

DIONÍSIO SALVATORE

—Entonces… mi hermano pequeño se ha casado…

—Para ya, Dante…

Rara vez veía a mi hermano emocionarse por algo, pero esta vez estaba sobrepasando todos los límites. Me di cuenta incluso de que había llorado, y no estaba acostumbrado a verlo así.

—Me he acordado de mi boda, y espero que sea feliz.

—Te garantizo que lo seré.

—Y bien, ¿qué me he perdido…? —Theodore se acercó a nosotros y nos rodeó con un abrazo.

—Mi hermano en modo totalmente emotivo.

—Sí, yo también lo he notado. Nunca había visto a Dante así, pero he preferido no decir nada.

—Podéis reíros todo lo que queráis, pero es un día especial —dijo Dante, disimulando la emoción—. Ver a Dionísio casarse con Daniela, después de todo lo que han pasado… es imposible no emocionarse.

Tenía razón.

Hubo muchos altibajos —en realidad, más bajos que altos—, pero al final todo salió bien y estamos juntos.

Theodore me dio una palmada en la espalda.

—Has hecho un gran trabajo, tío. Y mi prima… estaba deslumbrante.

—Daniela siempre ha sido deslumbrante para mí, desde el primer día que la conocí —respondí, mirando hacia donde estaba, rodeada de nuestros hijos y amigas, irradiando felicidad—. Y hoy se ha convertido en mi esposa. No se me ocurre nada más perfecto.

—Bueno, ahora que eres un hombre casado, ¿cuáles son los planes? —preguntó Theodore, con una sonrisa maliciosa.

—Los planes son sencillos: ser el mejor marido y el mejor padre que pueda. Construir una vida juntos, llena de amor, y ser feliz. Y, por supuesto, seguir creciendo a nivel profesional —añadí, sintiendo una oleada de optimismo y plenitud.

—Así se habla, hermano —dijo Dante, sonriendo—. Y recuerda que siempre estaremos aquí para lo que necesites.

—Lo sé, y os lo agradezco. Los dos habéis sido fundamentales en muchos momentos de mi vida. Y ahora, con Daniela a mi lado y nuestros hijos, siento que todo encaja por fin.

—Ahora, vamos a disfrutar de la fiesta. ¡Hoy es un día para celebrar! —exclamó Theodore, guiándonos de nuevo hacia el centro de la celebración.

La fiesta continuó, llena de risas, bailes y momentos que jamás olvidaría.

Estaba rodeado de las personas que amaba, celebrando un nuevo capítulo de mi vida.

Y mientras observaba a Daniela, sabía que cada decisión que había tomado, cada desafío que había afrontado, me había llevado exactamente adonde tenía que estar: con ella y nuestra familia, construyendo una vida de amor y felicidad.

Sin pensarlo demasiado, fui hacia ella.

—Hola, señora Salvatore.

—¿Crees que me acostumbraré al apellido? —preguntó, rodeándome el cuello con los brazos.

—Creo que sí, sobre todo porque siempre has tenido un don especial para adaptarte a las novedades —respondí, sonriendo mientras sentía el calor de su abrazo—. Y, si me permites decirlo, «Daniela Salvatore» suena perfecto.

Rió, un sonido que siempre me calentaba el corazón.

—Me encanta cuando dices eso. Y estoy feliz por nuestro matrimonio, más de lo que imaginas.

—Yo también lo estoy, empollona. Hoy es solo el comienzo de todo lo que vamos a vivir juntos. Y, sinceramente, no veo la hora de pasar cada segundo a tu lado, con nuestra familia.

—No podría pedir nada más —dijo, acercándose para besarme.

—¿Bailamos? —sugerí, tendiéndole la mano—. Creo que la pista nos está llamando.

Aceptó mi mano con una sonrisa.

Mientras caminábamos hacia la pista de baile, sabía que aquel momento sería solo uno de los muchos que compartiríamos juntos.

Bailamos durante unos minutos, hablando entre la multitud, hasta que ella sonrió de nuevo.

—Tengo que contarte algo.

—Lo que quieras.

—¿Recuerdas cuando hablamos de ampliar la familia? —preguntó Daniela, con un brillo especial en los ojos.

—Claro que lo recuerdo —respondí, intrigado.

Respiró hondo, con una mezcla de emoción y nerviosismo reflejada en el rostro.

—Estoy embarazada, Dionísio. Vamos a tener otro hijo.

Por un instante, fue como si el mundo a mi alrededor se detuviera.

Sentí una oleada de felicidad inundarme, tan intensa que casi me dejó sin aliento.

—¿Hablas… en serio? —pregunté, sin acabar de creer lo que estaba oyendo.

—Muy en serio —confirmó, sonriendo—. Acabo de descubrirlo. Aún es pronto, pero todo indica que está todo bien.

Sin poder contener mi alegría, la abracé con fuerza y permanecimos así durante largo rato, profundamente emocionado.

—Esto es… increíble, Daniela. Yo… ni siquiera sé qué decir.

—Solo dime que estás feliz —susurró, con la voz cargada de emoción.

—Estoy más que feliz, amor mío. Nuestra familia está creciendo, y esta es la mejor noticia que podría haber recibido.

Volvimos a abrazarnos durante un largo momento, perdidos en la felicidad de aquel instante.

Era un nuevo comienzo, una nueva vida que empezaba a formarse, un nuevo capítulo en nuestra historia. Y yo estaba deseando vivir cada segundo de todo aquello a su lado.

—Vamos a ser padres otra vez, Dani. Juntos —dije, mirándola a los ojos.

—Juntos —asintió ella, con una sonrisa radiante.

Y allí, en medio de la pista de baile, celebramos la llegada de un nuevo miembro a nuestra familia.

Era el inicio de otra hermosa travesía que recorreríamos unidos, y no podía sentirme más feliz.



«Su tacto tenía el poder de calmar las tormentas de mi mente, llevando paz al caos de mis pensamientos.»

DANIELA ALMEIDA

CINCO AÑOS DESPUÉS

—¿Qué os dije sobre correr dentro de casa, eh?

Mi casa parecía una guardería y, en ese momento, siete niños corrían por la mansión.

Siete niños.

Heitor, Manuela, Rafael, Laura, Sofía, Miguel y mi hija pequeña, Jéssica.

Estaba volviéndome loca con ellos y, por lo visto, mis amigas también.

—Son muchísimos niños, y tú tienes cuatro, Daniela —comentó Marcela, mientras salíamos a la parte exterior de la mansión en busca de mi dignísimo marido.

—Ni me lo recuerdes. Ahora le toca a Dionísio.

Poco a poco apareció sonriendo junto a su hermano y Theodore, pero la sonrisa se le borró en cuanto me vio. Sabía perfectamente lo que venía.

—Amor…

—Son tuyos. Ni se te ocurra intentar ganarte mi favor —lo corté, y él suspiró—. Organiza esos juegos locos que solo tú sabes inventar, les encantarán. Necesito unas horas de descanso.

—De acuerdo.

Dionísio sabía obedecer en ciertos momentos, y aquello era maravilloso.

Las chicas y yo nos fuimos al jardín a charlar y, por fin, pude relajarme sin la carrera constante de los niños.

—Aun así, debe de ser todo un reto —añadió Carol, observando a los pequeños jugar bajo la supervisión de Dionísio.

—Lo es, sí, pero también es lo mejor que me ha pasado en la vida —confesé, sintiendo una oleada de amor y gratitud—. Cada uno de ellos ha añadido un nuevo color a mi vida. Y después de todo lo que hemos vivido, Dionísio y yo estamos más unidos que nunca.

—Parece que, al final, todo ha salido bien —comentó Marcela, con una sonrisa sincera.

—Sí, ha salido bien —asentí, mirando al cielo—. Tras tantos altibajos, pérdidas y logros, por fin he encontrado mi felicidad. Y esa felicidad tiene nombre: mi familia.

Las chicas sonrieron y seguimos conversando, disfrutando de aquel momento de paz, mientras las risas de los niños resonaban en el aire, llenando el jardín de vida y alegría.

—¿Alguna tiene alguna novedad? —pregunté, mirando ya a Carol.

Carol sonrió, una sonrisa que dejaba claro que tenía algo emocionante que compartir.

—Pues sí. Estaba esperando el momento adecuado para contarlo —empezó, con los ojos brillantes—. He terminado la residencia y espero empezar a trabajar pronto como pediatra en mi propia clínica.

—¡Eso es increíble, Carol! ¡Enhorabuena! —exclamó Marcela, claramente entusiasmada.

—Guau, estoy tan orgullosa de ti —dije, sinceramente impresionada—. Estamos avanzando en nuestras vidas, ¿verdad?

—Desde luego —coincidió Ana Júlia—. Da gusto ver que, a pesar de todas las adversidades que hemos pasado, seguimos adelante.

—¿Y tú, Ana Júlia? —pregunté, volviéndome hacia ella.

—Pues Theo y yo estamos planeando otro viaje. Esta vez queremos explorar Asia —respondió, con una sonrisa soñadora.

—¿Y tú, Marcela? —pregunté, curiosa.

—Yo estoy estudiando un poco más para optar a un cargo mejor en la empresa. ¿Quién sabe, quizá CEO? —dijo, con un brillo ambicioso en los ojos—. Y también estoy pensando en abrir una pequeña galería de arte, solo como afición.

—¡Eso es maravilloso! —exclamé, entusiasmada con los logros de mis amigas.

El resto de la tarde transcurrió entre conversaciones sobre sueños, planes de futuro y, por supuesto, muchas risas.

Era un momento de celebración, no solo por mis conquistas, sino por las de todas nosotras. La amistad y el apoyo que compartíamos eran el verdadero tesoro que habíamos encontrado en la vida, algo que nos mantenía fuertes, unidas y siempre avanzando, sin importar los desafíos que el camino nos pusiera delante.

Sabía que podía contar con ellas, igual que ellas podían contar conmigo. Me sentía realizada a nivel personal y profesional, y eso no tenía precio.

DIONÍSIO SALVATORE

Mi hermano, Theodore y yo no conseguimos controlar el alboroto de los niños, así que… decidimos unirnos a ellos.

Me gustaba jugar con mis hijos y con los suyos también, y formábamos un buen equipo jugando al fútbol sobre la hierba verde de la mansión.

Por supuesto, a veces surgían algunos conflictos entre los niños, y todos, sin excepción, odiaban perder.

—Hacen que me sienta como si tuviera veinte años más… —resopló Theodore, tumbado en la hierba, mientras nuestros hijos corrían detrás del balón.

—Es verdad, pero fíjate en lo bien que se lo están pasando —comenté, observando a los niños con una sonrisa—. Estos momentos valen cada segundo de cansancio.

Dante, recuperando el aliento, asintió:

—Es increíble la energía que tienen. Ya ni recuerdo la última vez que me sentí tan… inagotable.

Theodore se levantó, aún jadeante.

—Pero merece la pena. Ver a nuestros hijos crecer, jugar juntos… eso es impagable.

Los miré correr y reír, con la alegría pura reflejada en sus rostros.

—Cada momento con ellos es un recordatorio de lo hermosa que puede ser la vida, a pesar de todos los desafíos.

—Sí, hermano —dijo Dante, mirándome con una sonrisa—. Has construido una familia preciosa aquí. Y estoy orgulloso de formar parte de ella.

—Gracias. No podría pedir una vida mejor.

Los tres nos sentamos en la hierba, observando a los niños jugar.

Era un instante de paz, de plenitud. Un momento en el que todos los problemas y preocupaciones desaparecían y solo quedaba la alegría de estar juntos.

Mientras el sol empezaba a ponerse, supe que esos eran los recuerdos que llevaría conmigo para siempre. Los momentos en los que todo parecía perfecto, en los que la vida consistía simplemente en amar y ser amado.

—¡Sorpresa!

Nos giramos y nuestras mujeres se sentaron con nosotros, rodeándonos con abrazos. Carol estaba radiante, mirando también hacia los niños.

Allí estábamos todos, reunidos, formando un círculo sobre la hierba.

La presencia de ellas añadió un toque especial al instante. Cada una tenía una sonrisa en los labios, reflejo de la felicidad que compartíamos.

Daniela se acomodó a mi lado, pasando el brazo alrededor de mi cintura. Sentí el calor de su cuerpo mezclarse con el mío, un recordatorio constante de nuestro amor.

—Míralos —murmuró, señalando a los niños—. Nuestros pequeños milagros.

Carol rió, con los ojos brillantes.

—Nunca imaginé que Dani tendría una familia tan grande. Pero me alegra que haya sido así. Es como si ahora todo estuviera en su sitio.

Ana y Marcela asintieron, cada una compartiendo un recuerdo o un pensamiento sobre el camino que habíamos recorrido juntas.

—Sabéis —empezó Theodore, mirándonos a todos con expresión reflexiva—, la vida nos trae muchas sorpresas. Algunas buenas, otras no tanto. Pero al final, todo se reduce a los momentos que creamos con las personas que amamos.

Dante asintió, alargando la mano para tomar la de su esposa.

—Cada desafío, cada obstáculo… todo nos condujo hasta este momento. Y no cambiaría nada.

Los niños siguieron jugando, y sus risas continuaron llenando el aire.

Al mirar a Daniela, a mis hijos, a mi hermano, a Theodore y a nuestras amigas, supe que, a pesar de todo, habíamos construido algo bello y duradero.

—Y pensar que todo empezó con un romance complicado… —murmuré, más para mí mismo.

Daniela sonrió y apretó mi mano.

—Pero esas son las mejores historias, ¿no? Las que nos muestran lo fuerte que puede ser el amor, incluso frente a las adversidades.

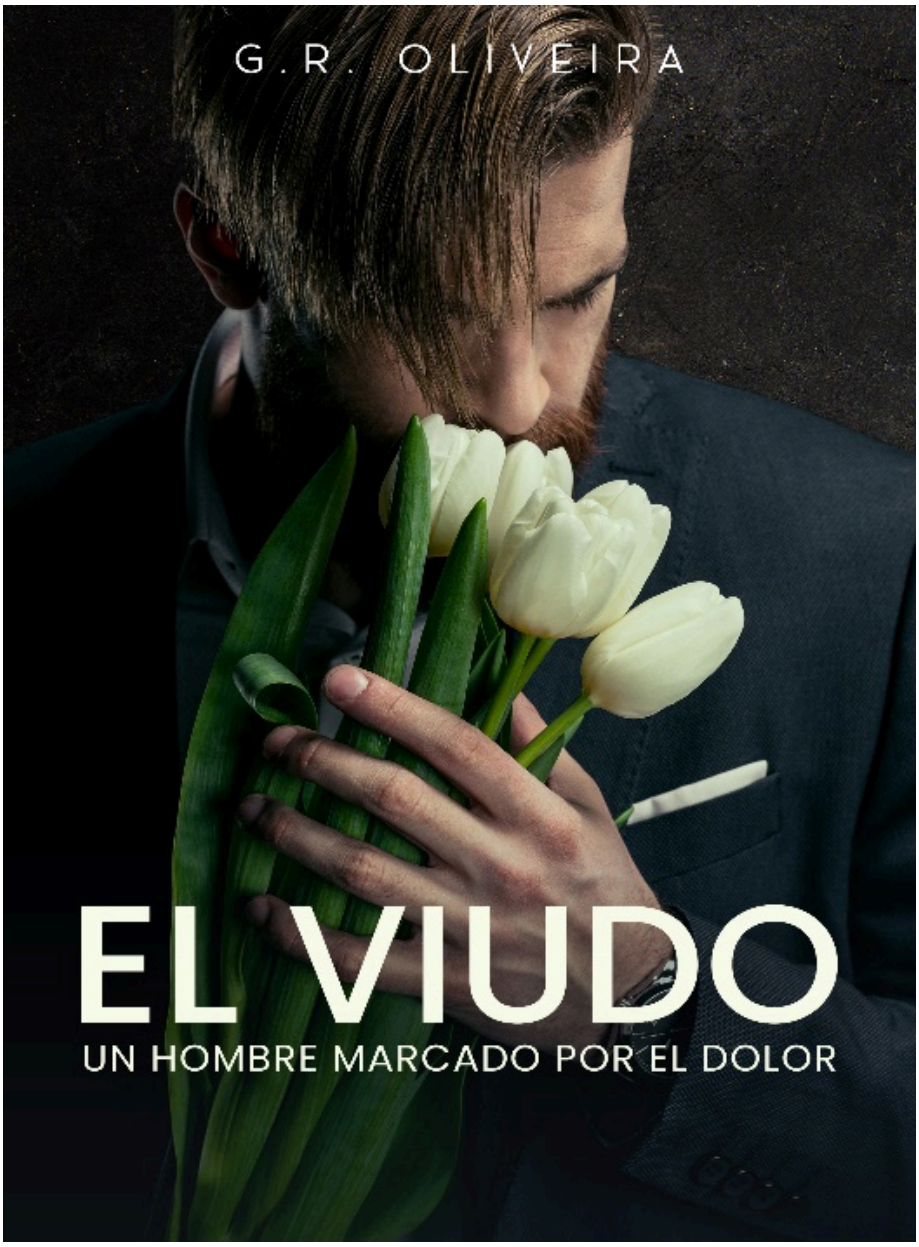
Las risas y los juegos de los niños seguían resonando por el jardín, y yo sabía que aquello no era más que el comienzo de muchos otros momentos felices que estaban por llegar.

Con Daniela a mi lado y nuestra familia unida, estaba preparado para afrontar cualquier cosa que la vida nos pusiera delante, y lo haría con la cabeza bien alta.

Por mí, por ella, por nuestros hijos y también por nuestros amigos…

FIN.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FGQGM8H1

¿Con qué ojos mirarías la vida si perdieras a tu esposa y a tu hija en un accidente de coche?

Colin Adams es un hombre marcado por uno de los mayores sufrimientos del mundo: el dolor de enterrar a un hijo.

Tras la gran tragedia que golpeó a su familia, decidió cerrarse por completo a todo y a todos. Ni siquiera Joshua, su único hijo vivo, consigue acercarse a él. Atormentado por la culpa día tras día, prefiere aislarse y descargar sobre las pocas personas que aún lo rodean todo el odio y el rencor acumulados en su pecho.

A pesar de ello, Colin vive en una gran mansión que necesita alguien que la administre, una tarea aparentemente imposible, ya que ha despedido a las últimas diez mujeres que lograron obtener el puesto.

Isabelle Campbell ha pasado por situaciones muy complicadas a pesar de su corta edad.

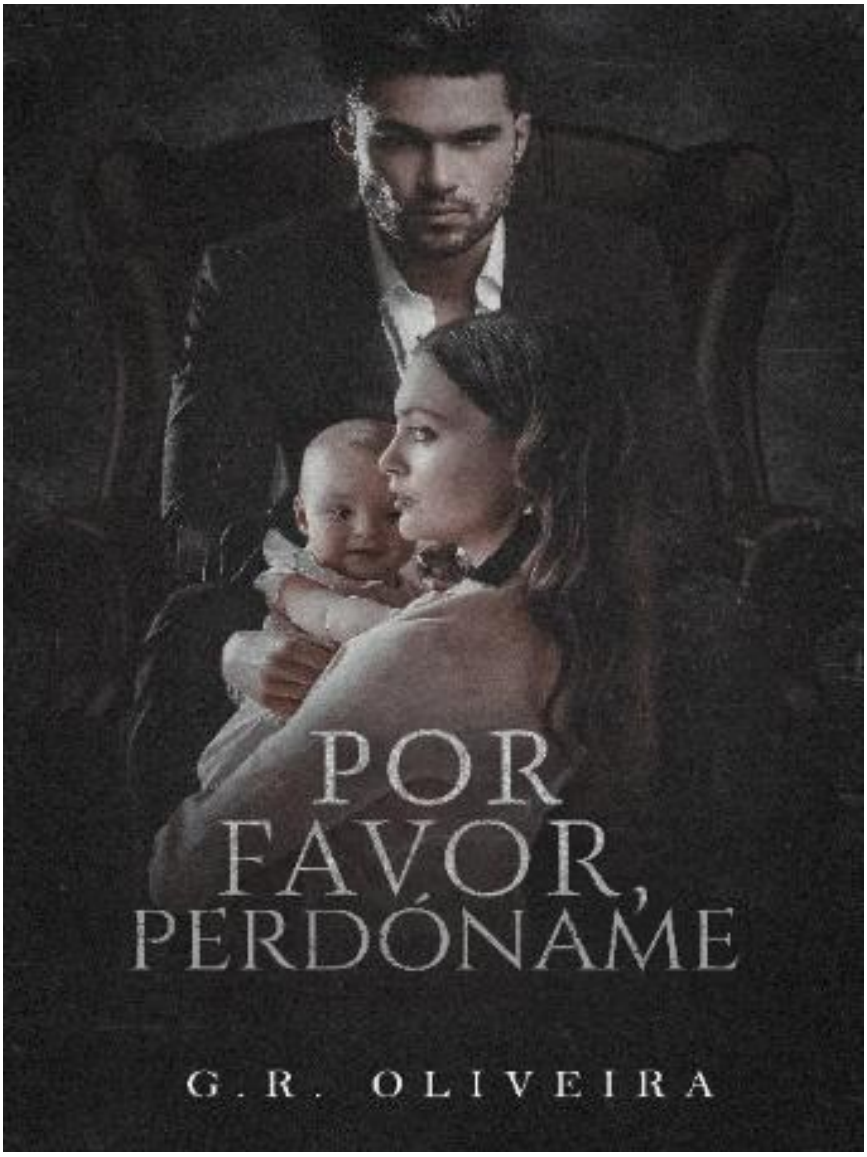
Madre soltera, lucha a diario para educar a su hija y apoyar económicamente a su madre. Por una jugada del destino, encuentra la oportunidad perfecta para solucionar sus problemas financieros: trabajar como ama de llaves en la mansión del arquitecto más famoso de Miami. Lo que no sabe desde el principio es que su nuevo jefe es un hombre arrogante, rudo y controlador, que hará hasta lo imposible para complicarle la vida en su trabajo.

En el fondo, Isabelle sabe perfectamente que Colin es un tirano, pero también un hombre atractivo y tan sexy como el pecado...

«Hay momentos en nuestras vidas en los que sentimos que todo se viene abajo, perdemos el suelo bajo nuestros pies y nos planteamos constantemente abandonar. Lo que nos cuesta mucho comprender es que siempre existe una luz en medio de la oscuridad y que depende únicamente de nosotros buscarla para cambiar nuestras vidas. Prepárate para una historia que llegará a tu corazón y que nos demuestra que el perdón es necesario y que lo imposible es cuestión de opinión.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO

DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él…

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza…

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!

—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y…

—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?

Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.

—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!

Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era

el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0GFTHB3GS

Ella fue el único error que nunca conseguí olvidar… y el único que estoy dispuesto a repetir.

Un romance de segundas oportunidades, venganza y un matrimonio por contrato.

Años atrás, la perdí.

No porque dejara de amarla, sino porque se marchó sin mirar atrás, llevándose consigo todo aquello que yo aún no sabía nombrar: amor, deseo y una herida que jamás terminó de cerrar.

Fue la única mujer capaz de romperme. El placer que se convirtió en adicción. La adicción que se transformó en ausencia. Y la ausencia que me convirtió en el hombre que soy hoy.

El hombre que ella conoció ya no existe. En su lugar, hay un CEO frío, poderoso y calculador, forjado por el dinero, la ambición y un pasado que me enseñó que nada en la vida es gratis.

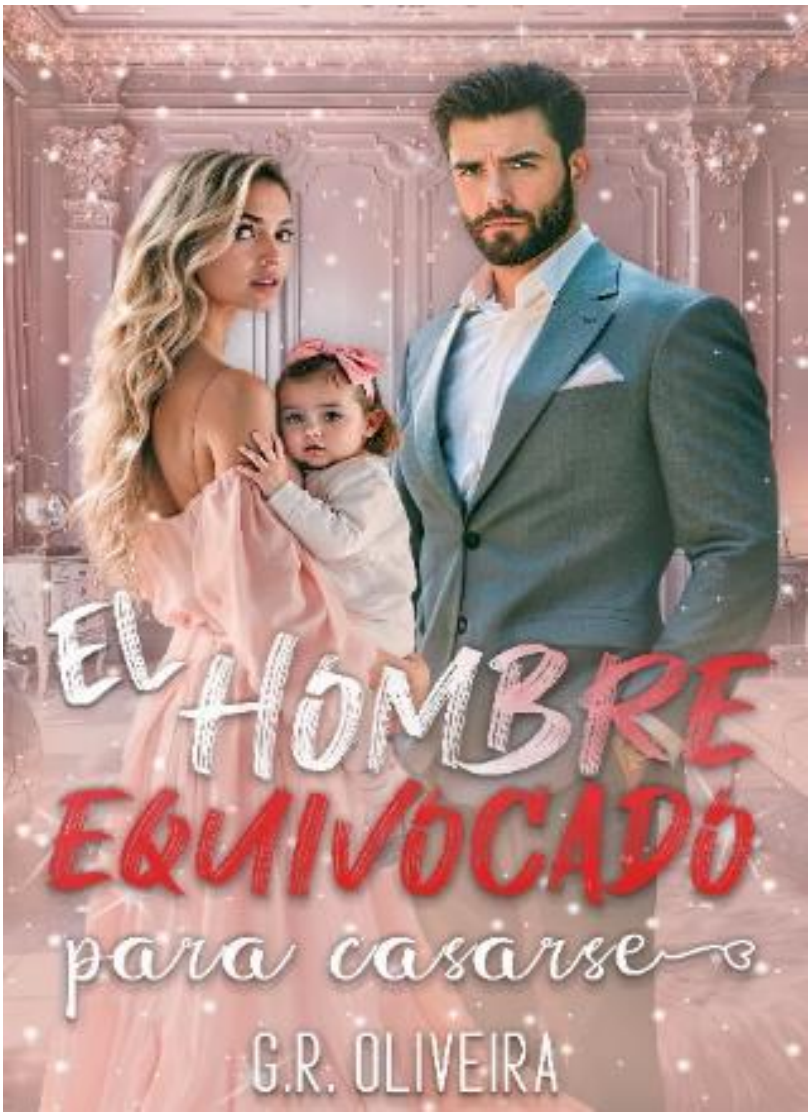
Excepto ella.Ella siempre tuvo un precio más alto del que estaba dispuesto a pagar… hasta ahora.

Esta vez no habrá huida. No habrá decisiones fáciles ni sentimientos seguros. Solo una certeza inquebrantable: ella siempre fue mía. Y estoy dispuesto a enfrentarme al infierno entero para demostrarlo, incluso si para conseguirlo debo destruir todo lo que aún queda entre nosotros.

Incluye:

Romance con CEO • Second Chance • Diferencia de edad • Convivencia forzada • Hombre obsesivo y protector • Matrimonio por contrato

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F9MKPLZQ

CEO + DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + FAMILIA ENCONTRADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + CONVIVENCIA FORZOSA + MATRIMONIO POR CONTRATO

«Él dudó de la verdad. Ahora es ella quien duda del perdón.»

LUNA BELMONT

Lo amé con cada fibra de mi ser. Creí en las promesas susurradas en la oscuridad, en los besos robados a escondidas y en el futuro que juró que construiríamos juntos. Pero todo aquello se hizo pedazos justo en el momento en que más lo necesitaba.

Embarazada, asustada y sola, busqué a Roman Lockwood para decirle que iba a ser padre. **¿Y qué recibí a cambio? Acusaciones, humillaciones y desprecio. Me dijo que mentía, que era imposible.** Me miró a los ojos y me llamó traidora.

Ahora, años después, el destino lo ha puesto de nuevo frente a mí. Solo que esta vez ya no soy aquella chica enamorada que confiaba ciegamente en su amor. **Soy la mujer que aprendió a sobrevivir sin él, que crio sola a nuestra hija y que juró que jamás volvería a permitir que Roman Lockwood la destruyese.**

ROMAN LOCKWOOD

He construido un imperio, he conquistado todo lo que un hombre podría desear… y, por el camino, **perdí lo único que realmente importaba.**

Durante años estuve convencido de que Luna me había engañado, de que aquella niña no podía ser mía. **Me aferré al rencor, a la traición que creí haber sufrido, al orgullo que me impedía ver más allá del dolor.**

Pero entonces llegaron los resultados. **Y la verdad me golpeó como una sentencia definitiva: ella nunca mintió; Antonella era mi hija.** Ahora, todo lo que creía saber se ha derrumbado, y tengo que enfrentarme al hecho de haber destruido a la mujer que un día amé.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«Él quería castigarme.

Tragué la rabia, el dolor y el orgullo. Entonces le dije lo que sucedería cuando la verdad saliese a la luz.

—Te pondrás de rodillas delante de mí cuando descubras que Antonella es tu hija. Me suplicarás que te perdone. Y cuando llegue ese día, Roman… —Respiré hondo, conteniendo la emoción, intentando no llorar—, te humillaré como tú me estás humillando ahora mismo.

Él simplemente sonrió y respondió:

—Buena suerte con eso.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F8WCH2ZP

DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + JEFE Y EMPLEADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA + SLOW BURN + PROTAGONISTA ABANDONADA + NIÑO ADORABLE Y TRAVIESO

CAMILA PEREIRA

Dicen que el tiempo lo cura todo. **Mentira.**

El tiempo no ha borrado las noches que pasé llorando, ni los días en que me preguntaba dónde estaría él, si se acordaría siquiera de mí. El tiempo no hizo más fácil cargar sola con la responsabilidad de criar a un hijo.

Frederico Villanova fue el único hombre al que amé. Y también fue el mismo que me rompió el corazón sin mirar atrás. Ahora ha vuelto, y no solo ha descubierto que tenemos un hijo, sino que insiste en formar parte de su vida. Y lo que es aún peor… insiste en formar parte también de la mía.

El problema es que he aprendido a protegerme. He aprendido a no esperar nada de nadie. Y si hay algo que no puedo permitirme es dejar que regrese para destruirme otra vez...

FREDERICO VILLANOVA

El mayor error de mi vida fue marcharme. Cuando me fui de Brasil, no sabía que estaba abandonando mucho más que un amor. No sabía que estaba dejando atrás una parte esencial de mí mismo.

Ahora, después de tantos años, he regresado y me he encontrado con un niño que lleva mis rasgos y una mirada que me desmonta. **He vuelto para reencontrarme con la mujer a la que amé y jamás olvidé, pero que ahora me mira como si yo fuera el peor error de su vida.**

Y quizás lo sea.

Pero si algo he aprendido es que ninguna fortuna vale tanto como una segunda oportunidad. Y pienso luchar por ella.

Por mi hijo.

Por la mujer de mi vida.

Por nosotros.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Tenías la obligación de decirme que era mi hijo!

Solté una risa amarga. El pecho se me encogía de pura rabia.

—Ah, claro. ¿Y tú no tenías la obligación de quedarte? ¿No tenías la obligación de, no sé… al menos decir adiós?

El silencio cayó entre nosotros como una tormenta.

—Es mi hijo —susurró Frederico, y esta vez no había rabia en su voz, tan solo incredulidad.

Cerré los ojos un instante, sintiendo que el dolor me asfixiaba por dentro.

—Sí, lo es. Pero no creas que puedes aparecer ahora y actuar como si nada hubiese pasado. Intenté avisarte, pero me bloqueaste por todos lados. Estuve un año, ¡UN AÑO!, intentando localizarte, hasta que comprendí que ni mi hijo ni yo te necesitábamos.»

NOTA DEL AUTOR



Espero que hayáis disfrutado de esta lectura y que os hayáis divertido con una historia más. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si os ha gustado la historia, os agradecería mucho que dejarais una valoración.

Vuestra opinión es muy importante para mí en este camino, porque me ayuda a seguir aprendiendo y mejorando con cada libro, para ofreceros experiencias cada vez mejores.

¡Muchísimas gracias a todos los que habéis dado una oportunidad a esta historia! ¡Espero que también disfrutéis con las próximas!

INSTAGRAM

FACEBOOK